

¡...ASÍ ES MOSCÚ!

(Nueve años en el país de los Soviets)

por

JOSÉ DOUILLET

Ex-Cónsul de Bélgica en Rusia, Apoderado por el Pfr. Nansen
para el Sudeste de la U. R. S. S., Delegado del European
Student Relief en Rostov-sur-le-Don

Segunda edición castellana de
RAZÓN Y FE

Editorial RAZÓN Y FE
Exclusiva de venta: Ediciones FAX
Plaza de Santo Domingo, 14. - Apartado 8.001
Madrid

IMPRESA ALDECOA - BURGOS



NOTA DEL EDITOR

M. J. Douillet fué Cónsul de Bélgica en Rostov-sur-le-Don; más tarde perteneció a la Misión Nansen, de quien recibió poderes para el Sudeste de la U. R. S. S.; delegado del European Student Relief y colaborador, en fin, de varias instituciones internacionales de socorro en este país.

Vivió veintiséis años en la Rusia zarista y nueve bajo el régimen soviético. Relata, pues, en este libro, lo que ha visto y oído, como gran conocedor del país y de sus habitantes, y como hombre que domina el lenguaje ruso tan bien, y acaso mejor, que su lengua materna. Hemos procurado conservar a este inmutable testimonio todo su sabor original, que, como verá el lector en seguida, robustece el vigor de sus recuerdos, la veracidad de sus aportaciones y la explicable y contagiosa indignación que anima al distinguido y elocuente autor de estas páginas.

PRÓLOGO

El mercado del libro en Europa se nutre, en gran parte, hace algunos años, de obras relativas al estado de la Rusia actual. La U. R. S. S. recibe frecuentes visitas de delegaciones obreras del resto del Continente. Los más importantes diarios de la Prensa del mundo han enviado redactores con el encargo de informar imparcialmente acerca de la situación interior de aquel país, objeto de peregrinaciones turísticas de los "amateurs" de la novedad. Quién más, quién menos, todos los descubridores de este mundo social recién nacido han publicado sus respectivas impresiones; los exploradores pertenecen, hay que confesarlo, a todas las clases sociales: desde los sabios más eminentes hasta los obreros más humildes. No falta entre ellos ningún matiz del espectro político. No se echa de menos tampoco la opinión extremista, de la derecha o de la izquierda, entre las emitidas por los entusiastas de las bellezas y conquistas del régimen comunista, o por los que aseguran que la arbitrariedad y las condiciones más insoportables de la existencia son el pan de cada día en el Paraíso terrestre de la Unión Soviética. Cada uno de ellos, sin duda, pretende poseer y difundir la verdad. Y al cabo, uno queda preguntándose: ¿Dónde está lo cierto?

Espíritus conservadores y moderados—cuya honorabilidad es incuestionable y cuya sinceridad anticomunista no puede ponerse en duda—se han ofrecido como testigos oculares de que las promesas soviéticas están en camino de la más pronta y cabal realización.

Y en respuesta a estas afirmaciones optimistas, está el parecer de aquellos obreros socialistas que aseguran haber podido comprobar que el pueblo ruso vive—si eso es vivir—odiosamente oprimido bajo el insoportable yugo del comunismo.

Es fácil de hallar la razón de tan contradictorias aseveraciones. Cuando el Gobierno soviético invita a algún extranjero a visitar la Unión, no le provee jamás de billete de libre circulación por la República, por el conjunto de su territorio. El visitante es allí objeto de una vigilancia, ya declarada, ya oculta, de que no se libra jamás. Hácese acompañar a los viajeros de verdaderos equipos de guías, especializados en la sumisión a la rigurosa disciplina de la Guépéu y en ofrecerse al visitante para hacerle conocer lo que debe ser visto, y, aceptando un doble y odioso papel, en denunciar a quienes le mandan cuál fué la actitud del visitante y cuáles sus reacciones a lo largo de esta peregrinación. Es preciso que todo el mundo se convenza de esta verdad. Los comunistas muestran a los viajeros una Rusia preparada y disfrazada para tales visitas. Todo aquello que, a juicio del Gobierno soviético, es indeseable, ya por contrario a la doctrina inicial, ya por revelador o de un estado de ánimo público o de una situación excesivamente lamentable, todo eso será apartado del campo visual de los viajeros distinguidos. La mayor parte de éstos ignoran el ruso. Desde el primer instante están, además, en contacto con gentes empavorecidas, cuya boca cierra el terror, porque saben, por terrible experiencia, que la menor indiscreción puede acarrearles cruel persecución o hacerlos víctimas de sanciones que presienten suspendidas sobre sus cabezas.

Igualmente imposible es al extranjero en Rusia romper el cerco forzoso en que se le encierra aislándole los agentes de la seguridad general, que zumban a su alrededor como una nube de moscas. Estos guías oficiales saben admirablemente su oficio. Con mucha frecuencia enseñan orgullosa-

mente al viajero, sin la menor vacilación en el engaño, antiguas instituciones del tiempo de los Zares, como Facultades, Clínicas, Universidades o Sanatorios, agregando: todo esto es obra del régimen soviético.

Ya se comprende que sería preciso conocer al detalle todas las instituciones de cultura o de beneficencia anteriores a Rusia a la revolución, para poder dar el valor respectivo a cada una de las frecuentes mentiras que los llamados guías profieren. Pero es necesario, es urgente, levantar el espeso velo que oculta la verdad rusa a Europa mal informada.

Pues bien: yo, un belga, que ha vivido treinta y cinco años de su vida (1891 a 1926) en Rusia, que habla el ruso, que se ha creado allí un vasto campo de relaciones, afirmo conocer el país a fondo.

Durante la revolución he desempeñado el cargo de Cónsul de Bélgica en Rusia. Después del advenimiento del Soviet, formé parte de la Comisión de Socorros, que dirigía el profesor Nansen, Alto Comisario de la Sociedad de las Naciones; fui más tarde apoderado en los territorios soviéticos del Sudeste; director adjunto de la Misión Pontificia en Rostov-sur-le-Don y de otras varias instituciones internacionales.

He aquí condiciones particularmente favorables para estudiar el funcionamiento del régimen soviético hasta en los menores detalles de la vida diaria y en los lugares mismos de su aplicación.

Llegué a gozar de amplia libertad de movimientos, enteramente excepcional en la Rusia comunista.

Agréguese a esto el gran caudal de relaciones que me fué dable adquirir en todos los campos sociales, mucho antes de la revolución, y se explicará el lector las razones por las cuales pude observar personalmente el cuadro de conjunto de la vida en Rusia bajo el régimen comunista, aun en sus detalles más íntimos y menos accesibles.

He visto, pues, el interior, y no simplemente la fachada de la casa, tal como se la prepara para mostrarla a los con-sabidos viajeros de distinción.

Publico estas Memorias porque cumplo así mi deber de hombre honrado hacia mis conciudadanos y con los hom-bres de orden de todo el mundo. En 1918, mis compatriotas, reunidos en la ciudad de Taganrog, solicitaron del Gobierno belga que se me nombrase Cónsul, para defender de tal mo-do los intereses de mis pobres compatriotas en el Sur de Rusia. Era durante la guerra civil y estaban huérfanos de toda protección oficial.

Tengo con ellos una deuda: la de ponerles al corriente de lo ocurrido en regiones en que vivieron largos años de intensa labor, y en las que dejaron sus ahorros y los últimos restos de su fortuna.

Tengo, asimismo, la obligación moral de gritar frente a la Humanidad entera, con la voz que tenga, por débil que sea, que el pueblo ruso sufre un largo martirio bajo el yugo insoportable del comunismo.

Lo que se llama su resignación no es más que miedo: el miedo de la persecución con que le amenaza continuamente una dictadura implacable.

No tienen los pueblos civilizados derecho a mirar impa-siblemente cómo avanza el monstruo comunista por Euro-pa... No tienen el derecho de sostener y apoyar a ese mons-truo reconociendo legalmente el poder soviético, que repre-senta un peligro inmenso para los Estados, para la Sociedad, para la Civilización...

PARTE PRIMERA

Cómo se exhibe el paraíso rojo. - Beneficios materiales
que proporciona el régimen comunista a Rusia

CAPITULO I

ANVERSO Y REVERSO DE LO QUE SE MUESTRA A LOS EXTRANJEROS EN LA RUSIA SOVIÉTICA

El Gobierno soviético había organizado en los años anteriores en los medios obreros de Occidente una campaña metódica de invitaciones para visitar por grupos el territorio de la U. R. S. S., con ofrecimientos de gratuidad en los visados de pasaporte, transportes asimismo gratuitos y otras ventajas y atractivos.

Al decir de los Soviets, sólo por medio de estas visitas, mediante el desplazamiento personal del obrero extranjero, podrían ser combatidas o contestadas satisfactoriamente las mil mentiras, las inmerecidas agresiones de que eran víctima, por parte de la Prensa capitalista, que hablaba del sedicente descontento del pueblo ruso, del derrumbamiento y de la miseria del país bajo el régimen soviético.

El objeto de semejante campaña era el siguiente: se enseñaría a las Delegaciones extranjeras una serie de fábricas, hospitales, inclusas, asilos, cuidadosamente elegidos y meticulosamente apercebidos y alhajados, con la bastante antelación, con el propósito de testificar que tales instituciones eran en la U. R. S. S. enteramente irrefragables.

Tales verdaderos "oasis" en el tenebroso desierto ruso, habrían de convertirse en testimonios convincentes para una campaña, que los testigos oculares se apresurarían a hacer, de propaganda de las excelencias del comunismo entre las masas obreras occidentales.

El I. K. K. I. (Comité ejecutivo de la Internacional comunista) esperaba de este éxito feliz un crecimiento importante de sus secciones extranjeras.

El Gobierno soviético se apresuró, pues, a organizar en

Moscú, en Leningrado y en otras poblaciones importantes fábricas, cárceles, escuelas, incluso, hospitales, asilos, llamados "ejemplares", y cada rama o aspecto de la vida social se vió dotada de algunas de estas instituciones creadas *ad hoc*.

El personal del Comisariado de Negocios extranjeros y el afecto a la Guépéu (antigua Cheka) facilitó los cuadros de "guías intérpretes", a los cuales se aleccionó en cursos especiales en la Cheka, donde aprendieron a *hacer ver* a los extranjeros las realizaciones soviéticas.

El autor de estas líneas ha tenido ocasión de seguir de cerca esta *mise en scène* y presenciar ciertos hechos curiosos acaecidos al margen de este mecanismo teatral. Personalmente pudo comprobar de qué modo se movían los hilos de la comedia. He aquí los hechos:

Era el otoño de 1924: un buen día me hallaba yo, con dos de mis compañeros, en el Comisariado del Interior.

En un rincón del despacho del jefe de la Administración central de la República federal soviética rusa, camarada Serguiewsky, esperábamos un documento que la mecanógrafa teclaba en su máquina, en la habitación inmediata.

De pronto, irrumpió un intérprete, acompañado de un extranjero: un inglés, alto, seco, de cierta edad, sobre cuya nariz cabalgaban los lentes...

El intérprete explicó a Serguiewsky que el inglés solicitaba autorización para visitar algunas cárceles en Moscú, y que venía recomendado por la camarada Kamenev, después embajadora en Roma, por cierto.

Se entabló este diálogo:

Serguiewsky.—¡Ah! ¿Es éste?... Esta mañana recibí un aviso telefónico... Dile que espere... A propósito, ¿entiende el ruso?

El Intérprete.—No; es un idiota de toda confianza... No entiende una cochina palabra de ruso...

El comisario Serguiewsky, entonces, olvidando, acaso, nuestra presencia, hizo venir a su jefe adjunto, el camarada Zaytzev, y, dirigiéndose a él, le preguntó si había ya avisado a Sokolniki (una de las cárceles moscovitas) después de haber hablado con la Kamenev por teléfono.

La respuesta fué afirmativa.

Serguiewsky rogó a Zaytzev que confirmara telefónicamente si Sokolniki estaba dispuesta como para "recibir visitas" y

que, en todo caso, se dispusiera a recibir una en el término de una hora.

Dada la orden, se hizo venir al jefe adjunto del servicio carcelario, que tenía su despacho a poca distancia, y se le ordenó que acompañara al inglés, no sin que Serguiewsky le gritara al salir:

—Mucho ojo, camarada. No vaya a meter los pies en el plato...

El inglés recibió su cédula de admisión, dió las gracias, saludó cortésmente y echó a andar, escoltado por el intérprete y por el jefe adjunto de servicios carcelarios.

Serguiewsky (recuérdese que este sujeto era nada menos que subsecretario de Estado en el Ministerio del Interior), olvidando de nuevo que no estaba sólo, exclamó:

—Pero, ¡qué imbéciles son estos pobres extranjeros!...

Pero allá va otra anécdota de más general interés:

Había llegado, para visitar Rusia, la Delegación de los Trade-Unions de Inglaterra. La preparación bolchevique para esta visita fué minuciosa. Todos los detalles y circunstancias de ella habían sido cuidadosa y largamente elaborados o tenidos en cuenta. Los horarios, por ejemplo, fueron establecidos, no obstante lo cual hubo "errores" considerables en el cumplimiento del programa.

Sin la credulidad y el descuido de los delegados todo ello hubiérale aparecido patente...

Pero el caso es que muchos habían preferido, sobre toda otra ocupación, la de hacer los honores a los numerosos banquetes que a la Delegación fueron ofrecidos en todas partes; pero, singularmente, en Tiflis y en Rostov, donde el agasajo revistió los caracteres de una saturnal... Es más que probable que haya que achacar al vino, en tales ágapes consumido, las incoherencias en que abunda el famoso informe de la Delegación británica...

Dos veces tropecé con ella: primero en la cuenca hullera del Donetz; después, en la ciudad misma de Rostov-sur-le-Don.

Voy a descubrir ahora una de las equivocaciones en que incurrió el poder bolchevique al paso de la Delegación: fué en una estación poco importante, en el territorio del Dombass (cuenca del Donetz), cruzado por un número considerable, una verdadera red de vías férreas.

El horario oficial asignaba al tren de la Delegación in-

glesa una parada de cinco minutos. Pero el tren estuvo allí más de una hora.

Ignoro, naturalmente, cuál fué la explicación ofrecida a los ingleses de semejante retraso. Lo que sí sé es que los campesinos del vecino pueblo conocieron muy pronto la verdadera razón de él: recibieron súbitamente la orden de movilizarse con sus caballos, con sus carros, para transportar, sin pérdida de tiempo, toda la paja de sus almiars a una fábrica hacía mucho inactiva. Allí se alimentaron los hornos fríos con el efímero combustible, y cuando, prendido éste y en llamas, coronaron las inútiles chimeneas largas nubes de humo espeso y negruzco, para producir la ilusión de una potente industria soviética en pleno rendimiento, silbó la locomotora, arrancó el convoy, y los delegados ingleses continuaron, al cabo, su viaje.

No puedo olvidar lo que pensarían los viajeros al presenciar la larga teoría de carromatos aldeanos que hormigueaban el camino vecinal contiguo a la vía férrea.

Pero sí he oído, con mis propios oídos, como suele decirse, la diabólica letanía de apóstrofes y reniegos de aquellos labradores contra los viajeros ingleses del tren inoportuno. Tampoco podré transmitir, ni remotamente, la calidad de las injurias, la abyección de las groserías—a lo Cambronne—lanzadas contra los causantes odiosos de semejante molestia inexplicable...

¡No tan inexplicable cuando sepáis que el soviét local se había equivocado de fecha: esperábase a la Delegación veinticuatro horas más tarde, y su llegada sorprendió al soviét, que se vió forzado a improvisar la farsa!

Huelga todo comentario.

Expongamos ahora otro suceso del mismo género, acaecido en mi presencia y ante la misma Delegación de los Trade-Unions.

Estábamos en Rostov-sur-le-Don. Próximos a la estación se alzan los talleres importantes que pertenecieron a la Compañía ferroviaria de Wladicaucase, y en los que ganaban su pan varios miles de obreros.

El poder soviético había cuidado de que estos talleres estuvieran preparados para recibir la visita de los extranjeros; pero tratándose de las Delegaciones inglesas se había ideado algo mejor: varios centenares de obreros fueron advertidos de

que en ese día podrían gozar de un permiso extraordinario, y también de que les estaba rigurosamente prohibido el acceso a los talleres.

Los obreros de esta manera eliminados eran social-demócratas, reputados como desafectos a la causa comunista y soviética... Se temía que pudieran ser peligrosos en el instante de la visita de la representación de los Trade-Unions, para una exhibición comunista ortodoxa.

Pero, con asombro de cuantos permanecieron en las naves durante la visita, no hubo un solo empleo en los talleres que no apareciese servido y aparentemente atendido, no obstante la ausencia de los socialdemócratas sospechosos, porque se hicieron venir los sustitutos de la Guépéu, de Rostov, que está en el número 33 de la calle de Federico Engels.

Los miembros de la Delegación capaces de leer entre líneas deplorarían, evidentemente, el haber sido engañados por procedimientos tan vulgares y tan grotescos.

Muy particularmente curiosos fueron los preparativos realizados en las Uniones Profesionales, de Rostov, para la recepción de los Trade-Unions.

El edificio ocupado por las Uniones Profesionales en Rostov era enorme, de cinco pisos, cuya fachada principal cae a la calle Sadowaia—hoy de Federico Engels—en la esquina de la Avenida Stolypine—hoy Avenida Voroschilov.

Las oficinas de las Uniones Profesionales (tales como las de socios sin trabajo, asignaciones, consultas jurídicas, etc.), fueron trasladadas de la fachada del inmueble a dependencias a las que no había acceso sino por la Avenida Vorochilov.

La entrada principal, de este modo desembarazada, quedaba a la sola disposición de las Delegaciones de los Trade-Unions y de las personalidades importantes de Rostov, encargadas de recibir a los ingleses.

Los Soviets temían, sobre todo, que la Delegación británica se pusiera en contacto con obreros rusos auténticos, y que éstos "visitantes de distinción" pudieran presenciar las escandalosas escenas que, a cada momento, se producían en el Sov-prof—Asamblea de Uniones Profesionales—entre los obreros literalmente perseguidos en las fábricas soviéticas y las Uniones Profesionales "gubernamentales".

Se dispuso, pues, todo, de manera que los obreros que necesitaran acudir, para un asunto cualquiera, a las oficinas, lo

hicieran por una escalera de servicio, evitando así el que pudieran encontrarse con los obreros del Reino Unido.

A los visitantes se les recibió en las salas anteriores, donde varias mesas, sobre las cuales se ostentaban carteles, inscripciones y avisos de todo género, estaban dispuestas para producir a los Trade-Unions la ilusión de un contacto fraternal entre las Uniones Profesionales soviéticas y las masas proletarias. Estas masas habían sido reclutadas entre lo que llamaremos los coristas de la Guépéu.

Tales pseudo-obreros agitábanse a los ojos de los delegados en un vaivén permanente, como para dar la impresión de una muchedumbre de peticionarios, de buscadores de informes, de reclamantes... Parecían ser acogidos con los brazos abiertos por los representantes de las Uniones Profesionales, que simulaban gran celo y voluntad en complacerlos.

Semejante detestable comedia fué maravillosamente representada, y los Trade-Unions quedaron esta vez convertidas en ingenuas víctimas de la repugnante mixtificación.

Algunos banquetes, muchos mítines y cierto número de aparatosas sesiones solemnes, debidamente decoradas de alocuciones propias del caso, coronaron el éxito y conquistaron definitivamente los corazones de los delegados ingleses, persuadiéndolos de que el socialismo triunfaba en la Rusia soviética en toda la línea.

Este sistema de falsificación, de trucos, como ahora se dice, ha sido metódicamente aplicado por los soviets a todas las Delegaciones obreras y a todos los viajeros extranjeros en U. R. S. S.

La población guardaba silencio ante estas grotescas mascaradas, preguntándose cómo era posible que todos estos extranjeros fuesen tan cándidos y tan poco clarividentes, para que no se les transparentase la verdad.

Callaban también por temor de perder la libertad, y, acaso, la existencia. Nadie osaba el acercarse a un extranjero, sabiendo lo que esta audacia podía acarrear; y todo bajo la mirada incisiva del Guépéu, que velaba por "la paz y la seguridad" de las Delegaciones y de los consabidos visitantes de distinción.

Algún inocente extranjero ignorará siempre las consecuencias trágicas que sufrió el indígena al cual se permitió algu-

na vez hacerle una pregunta de las más vulgares que un forastero puede formular al primero que pasa...

Ved aquí otro hecho, confirmatorio de lo que voy diciendo, y que tuvo por base la gorra de uno de los miembros de la Delegación de los Trade-Unions.

En el vagón-restaurante (uno de los que los Soviets robaron a la Sociedad Internacional de vagones-camas) enganchado al tren en que viajaba la tantas veces nombrada Delegación: sus miembros se habían sentado a la mesa.

En el comedor no había ningún viajero ordinario, de los cuales fueron admitidos algunos, acabado el almuerzo de los delegados, en segunda serie. Uno de ellos, al ocupar su silla, advirtió una gorra olvidada en ella y se disponía a llamar la atención del personal cuando, de pronto, entró en el comedor un delegado inglés. Reclamó su gorra al camarero; pero éste no le entendía...

Entonces el primer viajero, que hablaba inglés, se levantó, y, devolviendo la gorra a su propietario, le dijo algunas palabras explicativas del caso. El delegado manifestó su gratitud, y, gozoso de poder hablar en su idioma natal con alguien, se dispuso a entablar un diálogo con su interlocutor.

Mas en este instante llegó precipitadamente en busca del delegado uno de los guías intérpretes, de tipo semita muy acentuado y característico. Se acercó, dijo algunas palabras al delegado y se lo llevó.

No habían acabado los viajeros su sopa, cuando penetraron en el restaurante los agentes de la T. G. P. U. (la Checa ferroviaria) luciendo el uniforme de la gendarmería, y arrastraron, bajo la mirada espantada de los concurrentes, al viajero que había encontrado la gorra del inglés.

En la estación inmediata, el desgraciado abandonó el tren bajo la custodia de algunos chequistas.

¿Qué le ocurrió? ¿Cuál habrá sido su destino?

Yo, testigo de esta escena, creí ignorarlo siempre. ¡Pero, el mundo es tan pequeño y los caprichos de la suerte tan grandes!

Poco después fui yo arrestado también y encarcelado por la Guépéu en la prisión de Boutyrki, en Moscú, y allí pude conocer el epílogo de este suceso.

El detenido en el restaurante había sido inculpado (en vir-

tud del párrafo 66 del Código penal soviético) de espionaje en provecho de un Estado extranjero.

Milagrosamente no fué fusilado en el acto: pagó su "delito" con una reclusión de tres años en un campo de concentración, en la isla Solovetzky, cerca de Arkángel.

Ahí tenéis un hombre castigado por haber sido cortés, por azar, con un desconocido. He ahí la sanción de un hombre condenado por crimen de "buena crianza" hacia un extranjero.

No se trata de casos aislados, no. Yo he tenido ocasión de encontrarme en la cárcel con algunas personas condenadas por haber entablado "relaciones con extranjeros".

Elijo, al paso, algunos hechos; pero volveré sobre la materia cuando me toque hablar de los calabozos soviéticos y del terror que en ellos reina todavía.

Un ejemplo: trátase de un *chauffeur*, simple obrero judío, que hablaba el youdisch o yddisch, y que confesó haber figurado por convencimiento en el seno del bolcheviquismo. En 1925 estuvo afecto, en calidad de "mecánico adjunto", a un circuito de coches automóviles. Pues bien; este sujeto, estando de servicio, se permitió dirigir personalmente la palabra, quiero decir, sin valerse de intérprete oficial, a un *chauffeur* alemán. El agente de la Guépéu, presente a la terrible osadía, tomó explicación de aquel infeliz, que sufrió tres años de reclusión en el campo de deportación de la isla Solovetzky.

En otro caso advertiremos circunstancias aún más imprevisitas; esta vez fueron desgraciados protagonistas un hombre de las milicias rojas, o dígame polizonte soviético, en Moscú, y su esposa, que tenía a su cargo el fregado de la vajilla en la Embajada alemana, en el número 10 del Léontiewky Péréoulok.

Una noche, terminado su servicio, el miliciano se trasladó, a las once, a la Embajada, donde recogió a su mujer, y con la que pasó el resto de la velada, como un legítimo esposo que era.

A las nueve de la mañana siguiente, cuando se despedía de su esposa y ganaba la calle, los agentes de la Guépéu le detuvieron para encerrarle en el inmueble número 2 de la Checa, en la Lubianka, de donde fué trasladado a la cárcel de Butyrki. Allí le encontré.

Me refirió su historia. En vano rogó al juez de instrucción que examinara sus pasaportes, para que en ellos comprobare

cómo era cierto que aquella mujer era su esposa, y, por tanto, él su marido "titular y legítimo". En mi tiempo, es decir, en febrero de 1926, fué condenado a cinco años de reclusión, que debía cumplir en un campo de concentración. A principios de marzo le vi partir para Kem, en demanda de la isla de Solovetzky.

Vengo omitiendo nombres propios para no perjudicar a personas que siguen en poder de los Soviets. Conviene que se sepa.

Afortunadamente, puedo hoy puntualizar nombre y dirección de otra víctima, que, por suerte suya, ha abandonado el territorio de la U. R. S. S. Voy a hablar de un súbdito letón, prisionero, como yo, en Butyrki y canjeado contra agentes soviéticos detenidos en Letonia.

Este desdichado compañero de calabozo me escribió en enero de 1927 para anunciarme su libertad y para referirme lo ocurrido después de mi marcha en la cárcel de Butyrki, con motivo de la visita de una Delegación obrera belga al establecimiento.

La carta dice así:

"Nuestro amigo X... sigue tan belicoso como siempre. Por haberse atrevido a hablar en francés con la Delegación belga estuvo a punto de sufrir un duro castigo, del que le pudimos salvar merced a una amenaza de plante.

"Por el mismo procedimiento escapé de la celda de castigo, donde me querían encerrar, y aun lo intentaron, por haberme permitido conversar con la delegación de "librepensadores alemanes".

No puedo nombrar a la persona que mantuvo ese diálogo con la Delegación obrera de Bélgica: vive aún en Rusia...

Pero, en cambio, me pongo enteramente a disposición de cada uno de los miembros *no comunistas* de la mencionada Delegación para proporcionarles cuantos detalles apetezcan sobre la conversación aludida, y hasta, si preciso fuera, enseñarles la fotografía de aquel individuo, para convencerlos de hasta qué punto han sido engañados por el Gobierno soviético.

Por lo que toca a la persona, firmante de la carta, a que antes me he referido, es el ex prisionero de la celda número 10 de la prisión Butyrki; artista decorador, Eugenio Carlos Smidt, habitante en Letonia, y cuya dirección exacta es: Riga.—Calle Palasta, 4.



Pero hay un sector, un grupo de individuos en la U. R. S. S. que no son comunistas y que, por su situación especial, se ven obligados a ponerse en contacto con los extranjeros. Son los *sabios rusos*, muchos de los cuales son mundialmente conocidos y llevan nombres ilustres. No es posible escamotear tales figuras a la mirada de los viajeros cultos... Es, además, necesario a los Soviets ostentarlos para convencer al mundo de que la intelectualidad rusa, no sólo no protesta contra la tiranía soviética, sino que, por el contrario, se muestra altamente satisfecha del régimen bolchevique.

¿Cómo se logra aherrojar de tal modo la opinión y comprar la aquiescencia de estos hombres? ¿Cuán cobardemente!... Estos hombres tienen una familia, una esposa, hijos o padres que en manos del tirano comunista no son sino rehenes...

El destino, la vida de esta familia puede depender de una palabra imprudente o poco meditada. ¿Qué hacer? El intelectual ruso no comunista prefiere eludir, por cualquier medio, las preguntas indiscretas de algún colega occidental.

La famosa V. O. K. S.—Sociedad para la Unión cultural con el Extranjero—y al frente de la cual se encuentra la compañera Kamenev obtiene de esta vergonzosa explotación del terror de los profesores, sus compatriotas, el ciento por ciento de su propaganda en los medios políticos, científicos y literarios de Occidente.

Yo me he visto en el caso de organizar el reparto de los socorros que el Profesorado europeo enviaba a sus compañeros de Rusia durante los años de hambre. *Estos profesores rusos me han suplicado que haga conocer a sus compañeros del resto de Europa la trágica situación en que les ha sumido la espantosa dictadura comunista.*

Hoy, por ejemplo, se ven obligados a protestar contra la ruptura anglosoviética; pero no lo hacen por convencimiento, sino por coacción. Es un nuevo caso, y muy calificado, de la vergonzosa mentira organizada que es la U. R. S. S.

Se explicará al lector que el pueblo ruso no se atreva a comunicar a los extranjeros que los visitan la verdad sobre su existencia de parias europeos.

Contempla a los extranjeros que llegan a Rusia con desconfianza. Les supone benevolentes para el poder soviético, porque sólo así, en virtud de esta simpatía hacia sus verdugos, se explica la autorización para la visita a la U. R. S. S. ¿No

sabe todo el mundo la serie de dificultades, la carrera de obstáculos que supone cada visado de pasaporte?

Estas son, por tanto, las razones por las cuales el papel de informador extranjero en Rusia es muy difícil. No hay medio de comprobar o aquilatar los datos que se sirve darle el guía soviético a quien ha sido confiado.

Por otra parte, el informador lo ignora todo, o casi todo, de los tiempos precedentes a la revolución. Y así se explican inepcias como ésta, que figura en el dictamen de la Delegación obrera de los Trade-Unions: "el transporte ferroviario en la Rusia soviética mejora y progresa".

¡La Delegación de los Trade-Unions, sin embargo, ha viajado por caminos de hierro que hoy son de vía única y que, antes de la revolución, tenían vía doble!

Ha sido preciso arrancar una de ellas para el entretenimiento de la otra. Tal ocurre, y podrían multiplicarse los ejemplos, con el ferrocarril del Norte del Cáucaso. Los delegados de los Trade-Unions, ignorantes de esta circunstancia, han podido decir lo que afirmaron, puesto que no tenían la menor idea de lo que fueron los ferrocarriles en la época zarista.

A cierto inglés, que llegó a Moscú para asuntos comerciales, le fué enseñada la Universidad, que es la más antigua de las Universidades rusas, fundada en el siglo XVIII por la Emperatriz Isabel, hija de Pedro el Grande.

A este inglés se le hizo creer que la Universidad había sido establecida por el poder soviético, y que antes de eso el edificio había tenido no sabemos qué destino fiscal. ¡Otro extranjero ignorante, propicio al embuste bolchevique! He aquí a los Soviets transformando un inmueble sin relieve cultural en palacio de la ciencia...

No le fué enseñada, en cambio, al inglés, la casa número 14 de la Lubianka, que fué, en tiempo de los Zares, escuela de segunda enseñanza—el tercer Liceo de Moscú—y que la revolución decomisó para alojar en ella la cárcel de la Checa, en el centro mismo de la capital.

Fácil le sería a cualquier extranjero en Rusia, si se le permite circular por sus poblaciones en plena libertad, comprobar que la revolución ha disminuído considerablemente de escuelas, al par que se incrementa el de cárceles, cuyo número, siempre en aumento, no basta para las necesidades del régimen bolchevique.

Pero el obrero europeo, rehaciéndose contra este amasijo de farsas indignas, va comprendiendo hasta dónde llega la odiosa mentira que le brinda el comunismo vociferador y demagógico.

Por eso, una Delegación escandinava, clarividente, llegó a Moscú con un plan de visita por ella misma confeccionado.

Los Soviets le propusieron cambiar ese programa por el oficial, con su correspondiente itinerario, poniendo a las órdenes de los delegados un grupo de guías intérpretes soviéticos.

La Delegación escandinava rechazó tal imposición. Y, entonces, el Gobierno de los Soviets *prohibió a esta Delegación la estancia en la U. R. S. S. y la intimó a abandonar el territorio en el término de cuarenta y ocho horas.*

A poco nos comunicaba un miembro de la segunda Delegación obrera alemana, el panadero delegado profesional Ostermayer:

Der Socialistiche Bote.

N.º 2/3 (144-145).

5 de febrero de 1927.

“Cuando nuestra Delegación llegaba a un establecimiento cualquiera, los jefes de las Uniones Profesionales se le presentaban para ofrecerle una lista de las empresas que sería posible visitar, y con el fin de que se eligiera la que conviniese.

Llegados a Toula, comenzamos por una fábrica de *samovars* (teteras). Después nos llegamos a una tenería, tras de la cual se convino en recorrer una ciudad obrera; pero escasos de tiempo, hubimos de renunciar, y, en cambio, se nos ofreció visitar una panadería de poca importancia, que no requería más de diez minutos. Nos vimos en el caso de declarar categóricamente a nuestros guías que no deseábamos ver más “grandes empresas” y que preferiríamos conocer alguna casa comercial de menos rango.

—Compredido—se nos respondió—; y apiñados en tres automóviles recorrimos la ciudad de punta a cabo. Al pasar por delante de una panadería, tiré de la manga al guía y le dije: —Camarada, veamos eso. A lo que me replicaron: —No, ésa no. La que está enfrente.

A pesar de contarse en la ciudad de Toula hasta tres panaderías cooperativas, se nos hizo visitar la mayor.

Cito estos hechos para explicar que no se nos ha permitido

ver lo que nos interesaba, sino lo que a ellos les convenía o deseaban enseñarnos.

Venía con nosotros un salchichero, y, como es natural, pidió ver algunos establecimientos de su profesión. Se nos respondió con un cortés no ha lugar, so pretexto de que todas las salchicherías sufrían en aquel momento transformaciones y estaban en obra...

En la cuenca minera del Donetz, en Makéewka, visitamos una cooperativa, de la cual se nos aseguró que formaban parte panaderías, salchicherías y almacenes diversos.

Aprovechamos la ocasión para manifestar nuestro deseo de conocer un establecimiento de cada una de estas ramas; pero se nos dijo, en las oficinas, que la salchichería no podría ser visitada sino quince horas más tarde, cuando comenzase el trabajo. Comprendimos que era un pretexto: a esa hora teníamos señalada la de nuestra comida.

Solicitamos, entonces, visitar la salchichería fuera de la hora de trabajo, pues deseábamos ver, no a los obreros, sino la instalación. Tampoco podía verse: estaba asimismo en obra....

Tuvimos aún valor para insistir: no importaba; lo interesante para nosotros era comparar lo que hubiera, en ese ramo, en el antiguo régimen, con los adelantos introducidos bajo el poder soviético.

Todo nos fué rehusado. Como compensación visitamos los mataderos, al abandonar los cuales reiteramos nuestro afán de contemplar en funciones una salchichería... Pero, entonces, un miembro de las Uniones Profesionales se decidió a declarar:

—Camaradas, os debo confesar que aun cuando fabricamos morcillas excelentes... no estamos dispuestos a conducirlos donde las hacen..."

Aún agrega M. Ostermayer algo sabroso acerca de la vida del obrero ruso:

"Hemos de reconocer que la indumentaria del obrero alemán es un objeto de lujo para el camarada ruso, porque son artículos demasiado caros para él, aunque se le den facilidades de pago..."

Si se nos quiere hacer creer que el obrero ruso vive bien, yo, que lo he visto, afirmo lo contrario.

En Alemania se pueden adquirir más cosas por un marco, que son 48 kopecks, que en Rusia por un rublo...

... Todos los lugares que hemos visitado tenían noticias de nuestra llegada con una semana de anticipación...

En la Rusia de hoy no disfrutan los proletarios ni siquiera de la libertad de que gozaban bajo el régimen zarista. Recordad que en éste había hasta cuatro partidos políticos, que hoy no existen. En toda mi vida, ni aun bajo el yugo estrecho del servicio militar, he experimentado una tiranía semejante a la que reina en Rusia".

En este terreno, como en tantos otros, los Soviets se apuntan un fracaso más.

Las Delegaciones obreras extranjeras comienzan a abrir los ojos y a ver claro en las mentiras que les son infligidas por el Gobierno de las U. R. S. S.

Es muy lamentable, no obstante, que la Delegación de los Trade-Unions haya colaborado conscientemente en la propaganda por Europa de la gran farsa comunista.

¡Sirvales, al menos, de lección para el porvenir este hecho profundamente deplorable!

CAPITULO II

POR QUÉ MEDIOS ES INDUCIDO EL PROLETARIO AL ERROR POR EL COMUNISMO

El derrumbamiento de la industria en Rusia

Los comunistas han condenado, sin apelación, al régimen capitalista, que, a su juicio, debe declinar irremediamente, logrado el punto culminante de su destino histórico y también por ser incapaz de satisfacer las más elementales necesidades de los pueblos. Claro está que exonerado el capitalismo ocupará su puesto la doctrina comunista, llamada a instaurar un paraíso sobre la tierra, del cual ha de ser la muestra, y lo viene siendo desde hace diez años, según parece, la U. R. S. S.

He procurado en vano la confirmación de esta verdad: en cambio, estoy obligado a hacer constar que, por lo que yo he visto, el comunismo es absolutamente incapaz de construir nada.

Los bolcheviques rusos se esfuerzan en disfrazar, en ocultar, las destrucciones operadas en su país en la última década, y para ello esparcen por el mundo toda una serie de falsas noticias sobre el estado verdadero de cosas y personas en la U. R. S. S.

En tal sentido han intentado utilizar la Misión del Alto Comisario de la S. de N., doctor Nansen, mientras actuaba en Rusia para combatir la miseria.

Algunos meses antes de procederse a la liquidación de esta misión humanitaria, se personó en la Oficina Central de la Administración en Moscú el secretario particular del doctor Nansen, con el encargo urgente de montar, en el seno mismo de la Misión, un centro especial de información para ilustrar

a los pueblos europeos acerca de la situación rusa desde el punto de vista económico.

Cuando vino a verme con tal fin, buscando informes relativos a la región Sudeste, que me estaba encomendada, y que abarcaba el Cáucaso, el Sudeste y la cuenca minera del Donetz, rehusé de un modo categórico facilitar informes de ningún género.

Y, para justificar mi negativa, alegué la imposibilidad en que me hallaba de ofrecer datos exactos, puesto que estos datos no serían sino otras tantas acusaciones contra la tiranía soviética, que se apresuraría a tomar represalias.

Además, utilizar los informes oficiales hubiera sido, por mi parte, conocedor de su falsedad, una superchería.

Agregué algunas pruebas en apoyo de mi actitud, para lo cual me bastó confrontar ciertas cifras de los informes soviéticos que se contradecían de un modo singular.

Ante tales hechos, el secretario del doctor Nansen se presentó, documentos en mano, al Consejo Superior de Economía Nacional. Los Soviets atribuyeron las cifras incomprensibles a erratas de imprenta...

Y aquel mismo día recibí, después de almorzar, la visita de uno de los miembros del C. S. de la Economía Nacional, en mi despacho de la Administración. Quería conocer los verdaderos motivos de mi negativa a dar los famosos informes acerca de la zona Sudeste de Rusia. El diálogo fué, poco más o menos, de este modo:

El representante soviético: —¡Una región tan rica y tan interesante! El Donbass... el Cáucaso, el Sudeste... Los comunistas estamos orgullosos de nuestros éxitos en toda esa parte de Rusia, y, francamente, nos asombra un tanto el que se niegue usted a hacerlos conocer.

Yo.—Ignoro tales éxitos, la verdad, desgraciadamente. Me es imposible comprometer mi prestigio moral haciendo circular por Europa informes falsos... Me ha ocurrido más de una vez evidenciar hechos contrarios a los que se alegan por la Administración rusa para exaltar vuestro progreso industrial.

¿Podría usted decirme, camarada, cuál es el estado de la industria textil, sobre todo del algodón, de que Rusia se envanecía con motivo...?

El.—Está en admirable estado: las fábricas funcionan sin descanso.

Yo.—¿Y poseen reservas de materias primas para alimentar esa actividad como hasta aquí?

El.—Estamos perfectamente surtidos, y para mucho tiempo.

Yo.—Perdón: yo no puedo enviar a Europa una información semejante, ¿cómo podría yo suscribir datos que me consta que no responden, ni siquiera de un modo aproximado, a la realidad?

La industria algodonera.—Esta industria, antes de la revolución, se proveía de materia en bruto en el Turquestán y compraba el resto en América.

Durante el ejercicio 1913-14, el Turquestán importó en Rusia 224.000 toneladas (14 millones de pouds) de fibra. Del extranjero vinieron 13 millones más.

Hoy no puede Rusia comprar ni importar, porque si pudiese, es decir, si dispusiera de las cantidades indispensables para tales adquisiciones, no hubiera tolerado que viniésemos de fuera a socorrer a sus muchedumbres hambrientas... No hubiera necesitado de nadie, evidentemente.

El Turquestán os enviaba cuanto algodón pudiera necesitarse en vuestras fábricas, a cambio del trigo ruso... Al presente, el propio Turquestán se ve precisado a abandonar el cultivo del algodón para sembrar trigo, que Rusia no puede ya facilitarle, porque está bajo el terrible azote del hambre.

Por ese lado, pues, se acabó el algodón. ¿Qué os resta? Las reservas de las antiguas fábricas, que habéis nacionalizado. Es verdad. Sus antiguos propietarios habían acaparado importantes cantidades. Pero debéis confesar que esos "stocks" desaparecen en vuestras manos a ojos vistos, y que os veis imposibilitados de renovarlos y sostenerlos.

Ese es el decantado florecimiento de la industria algodonera en este país. Hay, como se ve, alguna diferencia...

En estas condiciones, ¿se arrojaría usted a autorizarme a comunicar semejantes informes relativos al estado económico de Rusia?

El.—Dígame: ¿Cuánto tiempo hace que vive usted en este país?

Yo.—Treinta y cinco años.

El.—Sí... ya se conoce. En efecto, estamos de acuerdo... Es preferible abstenerse, y resulta inútil montar ese centro de información.

El Comisario soviético se despidió de mí, insistiendo en la

inutilidad de la oficina de informes en la filial de la Misión Nansen, en el Sudeste de Rusia.

Más tarde se me impidió cuidadosamente facilitar informe alguno.

Sólo ahora, fuera del alcance de la zarpa bolchevique, puedo lanzarme a decir toda la verdad.

Cuenca del Donetz.—Después de la marcha del Ejército blanco, la industria de la cuenca del Donetz pasó, entera y verdadera, a manos del poder soviético. Me apresuro a decir que es absolutamente falso cuanto se haya propalado de destrucciones llevadas a cabo por el Ejército blanco. Todo ello son mentiras.

Conozco esta región industrial desde su primitivo desarrollo. Cuando la abandonó el Ejército blanco pude darme cuenta perfecta, de visu, de su situación. Todo quedó intacto y en admirable estado de conservación. Las mismas cifras soviéticas no hacen sino confirmar que es falso que el Ejército blanco destruyese la industria de la cuenca del Donetz.

Las minas de carbón.—Antes de la revolución, esta cuenca comprendía 900 pozos de minas carboníferas de positivo valor industrial. Había unos 600 pozos insignificantes en manos de campesinos. La estadística soviética nos advierte de que, terminada la ocupación del Ejército blanco, durante el primer semestre de 1921 se explotaban 959 pozos de carbón: luego su número no había mermado. Pero a fines del semestre inmediato este número se redujo a 687. A principios de 1922 quedó en 282, y en 1925 no se trabajaba sino en 200 pozos. Los Soviets anuncian ahora que esta cifra se ha duplicado en 1926-1927; pero, para poder afirmarlo, incluyen en su enumeración los pozos de campesinos, sin valor ni significación industrial alguna.

Son comparsas en la *mise en scène* soviética entre las cifras de una producción forzada y, de hecho, inexistente.

En realidad, el número de pozos explotados disminuye, porque los comunistas desdeñan los pozos en que la capa de hulla está demasiado profunda, lo cual dificulta su producción, que no le es posible asegurar ni normalizar por lo insuficiente de los recursos técnicos y lo usado del herramental y de la maquinaria.

Los Soviets no explotan sino los filones que se hallan en la

superficie. De los pozos abandonados nadie se cuida, y son, con frecuencia, inundados.

No puede imaginarse la ruina lamentable de la cuenca del Donetz a partir de la ocupación comunista.

Las estadísticas soviéticas relativas a la producción hullera o del mineral de hierro son, asimismo, falsas. Tengo motivos para asegurarlo.

La industria metalúrgica.—Cuando se decretó la nacionalización de las Empresas, los comunistas entraron en posesión de "stocks" importantes. Sólo en las fábricas metalúrgicas del Sur de Rusia se apoderaron de 50 millones de pouds (800.000 toneladas) de metal.

Los Soviets concentraron la mayor parte de la industria metalúrgica de la Rusia meridional en manos del "trust" Yougostal.

La Prensa soviética anunciaba discretamente: "Ayer ha sido puesto en marcha el alto horno de la fábrica Petrowsky, del Yougostal".

Pocos días después: "...Hemos logrado una victoria más en el frente económico: un nuevo alto horno acaba de inaugurarse..."

Al cabo de algún tiempo pude formar una lista hartamente sospechosa, por lo larga, de altos hornos... Empecé a dudar...

Y aprovechando un viaje que me vi obligado a emprender por la cuenca del Donetz, quise elucidar esta cuestión...

Ante todo me procuré una colección de recortes de periódicos, en los que se daba cuenta de los altos hornos consabidos.

Y pude comprobar que los tales hornos "no funcionaban". Pregunté. Habían funcionado.

Y el enigma se explicaba de este modo: los altos hornos estaban en actividad mientras lo consentían las reservas de la fábrica correspondiente. Acabadas las reservas se dejaba extinguir el horno, y se pasaba a otra región, o a otra fundición abandonada, que se hacía entrar en actividad con las reservas a mano. La Prensa se encargaba luego de dar aire a estas gloriosas victorias en el frente económico...

Un gerente rojo de una de estas fábricas, conocedor del oneroso esfuerzo que supone el activar un alto horno, explicaba así el procedimiento que acabo de denunciar... Me decía, textualmente:

—De este modo damos trabajo por algún tiempo a los parados de la región. Cuando esto acaba, nos trasladamos a otra parte, porque el paro es general en el país.

Al mismo tiempo logramos una propaganda de la causa comunista, porque hacemos creer que cada día se reanuda el trabajo en una fábrica nueva.

En el centro, en Moscú, están muy contentos del sistema, que les permite contar cuentos a los extranjeros...

¿Qué podría yo añadir a estas consideraciones del rojo director? Es imposible sobrepasarlas en audacia y en cinismo.

La industria hullera, la metalúrgica y la del cok guardan entre sí gran relación. La cuenca del Donetz estaba cubierta, antes de la revolución, de instalaciones de hornos de cok. En todas ellas se obtenían los productos de la hulla: alquitrán, benzol, etc.

Pues bien; esta industria hoy apenas existe, explotada por procedimientos primitivos y tan rudimentarios como lo fueron hace más de medio siglo.

En toda la U. R. S. S. apenas funciona, con éxito y con beneficios apreciables, una fábrica, la de Enakievo, que perteneció antes a la Compañía Ruso-Belga.

La Prensa soviética, que pregona este hecho aislado como un triunfo soviético, debería avergonzarse de la pobreza de semejante resultado.

¿Es que esa Prensa ignora que antes de la revolución no había un horno de cok, por modesto que fuera, que no explotase los productos derivados?

El periódico *La Ciencia y la Técnica* (Leningrado), número 13 (160, de 14 de abril de 1926), en un artículo intitulado "Nuestros éxitos" y con el subtítulo "Fábrica de cok y de benzol", denuncia este hecho.

De regreso en Bélgica, volví a ver al ingeniero M. E. Witmeuz, uno de los administradores de la Sociedad Ruso-Belga, competentísimo en materia industrial, y singularmente en lo tocante a las industrias de la cuenca del Donetz, como es bien sabido.

Le comuniqué mis impresiones.

Me contestó que ese solo hecho bastaba para profetizar el completo derrumbamiento de la industria soviética.

Los Soviets producen hoy, según lo que ellos mismos declaran, 480.000 pouds (7.800 toneladas) de alquitrán, mientras

que, en 1914, la cuenca del Donetz, por sí sola, rendía tres millones, o sean 49.000 toneladas.

La producción soviética no pasa de la sexta parte de la producción en 1914.

¡Otra victoria en el frente económico!...

Una fábrica de sedería.—Tuve ocasión de visitar solo, esto es, sin la compañía de ningún cicerone soviético, una de las más importantes fábricas de sedería del *Schelkotrust*, que antes formó parte de la Sociedad Anónima Franco-Sueca para la fabricación de la seda en Rusia. Se fundó en 1889. En 1911 había duplicado su producción; tres años más tarde su fuerza motriz provenía de cuatro grandes generadores Diesel, y, por último, albergaba a dos mil operarios.

Hoy, malvive, y apenas si ganan en ellas su jornal cuatro centenares de obreros.

Por esta vez los Soviets no pueden hablar de los soldados blancos. Moscú fué siempre soviético, y, por tanto, el fracaso no puede ser atribuído a los desmanes de la guerra civil, que no llegó a este establecimiento.

La política económica de los comunistas es francamente salvaje; no tienen otra que la de dilapidar sin escrúpulos el capital que han heredado.

En estos términos se expresaba el presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, Rykov:

—Estamos viviendo, pura y simplemente, de lo que se nos ha legado por la burguesía (*Izvestia*, 12 marzo de 1926).

La maquinaria de las fábricas está inservible; pero se carece en Rusia del dinero necesario para renovarla. El poco que les queda lo emplean en alimentar la guerra en China, en mantener las organizaciones comunistas en el extranjero, en subvertir colonias...

La industria soviética adolece de mala organización, y, por sí esto fuera poco, es administrada de un modo estúpido, porque los engranajes burocráticos, dechado de inepticia, entorpecen la producción.

Hacen falta docenas de empleados y agentes para resolver el detalle más insignificante. Las fábricas lanzan al mercado montones de artículos inutilizables.

Hablemos de chanclos.—Registremos aquí un hecho, entre otros muchos elegido: el *trust* del caucho, que reglamenta la fabricación de "galoches" o chanclos, inunda el mercado

de artículos de tallas desmesuradas, que no tienen salida, y escasea, por el contrario, el calzado de numeración corriente: el 8, el 9, el 10...

Es muy frecuente contemplar en Moscú, en Karkov, en Rostov y en otras ciudades, las "colas" de compradores que esperan pacientemente el acceso a los pocos comercios en que quedan existencias de las numeraciones precisas del 8, del 9, del 10, que son las que usa la población, por punto general. En los escaparates se advierte la presencia de los "galoches"; pero junto a ellos es fácil contemplar el funesto aviso: "No los hay nunca de la medida que habéis menester".

Se dirá que este es un hecho incoherente; pero es que semejante incoherencia es hija del absurdo sistema de reglamentación, por el cual el Consejo Superior de la Economía Nacional tiene a su cargo el señalar a cada fábrica el número de chanclos de cada medida que debe producir.

La fábrica se ve, pues, obligada a trabajar en *déficit*, producir "galoches" que no pueden ser usados y de muy corta duración.

En los tiempos anteriores a la nacionalización comunista, las fábricas del actual *trust* soviético pertenecían a diferentes sociedades, naturalmente capitalistas: la Ruso-Americana o Ttreougolnik, la Provodnik, etc.

Las respectivas gerencias, siguiendo el método capitalista, dañado e improductivo, al decir de los comunistas, se informaban al principio de cada estación, en los almacenes de calzado, en las distintas regiones del país, de las necesidades de la plaza en lo tocante a las diversas numeraciones o tallas, teniendo en cuenta los artículos vendidos en el año precedente. Por este lógico procedimiento, irreprochable en toda organización industrial y comercial, la fábrica y el intermediario o detallista aseguraban su negocio, mientras que el consumidor podía verse complacido en su demanda. Nadie echaba de menos las delicias del paraíso soviético. Pero tales métodos capitalistas han sido barridos, condenados para siempre.

En el Edén comunista, donde falta todo lo que puede necesitarse, no hay tampoco chanclos.

Agreguemos a esto, que este artículo tenía de duración media de dos a tres años: el sovietismo fabrica "galoches" que perecen en la primera puesta.

Calidad de la producción.—Los burgueses fabricaban en

Rusia cerillas que solían encenderse casi todas: las cerillas soviéticas, contaminadas de la rebeldía doctrinaria, se niegan a arder resueltamente.

Los lápices capitalistas eran excelentes. Los actuales, o se pulverizan al aguzarlos, o desgarran, si se logra "sacarles punta", el papel.

La compra de la mayor parte de los artículos y objetos de la industria soviética es perfectamente inútil. Para el comprador, se entiende.

Una de las más importantes cristalerías rusas, la de Constantinovka, en el Donetz, lanza hoy al mercado vidrios tan defectuosos y de un verde botella tan subido, que yo mismo, cuando he tenido necesidad de cambiar o reponer cristales en la oficina de la Misión Nansen, me he visto precisado a adquirirlos de entre los procedentes de derribos o de casas abandonadas o reducidas a escombros; pero anteriores a la revolución.

No se negará que es un mérito industrial como otro cualquiera, un *record*, como ahora se dice, éste de que en todas partes se fabriquen productos inútiles "ciento por ciento".

El precio de coste aumenta visiblemente.

Durante el primer trimestre de 1925 se elevaron, para los trabajos de ebanistería, en un 33 por 100; en la industria del caucho, en un 16; en los azúcares, el 19; en la metalurgia, el 6, etc.

La grande industria, en manos de los *trusts*, no puede competir con el *koustar* o artesano inferior, que trabaja mejor, a mejores precios y produciendo artículos más cuidados y de calidad preferible a la que logra para sus productos la industria nacionalizada.

Esto lo que quiere decir es que en pleno siglo xx hay un país que ha logrado, merced a un régimen social y político de tiranía y de barbarie, resucitar, en esto, la Edad Media, consiguiendo que las grandes fábricas retrograden hasta ser derrotadas por la producción primitiva del *koustar*.

El comunismo hace retroceder la industria en varios siglos. La quiebra general está ya dando aldabonazos a las puertas del comunismo. Suena la hora sombría del derrumbamiento, que está mucho más próximo de lo que generalmente se cree. Los comunistas lo saben mejor que nadie. Olfatean su pró-

ximo fin, como lo presienten los roedores en la sentina oscura del navío que se hunde.

Por mis propias manos han pasado, durante nueve años, las comunicaciones oficiales soviéticas y las cifras atañentes a la producción de su industria.

Pues bien: yo aseguro, sin vacilar, que esos datos soviéticos son, en sus tres cuartas partes, falsos.

El himno de *La Internacional* habla de la "destrucción del régimen burgués".

Perfectamente.

El comunismo ha logrado su propósito en Rusia.

Pero, inmediatamente, ha puesto en evidencia su absoluta incapacidad para cuanto sea trabajo positivo, constructivo y creador.

CAPITULO III

LA VIDA DEL OBRERO RUSO.—CÓMO SE ORGANIZA UNA MANIFESTACIÓN COMUNISTA

El Gobierno de los Soviets tiene la pretensión de ser un Gobierno proletario, que gobierna en nombre de los obreros.

Esto supuesto, la lógica nos lleva a esperar que la clase obrera en Rusia vivirá satisfecha, contenta, feliz...

Afirmo lo contrario, con las pruebas en la mano: *La clase obrera rusa es la clase más oprimida, la más desengañada, la más desgraciada.*

Hay un hecho que merece ser subrayado, y que yo he observado en diversas industrias y en otras tantas zonas del territorio ruso. Afirmo que el estado de ánimo del obrero ruso es, sin contradicción posible, antisoviético y anticomunista.

El obrero de la U. R. S. S. apenas tiene otro tema para sus conversaciones que el parangón entre su estado actual y el del proletariado anterior a la revolución.

Si no sois un desconocido para él, si supone que puede depositar en vosotros alguna confianza, os dirá, cuando francamente le abordéis:

—Se nos ha dicho muchas veces que antes de la revolución el obrero vivía mal; pero la verdad es que yo comía lo que me pedía el cuerpo, alimentaba mi familia, mis hijos iban a la escuela... Y ahora nos dicen: Tenemos el poder: reina un poder de obreros... “Yo me... en semejante poder, bajo el cual es, precisamente el obrero, el primer muerto de hambre”

Y no podéis menos de hallar lógica esta lamentación, porque es positivo que, en ningún país del mundo, aparece colocado el obrero en tan deplorables condiciones de vida como en la Rusia soviética.

Voy a transcribir aquí algunos diálogos que he mantenido

con obreros que, en algún instante, se habían manifestado adversarios del viejo régimen y aun habían ayudado activamente a derrocarlo.

Palabras de un veterano de la revolución.—Os presento al obrero Leónidas S..., que, en 1905, era ferroviario en el depósito de locomotoras de la estación de Kavkazkaña, en el ferrocarril del Wladicáucaso.

Este sujeto había conducido el tren, cargado de obreros amotinados, que se dirigían en 1905 a Rostov-sur-le-Don, para cooperar a la sublevación obrera producida entonces en aquella ciudad.

Había, pues, participado en la revolución de 1905, siendo agente secreto, de los más activos, del partido revolucionario ruso.

Estaba seguro, por lo tanto, de que, al advenimiento del comunismo, su situación lograría mejorar espléndidamente, a tenor de las espléndidas promesas que habían decidido su alistamiento en las filas comunistas.

En realidad, le aconteció esto otro: fué destituido de su empleo de ferroviario, por haber pertenecido, en 1905, al partido socialdemócrata (mencheviques).

Estuvo parado mucho tiempo, al cabo del cual tuvo la fortuna de encontrar trabajo en la traída de aguas de Rostov; pero no bastando su jornal para mantener a la familia, se vió precisado a pedir, aquí y allá, trabajo suplementario, como pizarrero o plomero.

Antes del comunismo, el buen Leónidas había logrado, a fuerza de economías, llegar a propietario. Habitaba una casita muy confortable, de su pertenencia, situada junto a la estación y cercana a su trabajo.

Allí le visité muchas veces; me era grata la modesta comodidad de aquel albergue...

Hoy, cuando están en el poder "los suyos", según se le repite a cada paso, el infeliz ve a su gente amontonada en una sólida covacha de extramuros; tiene mujer y tres hijos; todos se debaten en la más negra miseria. No hay platos; comen por turno. Tres sillas cojas y *un lecho* defectuoso decoran la habitación... Yo conocí a este hombre cuidadoso, limpiamente vestido... Hoy se hace la ropa con guiñapos de tela de saco viejo... Pude ofrecerle algunos sacos envases de harina, de los que para tales casos teníamos en la Misión Nansen... Los acep-

tó sollozando... Aquellos sacos le sirvieron para mejorar la indumentaria de los suyos y la propia.

En aquel hogar no se comía carne—¡caro lujo!—, sino una vez por semana.

La leche era un refinamiento inasequible para aquellos pobres niños... Una papilla confeccionada con agua, acaso una sémola. El pan, muy rara vez... Le regalé un paquete de té. Hacía mucho tiempo que allí no se ingería sino una infusión de flor de acacia desecada...

Este espectáculo es el que hubieran debido ver y conocer las Delegaciones obreras extranjeras en Rusia: el interior de estos chamizos infectos, en que hierve la miseria obrera bajo el régimen soviético.

Pero ya hemos dicho que hay que verlo todo al dictado y con la compañía de un guía interesado... Hay que conocer la lengua del país... Hay que inspirar confianza a la población...

He hablado de Leónidas como hubiese podido hacerlo de millares de infelices obreros. El cerrajero Yankel K..., por ejemplo, empleado en la fábrica Axay, una de las más importantes entre sus fábricas de maquinaria agrícola de Rusia. Durante veinte años, durante su más tierna infancia, perteneció al personal obrero de la fábrica; pero los comunistas le despidieron brutalmente, y asimismo por haber sido menchevique. Aunque ha manifestado renegar de sus antecedentes, nadie le recibe, y va de puerta en puerta para malcomer, en demanda de reparaciones y composturas...

El obrero "dictador" se queja...—Pablo K... es un obrero, conocido mío, que trabaja en la fábrica de cigarros del Don "Asmolov", nacionalizada y rebautizada con el nombre de Rosa Luxemburgo. Nuestras relaciones datan de 1911. Hace poco me confesaba: "Gano unos setecientos francos mensuales (58 rublos tchervontz). Pero el día de cobro me ofrecen, al presentarme en la Caja, una lista interminable de descuentos. La cotización para la Unión Profesional, la suscripción forzosa a determinados periódicos... Se me hace abonar medio rublo con destino a la "Aviokhim" (Sociedad para el desarrollo de la defensa química y aérea de la U. R. S. S.). Me quitan 40 kopecks en provecho de la Mopr—socorro rojo internacional—; otro tanto para los obreros parados de Inglaterra; otro tanto, aún, para sostenimiento del Comité de la fábrica, etc... Y cuando he

pagado todos estos descuentos, vengo a cobrar, en resumen, de 40 a 50 rublos...

La menor protesta, la más insignificante broma a propósito de esos diarios que nadie lee, de esos parados de la industria extranjera, de la "Aviokhim", serán causa de inmediato despedido; acaso de encarcelamiento. Tres compañeros míos han sufrido ese rigor, se les despidió, y la célula comunista del establecimiento circuló las órdenes necesarias para que aquellos desdichados no pudieran encontrar trabajo en parte alguna. Hay, pues, que guardar silencio; cobra uno sus 40 rublos soviéticos... ¿Qué se puede comprar con ese dinero? Los precios han triplicado, han quintuplicado sus cifras. Hubo un tiempo en que yo ganaba 65 rublos, que percibía íntegros... ¡La edad de oro precomunista! Se vivía barato.. Una libra de pan blanco (400 gramos) costaba tres kopecks... Hoy cuesta 10 y 11. El pan, negro, seis. Con veinte kopecks comprábase una libra de mantequilla.. Hoy cuesta un rublo. De la ropa, vale más no hablar... ¡Es inaccesible! ¿Cómo vivir, entonces, con mis buenos 40 rublos? Nuestra existencia, la existencia obrera en Rusia, es infernal... ¡Vaya al diablo el decantado "poder obrero", en cuyas manos agonizamos los trabajadores!... ¡Y que se atrevan a decirnos que trabajan por nosotros, para el pobre proletario!...

Se nos decía, cuando se nos necesitaba, en el instante de la revolución : "Viviréis como los burgueses, y en sus palacios... ¡Todo ha de ser vuestro!"

¡Valientes palacios nos han asignado!... Diez rublos pagaba yo de alquiler, sin más gasto. Hoy me piden ocho; pero me cobran aparte suplémentos por el agua, por impuesto de canalización, y qué sé yo cuántas gabelas más. En una palabra: que pago dos veces mi antiguo alquiler".

Y cuenta que la situación de este excelente Pablo K... es relativamente aceptable, porque hay obreros, como un cierto engrasador de ejes, conocido mío, que gana 18 rublos (90 kopecks al mes), que no bastan ni para adquirir pan. Imaginad cómo renegará del poderío obrero y de todo el estrépito demagógico, que le condenan a no comer bastante, a ver sufrir hambre a sus hijos inocentes.

La desesperada situación de las masas obreras en Rusia es la más viva condenación del régimen soviético.

Cómo son pagados los salarios.—Pero hay más. ¡Si se

podieran cobrar estos salarios insuficientes con cierta puntualidad!

Porque es el caso que son abonados con retraso de varios meses. En marzo, los de enero; en enero, los de setiembre... Esto ha ocasionado, alguna vez, graves desórdenes.

En 1925, los obreros textiles de las fábricas del extrarradio, en Moscú, se amotinaron, en vista de que habían transcurrido varios meses sin lograr paga alguna. Aunque se los amenazó con violentas represiones, afirmaron que no querían volver al trabajo si en el término de algunos días no se les abonaban los jornales. Las cajas del fisco estaban vacías. Las autoridades locales llegaron a alarmarse, porque los huelguistas sumaban algunas decenas de millar.

Por otra parte, Moscú estaba cerca, y no sería fácil evitar que los agentes diplomáticos extranjeros ventearan la revuelta... El mismo poder soviético corría peligro.

El camarada Kalinine, presidente de la U. R. S. S., que se había trasladado apresuradamente al lugar de la sublevación, para intentar calmarla, se vió obligado a salir de él, perseguido a tiros y a pedradas. Huyó, pues, sin vacilar, bajo la custodia de las fuerzas chequistas, que formaron el cuadro alrededor de su automóvil. Los bolcheviques comprendieron que no había sino una solución: pagar los jornales. Pero para ello era indispensable el dinero. He aquí cómo lo recaudaron: la Guépéu envió algunos de sus agentes secretos a la "bolsa negra", donde se especulaba ilegalmente con las divisas extranjeras. Estos agentes se dedicaron a vender oro a bajo precio: libras, dólares. Al principio, los especuladores se abstuvieron. Poco a poco, sin embargo, la ambición, y algunas operaciones favorables, los decidieron. Al otro día salieron al mercado cantidades considerables de numerario, ocultas hasta entonces por el capital privado y receloso. En la plaza, cerca de la puerta Ilyinsky, nubes de judíos se instalaron, portadores de cajas y maletas rebosantes de tchervontzi. Se dedicaban a adelantar sumas de dinero a los agentes que, por su parte, especulaban en aquellos alrededores...

De pronto, las tropas de la Guépéu rodearon el barrio. Los ciudadanos, como cazados con red, fueron obligados a presentar sus documentos de identificación. Fueron cacheados, registrados y vieron confiscado su dinero.

Presenciaba yo todo esto desde la ventana de una casa si-

tuada en el ángulo de la calle Marosseyka, en el pasaje Ilynsky. Lo vi todo.

Los infelices, así agredidos, vaciaban sus faltriqueras, arrojando lejos de sí las monedas para salvar la piel. Por el suelo yacían, esparcidos y destrozados, maletas, cajas, sacos llenos de metálico. El viento traía, llevaba, arremolinaba, como si fueran hojas secas otoñales, los bonos tchervontzi; un buen montón de ellos quedó detenido a los pies del monumento erigido a la memoria de los granaderos muertos en 1877, bajo Plevna, en los Balkanes.

Hubo que practicar un centenar de detenciones.

Aquella misma tarde cobraron los obreros textiles...

Algunos meses después, cuando yo fui reducido a prisión en Boutyrki, la famosa cárcel de la Guépéu, volví a ver algunos de los detenidos en aquella jornada. Lo más curioso es que distinguí entre ellos ciertos obreros textiles, arrestados en la misma época en las diferentes fábricas de Ivanovo-Voznésensk, donde tales desórdenes habían estallado. Detúvose a los cabecillas, una vez restablecido el orden. Seis de ellos fueron deportados a Siberia, por cinco años, en las malsanas regiones de Narym y de Tourouchansk. Supe por ellos que la Guépéu había juzgado y condenado otros ochenta y cinco obreros.

Algo análogo ocurrió en Rostov-sur-le-Don. Se temían desórdenes por falta de pago de los salarios.

El camarada Schatov, director de la filial del Banco del Estado en Rostov, recibió de la Tcheka la lista de los agentes de cambio que operaban en la Bolsa negra. Se les ordenó venir y se les ofreció, para vender en Bolsa, divisas extranjeras y oro con la efigie del Zar. Aceptaron y realizaron la operación; pero, entonces, se los detuvo, y, acusados de malhechores, se vieron obligados a revelar a la Tcheka los nombres de los compradores y sus direcciones respectivas. Todos fueron encarcelados. El oro y las divisas extranjeras fueron reintegrados a la caja del Banco. Uno de los agentes de cambio, un tal Rosenblum, que se resistió a comunicar a la Tcheka el nombre de sus clientes, acabó sus días en Narym, donde fué por cinco años deportado y cuyo clima terrible no pudo soportar.

He aquí el expeditivo procedimiento por el cual reponía la Tcheka los fondos en las cajas exhaustas del Soviet, cuando, al cabo, y a fuerza de motines, se resolvía a pagar a los obreros sus legítimos salarios.

En Rostov, durante el período álgido de la exportación triquera, se carecía de reservas para pagar a los descargadores, que amenazaron con la huelga. El administrador de la Economía comunal del Don, camarada Gourévitz, no encontró expediente más sencillo que sacar a subasta unas cuantas decenas de casas nacionalizadas y secuestradas, entre sus antiguos propietarios. Es decir, la venta del botín robado a las mismas víctimas del latrocinio. No siempre, sin embargo, estos procedimientos lograban buen éxito; pero entonces se abonaban los jornales en bonos canjeables por artículos diversos en las cooperativas del Estado. Este sistema se empleó frecuentemente en la cuenca del Donetz. Pero ¡ay! que las tales cooperativas, surtidas de perfumes y polvos de arroz, no tienen pan, ni azúcar, ni calzado, ni artículos precisos para el obrero. Queda el especulador, ya lo adivináis, que compra estos bonos al 50, al 30 por 100 de su valor.

Un obrero de la mina de Gorlovsky perdió a su madre en Taganrog—150 kilómetros—. Para adquirir el billete de ferrocarril y asistir al entierro vióse precisado a desprenderse de los bonos de mercancías, en que había tenido que resignarse a cobrar sus salarios, con el consabido retraso. Por diez y ocho bonos de a rublo, recibió del especulador cinco rublos y seis libras de pan. Pero, no alcanzando esta suma para adquirir su billete, no tuvo más remedio que vender los zapatos. Y con los pies descalzos y sangrantes acompañó al cementerio el cadáver de su madre en Taganrog.

Y así son casi todas las grandes conquistas del régimen soviético.

Europa es incapaz de imaginar toda la “misericordia de miserias” que informa y ensombrece la vida del minero ruso. El hogar de este proletario es una barraca, siempre en ruinas, y que, por lo tanto, no ampara contra los elementos despiadados: el viento, la lluvia, la nieve. Agloméranse las familias. Tabucos, insuficientes para una o dos personas, son habitados por nueve o diez criaturas. De aquí una espantosa promiscuidad de sexos, que origina las más abyectas escenas. Las dolencias venéreas son como una terrible endemia en tales aglomeraciones. En una ocasión, llegaron a Rostov, procedentes de la cuenca del Donetz, para clasificar carbón en los *stocks* de la sociedad cooperativa unas doscientas obreras mineras. Fueron alojadas en el edificio que antes ocupara la fábrica de cajas de cartón, en el

número 19 de la calle Souvorovsky. A consecuencia de un reconocimiento facultativo, realizado tres semanas después por la doctora madame M. Perelman, del Comisariado de Higiene, se pudo averiguar que solamente un seis por ciento de estas mujeres estaba libre de la infección venérea.

Pero se nos argüirá: si es tan lamentable la situación del obrero ruso, sobre todo si se la compara con la anterior a la revolución, ¿cómo se explica que las masas proletarias de Rusia puedan enviar sumas tan considerables a los "sin trabajo", de Inglaterra? Ya conocemos los procedimientos soviéticos para arrancar hasta el último sueldo a sus víctimas. El obrero Pablo K... nos los ha descrito.

Receta para organizar manifestaciones espontáneas de la clase obrera.—La Prensa soviética, la agencia "Tass" y los extranjeros visitantes de Rusia nos dan cuenta a menudo de las grandiosas manifestaciones de obreros que se organizan en los aniversarios de las fechas más importantes del almanaque revolucionario, para protestar contra el imperialismo francés en Siria, en Marruecos; contra las intromisiones en los países europeos en China, o, como hace poco, contra la política anti-soviética de la Gran Bretaña. En el momento en que acontece algo en el mundo que contraría al Gobierno de los Soviets y al partido comunista, una ola de protesta corre a lo largo del territorio bolchevique.

Tales demostraciones tienen efectividad visible. Los extranjeros que las presencian llegan a convencerse de que el pueblo ruso sigue entusiásticamente a los Soviets. Pero es porque ignoran, como lo ignora Europa, de qué medios se valen los Soviets para reunir tales masas y producir semejantes efectos teatrales.

Si el yugo bolchevique es tan duro, ¿cómo el obrero que lo sufre toma parte en tales actos? Sencillamente: porque se ve obligado a hacerlo. Para eludir esa obligación hay que presentar un certificado del médico; el obrero que se descuida o se niega, es inscrito en el cuadro negro de la célula comunista de su fábrica. A la segunda vez es despedido: que tal es la sanción inmediata de toda falta. En Rostov, por ejemplo (y esto puede afirmarse de todo el territorio de la U. R. S. S.), están obligados a formar parte de las manifestaciones los miembros de las sociedades de caza, con su fusil al hombro y sus perros en trailla.

Aquel que se abstiene pierde su licencia de caza y de armas y es borrado de las listas de la sociedad.

Al principio, el obrero procuraba esquivarse... Llegaba temprano al lugar de reunión, poníase en filas y a lo largo del itinerario desertaba. Pero los comunistas acordaron pasar lista nominal en la fábrica o en la institución correspondiente donde había que devolver banderas y carteles o inscripciones. Únicamente cuando las enseñas habían sido devueltas se le autorizaba al obrero, "negro que ha cumplido su misión", para que, agotado por la fatiga física, regresara a su domicilio.

El obrero ruso carece de días de fiesta. En vez del descanso dominical, se ve obligado a realizar, a pie, enormes caminatas a lo largo de las calles; dar gritos favorables al comunismo, que le son perfectamente diferentes; entonar himnos o canciones imbéciles y demostrar, por todos los medios posibles, su adhesión al sovietismo, si es que no prefiere perder su trabajo y su jornal y ser arrojado, con todos los suyos, en un abismo de negra miseria.

Los Soviets no vacilan en explotar sin compasión la situación tristísima del obrero ruso para hacer creer al extranjero que cuentan con la adhesión incondicional de las masas.

Yo vivía en Rostov cuando Vorovsky, representante de los Soviets en Roma, fué asesinado por Conradi. La nueva de esta ejecución llegó de Suiza a media mañana, en la víspera de un día festivo. La población de Rostov pudo leerlo, a las diez o las once, en los extraordinarios de los periódicos comunistas. Aquella noche los diarios atacaron violentamente a Suiza y describieron, con todo detalle, el desfile de una manifestación espontánea, de una protesta grandiosa del pueblo, que se había efectuado, según se decía en estas informaciones, en las calles de Rostov en las primeras horas de la tarde de aquel mismo día. Se publicaban, asimismo, *in extenso*, los discursos pronunciados contra el Gobierno helvético; se describía, en términos impresionantes, la indignación furiosa de la multitud "frente al asesinato del camarada Vorovsky".

Los diarios *Troudovoy Don* y el *Sovetskiy*, que se publican en Rostov, ocuparon toda su primera plana con el relato de la manifestación, magníficamente desarrollada contra los "asesinos occidentales". No se había olvidado un solo extremo. Citábanse los nombres de los oradores, describíase las agrupa-

ciones obreras que habían tomado parte. La población contemplaba asombrada aquel catafalco de embustes. Preguntábanse las gentes dónde y cuándo se había verificado un suceso semejante. Discutían entre sí los vecinos. ¡Nadie había visto nada de lo que tan minuciosamente describían los periódicos!

Los obreros, en sus fábricas, leían, sin salir de su asombro, cómo los obreros del establecimiento habían concurrido, con su bandera a la cabeza, a formar parte de la manifestación. ¿Cómo explicar una manifestación semejante? La explicación es ésta: ordenada, o, mejor, acordada la manifestación, no se pudo avisar a tiempo a los obreros, por ser día festivo; pero los periódicos "bordaron" la magnífica información sobre "el programa" del suceso. ¡Esto sí representa un progreso sobre los procedimientos de la técnica periodística occidental no obstante la perfección que entre nosotros va consiguiendo!

Al día siguiente, que era laborable, se obligó a los obreros a abandonar el trabajo; agrupados, y alineados, recibieron banderas y carteles, y, entonces sí, la manifestación se efectuó tal y como había sido descrita (discursos inclusive) en los diarios de la fecha anterior. Un retraso de treinta y seis horas no es ninguna cosa extraordinaria.

Es conveniente no olvidar todo esto cuando se pasa la vista por epígrafes y rótulos periodísticos del país de los Soviets, en que se nos anuncian "las sinceras protestas de las masas y la indignación de millones de proletarios rusos".

Saquemos las obligadas consecuencias. Centenares de obreros rusos, con los que me ha sido dable conversar en plena intimidad, se indignaban efectivamente; pero contra estas manifestaciones forzadas, fingidas y grotescas.

Y me decían, textualmente:

—Somos peor que esclavos. Antes del bolchevismo yo descansaba los días de fiesta, que dedicaba a la familia. Hoy, en cuanto se presenta un día feriado, se nos empuja a estas manifestaciones, en las que caminamos de la mañana a la noche, aunque se nos consuela diciéndonos: "Es el poder proletario, que, al fin, poseemos. Somos la dictadura del proletariado". ¡Pues bien, no!... ¡Cien veces no! Esto es la dictadura más odiosa que ha sufrido el proletariado jamás.

El paro.—La Gosplan declara, oficialmente, que con fecha de 1 de enero de 1927 había inscritos en las listas de las bolsas de trabajo 1.271.000 parados. El diario *Komsolstaia*

Pravda (número 270, 1926) asegura que a esa cifra debe añadirse que existe un millón de jóvenes que no trabajan ni aprenden en parte alguna, y que no serán menos de 250.000 los alumnos de las casas infantiles—bastantes de quince a diecisiete años—que vagamundean.

Hay, pues, según el optimismo oficial de las estadísticas soviéticas, dos millones y medio de “sin trabajo”. Es una cifra bastante mayor que la de 1.900.000, que representa la de obreros que tienen trabajo proporcionado por el soviét.

Añadamos que las bolsas de trabajo se niegan a inscribir a la totalidad de los obreros parados, que es, en realidad, mucho más crecida y llega, sin duda alguna, a los cinco millones, contando a los “sin trabajo” de las aldeas.

Cada semana empeora la situación de la industria rusa: el número de los “sin trabajo” no puede hacer sino crecer indefinidamente. Las estadísticas de la *Gosplan* fijan ese aumento, para el período entre el 1 de octubre de 1926 y el 1 de enero de 1927, en un 19 por 100.

Ya hemos dicho que los bolcheviques explotan esta terrible situación del obrero ruso, que, por miedo de perder su jornal, aunque mísero, no se atreve a formular la queja más insignificante.

Es, precisamente, en Rusia, donde el proletariado es, según dicen, dictador, donde no puede el obrero ir a la huelga ni aun para la defensa de sus intereses económicos. Si se atreve, sobre todo dependiendo de una empresa gubernamental, es detenido y encarcelado, como agente de la contrarrevolución.

A cambio de esto los obreros de empresas privadas se ven forzados a declararse en huelga—aunque en esas empresas el operario está más atendido y mejor remunerado—por las presiones del poder soviético. Ahí va un ejemplo, acontecido en la fábrica de artículos de piel “*Outir Koj*”, de Taganrog: La Unión profesional de esta ciudad obligó a los obreros de ese establecimiento a ir a la huelga. Yo presencié la siguiente escena: los obreros se presentaron al patrón para declararle que, aunque estaban contentos de él y satisfechos del trato personal y económico que recibían en su fábrica, los comunistas directores de la Unión profesional les obligaban tiránicamente a la huelga. Cerrada la fábrica, los obreros pasaron a engrosar las filas de los “sin trabajo”, como víctimas de una dictadura cruel,

que, por supuesto, no les procuró trabajo ni auxilio de ningún género.

¿Qué se había perseguido? Muy sencillo. La "Outir Koj" era una competidora de la fábrica soviética del Gobierno en Taganrog, antigua sociedad anónima de la tenerías de Azov. La fábrica privada abonaba salarios más elevados, producía mejor y más barato. Cuando los obreros en huelga forzada supieron el motivo verdadero de su desgraciada situación, llegaron a las manos con los protegidos de la Unión profesional, quienes llevaron, por cierto, la peor parte.

No será posible—diréis—que, en tales condiciones, haya obrero europeo que trabaje en Rusia.

El Gobierno, conociendo la carencia de obreros técnicos en la U. R. S. S. invita, frecuentemente, a especialistas en los diversos ramos de la industria.

Muchos obreros belgas, compatriotas míos, han recibido invitaciones de esta clase: me consta. Tengo, pues, el deber de ponerlos en guardia contra la decisión de intentar una aventura tan peligrosa.

Bien sé que mi advertencia no llegará a todos. Los Soviets han emprendido una recluta análoga en Francia, ofreciendo, como suele decirse, montes y morenas: elevados salarios, ventajas, privilegios deslumbradores...

Con tales cebos se dejaron pescar algunos obreros extranjeros y partieron en busca de trabajo a Rusia.

El austriaco Willy Paar, especializado en carrocería de automóvil y en fuselajes de avión, fué requerido para abandonar Viena y establecerse en la U. R. S. S. Firmó un contrato con la casa Junkers, en Fily, barrio extremo de Moscú (a siete kilómetros de la capital). Se le ofreció un salario mensual de 500 rublos (unos 250 dólares). Se trasladó, por tanto, a Moscú. Al llegar a la estación "Báltica", antes estación de Windau, se vió interpelado por un hombre que, después de consultar una fotografía, le preguntó cortésmente:

—¿Es usted Guillermo Paar, firmante de un contrato de trabajo con la empresa Junkers?

—En efecto.

—Tenga la bondad de seguirme. Le estoy esperando, en nombre de la empresa, y tengo ahí fuera un *auto* a su disposición.

Paar dedicaba en su interior los mayores elogios a estas atenciones de la casa Junkers; pero, poco tiempo después, pudo

advertir que no se le había conducido a la fábrica, sino a la Guépéu, donde fué encarcelado. Trató, como es natural, de averiguar la causa, que no podía explicarse. Y entonces se le respondió que era enteramente inútil que tratara de explicarse nada, y que su interés estaba, precisamente, en "no comprender". "Sabemos que la fábrica Junkers ha invitado a usted; sabemos que tiene usted un contrato de trabajo con ella... Pero, desgraciadamente, ese contrato no podrá usted cumplirlo".

Seis meses permaneció Paar en la cárcel sin saber ni entender nada. Después de ese semestre de angustia, fué conducido, con buena escolta, a la frontera letoniana. Conozco personalmente a Willy Paar. El que desee informes directos de la situación de Rusia y de sus impresiones, puede pedirselos. Vive en Viena (Austria), distrito 14, Stingengasse, 5.

Otro hecho: Eduardo Rimington, joven inglés, mecánico dibujante, gran conocedor de su oficio, fué invitado en mayo de 1925, como perito en motores "Diesel", a trabajar en la fábrica de sedería Schlkao-Trust, de Moscú.

El administrador de la fábrica le estimaba mucho; pero la célula comunista le tomó entreojos.

Fué detenido. La Guépéu le encarceló y fué precisa una intervención enérgica del Gobierno inglés para salvarle la vida. Llevado a la frontera como un criminal, algo después me escribía:

"He observado que la mayoría de los obreros odia el comunismo y a los comunistas. Estos son los mejor situados y los más favorablemente pagados. Son, en cambio, los que menos trabajan. En mi fábrica los comunistas se emborrachaban, iban y venían, daban órdenes. El trabajo era para el resto de los obreros".

He aquí la dirección de Eduardo Rimington: núm. 4, Copsall Street, Leicester, Gran Bretaña.

Si entre mis lectores hay alguno que se sienta tentado de probar fortuna en Rusia, póngase, primero, al habla con Mr. Rimington.

Puede facilitarle, además, la dirección de otras personas que han sufrido dolorosas pruebas en la U. R. S. S. De este modo podrán informarse verazmente de sus hermanos los obreros y conocer por su conducto la verdad antes de correr un riesgo tan importante.

En cuanto a mí, no puedo sino afirmar y reiterar una vez

más, que el obrero en la Rusia soviética, vive en condiciones espantosas, siendo víctima de una represión increíble de parte de un Gobierno que se dice ser el Gobierno de los obreros y de los campesinos.

El obrero ruso ha podido comprobar por larga y penosa experiencia que el partido comunista es su enemigo más implacable.

¡Proletarios de todos los países, uníos para combatir a vuestro más cruel adversario, el comunismo!

CAPITULO IV

LO QUE EL COMUNISMO OFRECIÓ AL CAMPESINO RUSO Y LO QUE LE HA DADO

El reparto de la tierra.—La población rural es el 90 por 100 de la población total. Eran muy importantes las obligaciones contraídas por los comunistas respecto de los campesinos: ante todo, el reparto de toda la tierra, así de la perteneciente al Estado como de la que estaba en poder de los propietarios de bienes raíces; además, se había comprometido a la abolición, o, al menos, a la reducción de los impuestos.

¿Qué ha quedado de todas estas promesas al pasar el poder a manos bolcheviques?

Los propietarios perdieron, efectivamente, sus fundos; pero de ningún modo pasaron éstos a poder del campesino. Se reservaron los mejores para crear en esas propiedades privadas granjas de cultivo, de aprendizaje, "Sovhoses", "Plemhoses", "Semhoses" y otras instituciones modelo, que, en el fondo, no eran sino pretextos para pingües sinecuras, para exclusivo beneficio de los jefes locales del comunismo.

Las estadísticas soviéticas nos confirman que en R. S. F. R., cerca del 20 por 100 de las tierras que formaron parte primitivamente de antiguas heredades, hoy pertenecen a tales granjas soviéticas. Es decir: los campesinos se vieron privados del 20 por 100 de las tierras de mejor calidad.

Es curioso observar que los Soviets, que comenzaron por arrebatar la tierra a sus antiguos propietarios, entregan vitaliciamente esas tierras mismas a los revolucionarios meritorios, como lo hicieron con N. Morozov y tantos otros, reemplazando, pura y simplemente, a los propietarios legítimos por otros que les parecieron adeptos a la causa. Por muy discretamente que

ello haya sido tramitado, se trata de un hecho digno por sí sólo de ser registrado.

Otras tierras confiscadas se entregaron a concesionarios extranjeros; v. gr., la concesión Krup, en el Don, que mide varias decenas de millares de hectáreas, la concesión Nansen; las concesiones israelitas, etc.

Además, en el conjunto de esta tierra negra, que es la panera del país, han sido cercenadas muchas parcelas de campesinos. Fué en una época difícil, cuando el hambre asolaba la República y, por tanto, el campesino se veía imposibilitado para pagar sus tributos agrarios, exigibles aun sobre la tierra no sembrada. El campesino moroso veía confiscada su tierra; así ocurrió en el Kouban, en el Don, en el Terek, en el departamento de Stavropol, etc.

El impuesto agrario.—Otro tanto ha ocurrido con el compromiso de rebajar los impuestos. En un principio se ensayó el sueño comunista en los campos: se apoderaban de las cosechas, ofreciéndole al labrador una compensación en productos industriales y una parte proporcional en artículos de primera necesidad. Nada de esto se llevó a la práctica. Apenas si el campesino pudo retener el grano preciso para su sustento hasta la cosecha próxima y para simiente.

Este latrocinio se desenvolvió a mi vista, porque yo vivía en el campo en tal momento.

Aparte el trigo, los bolcheviques arrebatan al campesino cuanto se les antojaba, mientras el desventurado se dejaba robar. En el Kouban, los labradores estaban obligados a entregar dos libras de manteca por cada cabeza de ganado vacuno; dos kilogramos de queso blanco al mes y tres huevos por cada gallina que poseyeran. Además de esto, entregaban cinco kilogramos de carne por cada cabeza de especie bovina al año.

Gracias a este sistema, los comunistas almacenaban enormes *stocks*, que literalmente se perdían o se malgastaban entre las manos de una administración deplorable. Enrancióbase la manteca falta de sal; enmohecíase el queso; los cerdos, agotados en caminatas inacabables, bajo calores asfixiantes, morían en pleno camino. Riquezas inmensas derrumbábanse, y, como resultado final de estas maniobras, se abatió sobre el haz del país un hambre espantosa, como jamás se había conocido en las historias. Morían los habitantes por millares, víctimas de la inanición o de las epidemias. *El poder soviético tiene sobre*

su conciencia 6 millones o 6 millones y medio de muertos de hambre! El primero en confesar el fracaso espantoso del comunismo integral, puesta la mano en el timón, enderezó la ruta de la nave comunista hacia la Nep—nueva política económica—. En este momento los comunistas apelaron al impuesto agrario en especie; después, al impuesto único, que fueron aumentando progresivamente. He aquí un cuadro que lo demuestra:

Los campesinos pagaron de impuestos al Estado y a los poderes locales:

En el año 1923-24.....	557 millones de rublos.
" 1924-25.....	728 " " "
" 1925-26.....	955 " " "
" 1926-27.....	más de mil millones.

Sin embargo, supuesto el irremediable déficit de la industria nacionalizada, el poder soviético no contaba con más recursos que con los fiscales que obtenía de los campesinos.

Los Soviets despreciaban de un modo artificial el valor de los productos de la tierra comparativamente con las mercancías industriales. El campesino de hoy, pagándolo con su trigo, no puede adquirir por unidad sino la tercera parte de lo que antes obtenía en el mercado.

Las cifras que siguen proceden de estadísticas oficiales soviéticas:

ARTICULOS	Su valor expresado en libras rusas (405 gramos) de harina de centeno.		
	En 1912	En 1920	En 1925
Percal, la archine (71 centímetros).	5'5	10'47	14
Un par de zapatos	22'6	427'9	449
Vajilla de hierro	2'7	4'9	5'0
Sal, la libra	0'4	0'8	etc.

Percepción del impuesto.—La consecuencia fué la siguiente: crecimiento de las contribuciones. Los campesinos respondieron con un retorno a la economía primitiva para defenderse de la explotación de los Soviets, detentadores de toda especie de industria.

Los recaudadores soviéticos cobraban en las aldeas los impuestos por procedimientos brutales. Sin retraso, sin compasión. Algunos hechos nos lo van a confirmar. Un labrador lla-

mado Alexis P..., habitante en la región de Kouban-Mar-Negro, en la aldea Staroleouschkovskaïa, llegó a deber al fisco unos 28 rublos. Acababa de perder su caballo, y como tal desgracia coincidía con la época de la sementera y en plena labor, tuvo que desembolsar una suma para adquirir otro. Fué requerido por el soviet local para pagar los tributos sin pérdida de tiempo. Pidió un plazo, aunque fuese corto. Le fué denegado. Se le respondió que el término del plazo sería el mediodía del día siguiente. Alexis P... no logró encontrar la suma necesaria para saldar su descubierto, y aquella misma noche recibía de manos de un soldado de la milicia local la orden de secuestro de sus bienes. Le quitaron el caballo, que fué subastado...

Otro caso análogo. El cosaco Román K... debía al fisco la suma de 218 rublos. Protestaba contra esta cifra, probando que la extensión de su sembradura era en bastantes hectáreas menor que la que había sido amillarada; pero todas sus reclamaciones fueron baldías. El inspector de Hacienda citaba el texto de la ley soviética, que decretaba la necesidad del previo depósito de la cantidad en litigio—por inverosímil que ello parezca—y en seguida sería libre para reclamar contra la ilegalidad del impuesto; Román K..., de hecho, no abonó sino 130 rublos: lo que hay es que había tenido que abonar antes lo que debía pagar y contra lo que protestaba.

Se vendieron sus bienes; no le restó sino la casa vacía, y aunque una inspección posterior reconoció el fundamento de su reclamación, y le dió derecho a percibir los 88 rublos de la diferencia, nadie le habrá resarcido en la pérdida de los 300 rublos que produjo la subasta de su pobre ajuar.

Otras veces la recaudación de los tributos reviste tonos trágicos.

La aldea Rojdestvenskaïa en el distrito caucásico de la región de Kouban-Mar-Negro sufrió el azote de una mala cosecha, y los habitantes no pudieron abonar sus tributos íntegramente. Una asamblea comunal solicitó una rebaja del impuesto; pero el fisco replicó que si no cobraba de grado cobraría por la fuerza. Faltaba el dinero, los tiempos eran duros y no se podía saber cómo llegar a la cosecha próxima... En suma: no se pudo pagar la contribución a tiempo. La represión dió comienzo una semana después: lo primero, el estado de sitio en la aldea; el acantonamiento de un destacamento llamado de opresión... y cuya medida inicial fué la de tomar rehenes entre el vecindario,

con la declaración de que el grupo sería quintado—un fusilamiento por cada cinco—si se retrasaba el pago... Realizáronse esfuerzos extraordinarios, salieron a relucir los últimos ahorros; pero no se pudo reunir el dinero preciso. *¡Los rehenes fueron fusilados!*

A esta crueldad siguió un motín general del vecindario, y en la revuelta los comunistas y los soldados del destacamento, que no lograron huir, perecieron asesinados. Los dos o tres que tuvieron la fortuna de franquear los 12 kilómetros que les separaban de la estación de Tichoretzkaia provocaron con sus informes el pánico en el soviet local. Movilizaron las guarniciones próximas y fueron enviados dos trenes repletos de soldados rojos, de origen tártaro... Un destacamento de tropas "en destino especial" llegaron a toda prisa de Rostov-sur-le-Don. El fusilamiento en masa, un río de sangre, ahogaron la revuelta... Otros acabaron sus días en la deportación, cerca de Arkángel o en la Siberia. Los bienes de las víctimas, vendidos, se emplearon en el pago de la contribución.

La recaudación de impuestos bajo amenaza de muerte fué un hecho habitual en la región Solsky y Hopersky del Don, en el departamento de Stravropol y en el distrito Starobelsky, del departamento de Kharkov, en Ucrania. En el año 1926 repitieron este procedimiento en el Noroeste, en Ostrov, y conste que se trata de hechos confirmados, sin hablar de otros muchos que llegan a mí de todas partes en la U. R. S. S. He conocido en la cárcel a más de un campesino condenado a deportación por tiempos variables, bajo la inculpación de haber sido sorprendidos en conspiraciones contrarrevolucionarias. Se trataba, en realidad, de infelices que no habían podido pagar la contribución, y nada más. En 1926, internado yo en el presidio de Pskov, que lleva el nombre de "Casa de trabajo y de corrección", había encarcelados nueve campesinos por idéntico motivo. En Ostrov había diecisiete, reclusos por delito idéntico. Cuando llegue el momento de describir los terribles calabozos subterráneos soviéticos, hablaremos de nuevo de estos campesinos víctimas del terror rojo y que pueblan los establecimientos penitenciarios de Rusia.

Hay un aldeano que, una vez pagados los impuestos, conserva la camisa, en el estricto y literal sentido de la palabra.

Akime K... era un labrador del departamento de Riazane. Antes de la revolución trabajaba de carpintero en Rostov-sur-

le-Don para adquirir una vaca y un caballo. Su mujer, en el hogar, procuraba administrar celosamente.

El espíritu de ahorro permitió al buen Akime reunir lo necesario para comprar dos caballos y una pareja de bueyes. Esto era cuando el poder soviético se instalaba en Hostov.

Una vez que fueron restablecidas las comunicaciones ferroviarias, Akime alquiló un vagón, acondicionó en él sus animales y su ajuar y tomó el camino de su hogar. Yo le vi, optimista y dichoso, y pude hablarle antes de su partida... Imaginad mi asombro cuando, algún tiempo más tarde, le volví a ver, en Rostov, en el más miserable estado, harapiento, arruinado... Me pidió trabajo, traté de informarme de lo ocurrido, y entonces pude oír de su boca los más brutales anatemas contra el Estado soviético, sobre el comunismo y contra sus partidarios. Lo ocurrido fué que Akime K..., propietario de dos caballos y dos vacas, había sido clasificado como labrador rico—*koulak*—y abrumado con impuestos, tales, que se había visto forzado a desprenderse de sus bestias, a vender su casa y su ajuar, para pagar el terrible impuesto. Dejó provisionalmente a su esposa con un hermano suyo y se encaminó a Rostov, haciendo una parte del camino a pie o bien escondiéndose en los carros de mercancías. Ya se comprenderá que ha perdido en absoluto la afición a la agricultura. Textualmente me decía: "Ni hablar de eso. Los bolcheviques me han dado una lección inolvidable. Junto a lo que me obligaban a pagar en metálico estaba, aún, el impuesto en especie. Cada diez días me veía obligado a conducir el correo. Esta semana se me arrancaba de mí labor para transportar a 30 ó 40 kilómetros de distancia a algún comisario comunista, que por allí iba de paso, mientras mi trigo o mis pastos quedaban en pleno campo, expuestos a pudrirse bajo la lluvia. No quiero nada con este régimen abominable, aplicado por semejantes monstruos inhumanos".

No hay labrador que tenga interés en mejorar o hacer prosperar su producción. Sabe que se expone a ser considerado, en el acto, como *koulak*, y, por tanto, abrumado de impuestos. Todos limitan la siembra y la producción a lo absolutamente preciso para su estricto sostenimiento.

En estas condiciones no hay progreso posible para la agricultura, y aquí está el círculo vicioso de la regeneración de Rusia, bajo el régimen soviético.

He aquí la razón verdadera de que Rusia, que fué el granero

de Europa, no sea hoy país exportador de trigo. Si acaso, emplea la exportación como un medio de propaganda.

¿Queréis pruebas?

La Misión Nansen, cuyo apoderado era yo en el Sudoeste de Rusia, recibía una importantísima cantidad de harina extranjera para alimentar la población hambrienta. Esta harina llegaba a nosotros por vía Riga, por el Mediodía, por Novorossiysk, en el Mar Negro. En 1923, apaciguada el hambre, nos dedicamos a socorrer a los niños y a los estudiantes.

Sabedores de que la Administración central poseía unas 50.000 toneladas de trigo, depositadas en Novorossiysk, me encomendó la Misión el encargo de pedir al poder local soviético que se nos autorizase para comprar ese cereal para las necesidades crecientes de nuestra Misión. El *stock* estaba a disposición del representante del Comisario del pueblo para la alimentación, comisaría suprimida hoy. Delegué en mi secretario para que, en nuestro nombre, pidiera al susodicho camarada representante que nos vendiera el cereal. La respuesta fué rotundamente negativa.

No quise resignarme, constándome que el trigo estaba destinado a la venta. Acudí personalmente para elucidar el caso y conocer los motivos del rehusamiento.

El camarada me recibió amablemente. He aquí nuestro diálogo.

Yo.—¿Es cierto que se niega usted a vender a la Misión Nansen 300.000 pouds de grano del que usted guarda para exportar al extranjero? Paréceme que esta operación que le propongo es conveniente para usted y para su Gobierno. Pagaremos al precio corriente en el mercado extranjero, y ustedes economizan gastos de carga y flete. Además, este grano ha de proporcionar trabajo a vuestros molinos: pero, sobre todo, no olvide usted que la harina resultante la empleamos en alimentar a vuestros compatriotas hambrientos. En cuanto a nosotros, ganamos también, puesto que nos ahorramos gastos de transporte hasta la frontera soviética. (La Misión Nansen gozaba, en virtud de un acuerdo con la U. R. S. S., del privilegio de transporte gratuito).

El.—Enteramente de acuerdo con su apreciación, Mr. Douillet; pero, desgraciadamente, este grano tiene otro destino.

Suponiendo yo, no sin motivo, que el designio secreto de

los Soviets era el de adquirir con este trigo divisas extranjeras, que escaseaban mucho en el país, aventuré:

Yo.—Le advierto, camarada, que la Misión puede pagar el trigo en valores extranjeros, a elección de usted, ya en libras, ya en dólares.

El.—Perdón, Mr. Douillet. Aunque es cierto que necesitamos un gran número de divisas extranjeras, nos es ese el objeto de nuestra exportación. Nuestro trigo es, en el mercado extranjero, el mejor propagandista de nuestro bienestar. Y me permito advertirle que si apela usted al poder central perderá el tiempo.

En vista de estas razones, no insistí, convencido de que la propaganda bolchevique tenía más importancia para aquellos hombres que los sufrimientos de la población y los horrores del hambre.

Para completar este cuadro de la situación del campesino ruso bajo el régimen soviético, daré cuenta, en calidad de testigo presencial, de cómo se realizan las elecciones en un pueblo soviético.

Quisiera, de una vez para siempre, poner ante la vista de la credulidad extranjera la gran farsa de las "Elecciones libres" en este poder soviético que algunos suponen tener por base la elección popular.

Una elección en el campo.—Afirmemos, para comenzar, que en Rusia no hay elecciones libres: son forzadas todas, como hijas de la coacción. He podido comprobarlo muchas veces. Desde el comienzo de la dominación comunista, las elecciones vienen siendo violenta y cínicamente falsificadas, a ciencia y paciencia de todo el mundo.

He tenido ocasión de presenciar la escena siguiente, en la aldea Novoleouschovskaïa.

En la plaza de la iglesia hervía la multitud. Alzábase en el centro una tribuna *ad hoc*, ocupada por cinco comunistas, representantes de la autoridad local. El comunista, camarada Oubiykone (presidente saliente del comité ejecutivo) pronunció un discurso. En él, después de exponer los beneficios que, a su parecer, debía la aldea al comunismo, y de evocar la risueña perspectiva de las maravillas por venir, declaró abierta la votación. He aquí algunos de sus apóstrofes.

El camarada Oubiykone.—Se ofrecen tres candidaturas.

Una de ellas es la del partido comunista. ¡Los que se opongan a ella, que levanten las manos!...

Al mismo tiempo el orador y sus colegas empuñaron sendos revólveres y encañonaron a la muchedumbre... Oubiykone continuó:

—¿Quién vota en contra de la candidatura comunista?

¿Nadie?... Declaro, pues, que la candidatura comunista triunfa por unanimidad. Es inútil, por consiguiente, votar las dos restantes.

Quienquiera que se atreviese a levantar las manos en pro de estas candidaturas o en contra de la comunista era arrestado en el acto, y aun pasado por las armas.

Este procedimiento electoral se empleó muchos años consecutivos, y la población lo bautizó con el nombre de "voto soviético", en el cual los electores daban, a su elección, el sufragio al poder público o el alma a Dios.

Cuando la autoridad soviética, deseosa de congraciarse con los labradores para obtener trigo, dulcificó un tanto la presión electoral, se pudo leer en la prensa (*Sovietski Youg*, 10 mayo 1925) una información acerca de las elecciones. La población expresaba su regocijo al saber que los habitantes de la aldea Staroleuschkovskaïa habían sido agraciados con la facultad de elegir en un soviet pueblerino a quienes mejor quisieran.

Entonces fué cuando los electores, exasperados, rechazaron brutalmente a casi todos los comunistas, presidentes de los diversos soviets.

Hubo emoción y alarma en las altas esferas, que condujo a declarar pura y simplemente "ilegales" estas elecciones libres. Hubo que proceder a la reelección; para asegurar un resultado comunista, se privó del derecho electoral activo a un buen 30 o acaso el 55 por 100 de la población rural.

La situación presente del campesino ruso bajo el yugo comunista se parece mucho a una pesadilla. Se da cuenta perfecta de la naturaleza de la tiranía que le sofoca, y por eso la población rural es francamente antisoviética y anticomunista.

En todo el país, sin excepción, palpita esta plegaria campesina: *¡Quiera Dios derrocar el poder comunista! El peor de los gobiernos es preferible al que ejercen sobre nosotros los comunistas. El campesino ruso es el enemigo implacable, y también el más peligroso, del régimen comunista. Las revueltas campesinas son permanentes en Rusia.*

Ved un hecho que los extranjeros que visitan la U. R. S. S. no han observado ni comprendido, por consiguiente.

Al Sur, y sobre todo en Kouban, en cada choza, en cada hogar, en la plaza pública y cerca del edificio en que se alberga la autoridad local soviética, se ve un poste cubierto de rastrojo y empapado en petróleo o de nafta.

Los comunistas saben por experiencia, adquirida en los motines rurales que ellos han tenido que reprimir y sofocar, que la primera ocupación de los revoltosos era cortar los hilos telegráficos y telefónicos, para privar a la fuerza pública de la posibilidad de pedir auxilio.

Este poste, ardiendo, sirve de señal de alarma y para pedir socorro cerca de las guarniciones próximas. Esta es la confianza que reina entre el poder constituido y sus electores.

El poder soviético, en la población rural de Rusia, no tiene más apoyo que las bayonetas y el terror.

PARTE SEGUNDA

Beneficios morales que el régimen soviético
ha procurado a Rusia

CAPITULO V

INSTRUCCIÓN PÚBLICA.—EL COMUNISMO EN LA ESCUELA

El examen de los resultados materiales logrados por los Soviets a lo largo de su dominación en Rusia, no aporta el más leve indicio de que este régimen, que no ha proporcionado hasta hoy la menor ventaja al obrero, al campesino, a la industria soviética, pueda brindarlas para mejorar la situación material del pueblo en lo porvenir. Por el contrario, se evidencia, estudiando la actualidad, que el derrumbamiento del bienestar, así del país como de sus habitantes, bajo el régimen soviético, no hace sino agravarse, amenazando arrastrar a Rusia a una ruina inmediata, a una bancarrota catastrófica, a los últimos límites del empobrecimiento.

En diez años han podido, sin duda, los comunistas realizar alguna labor positiva, crear algo... Pero lo cierto es que se han limitado a ofrecer al mundo la prueba irrefutable de su absoluta incapacidad para edificar, mostrándose, por el contrario, aptos tan sólo para la total destrucción de la riqueza.

Pero, ¿y en el terreno moral? ¿Qué le deben la instrucción, el progreso moral o el físico de los ciudadanos?

En los años de mi permanencia, que no han sido escasos, he procurado estudiar estas cuestiones e informarme de su situación bajo el régimen soviético.

Precisamente en el terreno moral es en el que he podido hallar los hechos que más irrevocablemente condenan la ideología del comunista y todo el sistema administrativo del bolchevismo, que aquí, justamente, es donde evidencia toda su fuerza negativa y destructora.

No es, de cierto, alentador el conjunto de realizaciones morales del poder soviético, que ha determinado el hundimiento de la moral, una ola de impudor, de anarquía, de inmoralidad, ta-

les como no se han registrado jamás a lo largo de la historia humana.

Comencemos examinando la instrucción pública. Reprochaban los bolcheviques al viejo régimen zarista su negligencia en esta materia. Acusábanle hasta de temer la extensión de la cultura entre las masas.

Y ellos, ¿qué han hecho? ¿Han realizado, acaso, un esfuerzo más considerable? No debieron atreverse a formular lamentos; ellos han hecho disminuir notablemente el número de centros de enseñanza, sobre todo en las aldeas.

Muchas escuelas han sido clausuradas a mi vista. En una población, en el Kouban, existían, antes del régimen soviético, dos liceos (para niños y niñas), seis escuelas primarias oficiales y dos privadas.

De esos establecimientos restan hoy: un liceo—para niños y niñas juntamente, pues los Soviets reúnen, con premeditación inmoral, ambos sexos en las escuelas—y una escuela primaria. *Las otras ocho han desaparecido.*

La Stanitza Kamenskaïa—región del Don—poseía dos escuelas propiamente dichas, un liceo y una escuela industrial, sin contar las escuelas primarias. Los Soviets cerraron todo eso, y dejaron un solo liceo en actividad.

En el poblado de Belovodsk, departamento de Kharkov, en Ucrania, existía un liceo masculino que los comunistas se apresuraron a suprimir. La escuela-modelo de Comercio cercana a la estación ferroviaria Tichoretzkaïa, ha sufrido una transformación en manos de los bolcheviques; hoy es teatro-club, mientras que el liceo para muchachas y la escuela de Caminos y Puentes del ferrocarril de Wladicáucao ha sido suprimida lisa y llanamente. Soy testigo presencial de estos sucesos.

La enseñanza primaria era gratuita bajo el viejo régimen y en los establecimientos secundarios casi gratuita. Bajo la dominación comunista ésta se ha encarecido y la primaria cuesta dinero, si bien se cobra por conceptos maquiavélicos—participación en la cantina escolar, calefacción, entretenimiento—. En otro tiempo se regalaban a los niños los libros, los cuadernos, lápices, plumas, etc. Todo este material docente es hoy de cuenta del alumno. Hay, sin embargo, alguna excepción. En el pueblo de Sagouny, departamento de Woronej, se concede un cuaderno a cada alumno por cada dos años de estudio y un lápiz para cada dos educandos.

Por lo que toca a las escuelas de segunda categoría (antiguos liceos y escuelas reales), el gasto es doble: derecho de matrícula y entretenimiento de la escuela. Los comunistas han aumentado la cifra de los pagos trimestrales.

En Rostov se pagaban, bajo el régimen zarista, 50 rublos anuales por alumno, como derechos de matrícula. En 1926, un conocido mío, empleado en una institución soviética, abonaba por cada uno de sus tres hijos, que se educaban en el mismo establecimiento, 12 rublos mensuales, lo que representa, por alumno, 108 rublos tchervontzi. No se olvide que el curso son nueve meses, ni se pierda de vista que a esos 108 rublos—más del doble que en el viejo régimen—hay que agregar las gabelas por conservación del inmueble, calefacción, alumbrado, etc...

Es cierto que, alguna vez, logran los hijos de los obreros sin trabajo exceptuarse del pago por la enseñanza: pero nadie, *en absoluto*, se ve libre de pagar las consabidas gabelas, ni aun los ciudadanos más pobres. El moroso ve a su hijo expulsado en el acto.

El engrasador Jacobo G..., del ferrocarril Wladicaucásico, vió expulsado a su hijo de la escuela, porque no podía pagar (ganaba 19 rublos al mes) los derechos de matrícula.

Los hijos de padres pobres eran alumnos gratuitos de las escuelas en tiempos del Zar. No se obligaba a sus padres a gasto alguno, bajo ningún concepto. Por el contrario, existían para estos niños pobres algunas becas de estudio.

Viene ahora una diferencia fundamental entre ambos regímenes. En el viejo se enseñaba a los niños como en todas partes... Ahora, el plan es otro: la ciencia, el saber, propiamente dicho, son secundarios. Lo primordial, a juicio del nuevo régimen, es inculcar en los tiernos alumnos de las escuelas rusas las ideas políticas del comunismo.

Toda escuela en la U. R. S. S. es, ante todo, un semillero de propaganda comunista, que sigue luego entre los adolescentes. El primer objeto de estudio, la primera disciplina pedagógica en Rusia, es el A B C del comunismo. El que lo aprende bien, aunque ignore todo lo demás, esto es, todo lo que se enseña en las escuelas del resto del mundo civilizado, pasa sin dificultad a clase superior, y viceversa: quienquiera que no domine ese A B C, repite el año..., cuando no es despedido.

En una escuela secundaria de Rostov-sur-le-Don (que antes fué liceo femenino Ekaterinensky) se dió este caso: diecisiete

alumnos, de uno y otro sexo, fueron castigados a repetir el año que los comunistas llaman "grupo", porque no habían contestado bien a esta pregunta: "¿Cuáles fueron los acuerdos de los congresos XIV y XV de los Soviets?" Hay que notar que cuando esta pregunta se proponía a los alumnos, *no se había reunido aún el Congreso XV*. Los alumnos objeto de esta medida contaban de doce a quince años.

Uno de los niños al cual conocía yo, el pequeño Pablo A..., de trece años, olvidó que el último Congreso llevaba el número XIV. En vez de responder que el XV no se había reunido aún, enumeró los acuerdos y conclusiones del último Congreso. Repitió su clase y perdió un año.

Figuraos qué diría el mundo si el ministro Herriot hiciera perder curso a los alumnos que no supieran responder acerca de "qué decidieron este o el otro congreso radical-socialista"...

No olvidemos, repito, que se trata de niños de doce a quince años.

Esto, que parece monstruoso, es, no obstante, habitual y corriente en la vida diaria de la Rusia soviética.

Voy a aducir ahora un hecho casi increíble, más bien grotesco, si no hiciera llorar...

Cierto estudiante de Medicina de la Universidad del Don, Nicolás S..., frecuentaba mi casa. Se le hizo repetir, "le dieron suspenso" diríamos en España, en cuarto año, porque, al ser examinado de la Cartilla Comunista, no supo qué contestar a esta pregunta:

—¿Cómo llevaba la barba Carlos Marx, y qué género de peinado usaba Lenin?

Pregunta tal pasaría en Europa como una broma de mal gusto, pero en Rusia sirvió para hacer repetir el año a un estudiante de Facultad mayor.

Nicolás supo luego que la respuesta que se esperaba de él era: Lenin apenas tenía cabello. Carlos Marx llevaba una barba muy poblada.

En la Facultad de Medicina de la misma Universidad del Don fué amonestada la estudiante Antonia I..., con esta alocución:

—La República soviética os otorga el presente diploma de doctor en Medicina: pero no debéis olvidar que vuestro deber no está únicamente en cuidar la salud corporal de vuestros clientes, sino que estáis obligada a conocer sus opiniones polí-

ticas. La enfermedad hace a los hombres expansivos y confiados con su médico.

Este tiene la obligación como buen chequista, miembro de la Guépéu, de estar siempre dispuesto a defender la revolución. Debe usted recordar que incurrirá en responsabilidad si, descubriendo en algún paciente opiniones contrarrevolucionarias, no da parte inmediata a la Guépéu...

Antonia I... no ha sido la única alumna a quien se han hecho tan repugnantes advertencias. El autor de estas líneas, en su calidad de apoderado de la *European Studen Relief*, ha tenido ocasión de cultivar la amistad y ganar la confianza de muchos estudiantes rusos, y certifica aquí, solemnemente, que el caso de Antonia I... no es, ni mucho menos, un caso aislado. De ese modo han recibido su diploma otros muchos graduados rusos. Esta verdad es de tal modo cínica, tan por debajo de toda dignidad humana, que enrojece uno de sólo recordarla.

En cambio, un tal Eduardo Schourpé, estudiante de la misma Facultad y Universidad citadas, no obstante su ignorancia, su desaplicación crónicas, su casi analfabetismo, terminaba sus cursos con éxito feliz, ya que no brillante.

Acabó sus estudios, recibió su título... y ese fué el premio de pertenecer al grupo de tres (*troïka*) de la Universidad, Este grupo de tres es un órgano comunista omnipotente, encargado de censurar las explicaciones de los catedráticos, que no se atienen a darlas sin la autorización de ese grupo. La *troïka* asiste a los exámenes, con derecho a preguntar al examinado y ejerce una influencia decisiva en la calificación. *La opinión del profesor es secundaria.* Schourpé empleaba su jornada en asistir a las Juntas, ya de la célula comunista, ya del comité ejecutivo del soviet de Rostov, o bien del famoso grupo de los tres. No era posible que le restara tiempo para trabajar sus asignaturas. El me lo confesaba con el mayor cinismo. Sus profesores le tenían, naturalmente, por un ignorante. Pero Schourpé era, principalmente como va dicho, un chequista, uno de "los tres" miembros del consejo municipal de la ciudad de Rostov y de Nakhitchévan-sur-le-Don. Nadie osaba suspenderle, porque ningún profesor lo hubiera arriesgado sin perder antes el instinto de conservación. Al presente, Eduardo Schourpé es doctor en Medicina, colaborador científico de la Universidad. Si no abandona el grupo de "los tres" llegará a rector...

A él y a dos compañeros en *troïka*, Henkine y Dorscht, delegados de la Guépéu, se debe la deportación de muchos estudiantes de la Universidad del Don, que hoy sufren en las estepas siberianas.

Deduzca de aquí el lector qué valor puede tener un título universitario soviético.

La Misión Nansen, la Santa Sede y el *European Student Relief* me habían encomendado el sostener y alimentar a millares de estudiantes rusos. Os hubierais asombrado del mediocre estilo y de la deficientísima ortografía que campeaban en los millares de solicitudes de escolares pidiendo ser alimentados en los refectorios gratuitos. Bajo el antiguo régimen cualquier alumno de preparatorio, firmante de uno de estos lamentables escritos, hubiera recibido una reprimenda...

Hoy, gracias al régimen soviético, los futuros abogados, los médicos en ciernes, los historiadores del porvenir, los sabios del mañana, no saben escribir correctamente la más sencilla manifestación.

Todo aquello que pudiera despertar en los alumnos la más leve duda acerca de la impecabilidad de las ideas marxistas y materialistas es barrido sin compasión del plan de estudios de una escuela.

La escuela soviética oculta cuidadosamente a los ojos del alumno cuanto queda fuera del comunismo.

Esta enseñanza parcial—no imparcial, quiero decir—estrecha y sectaria no puede prosperar sino entre masas incultas, poco preparadas e incapaces del ejercicio de la facultad crítica. La enseñanza primaria, tal como la ofrece la escuela comunista, proporciona esa primera materia. Los Soviets han creado una Universidad comunista a la memoria del camarada Sverdlov. Esta Universidad prepara los futuros comisarios del pueblo, los diplomáticos rojos, etc. Tiene por objeto abastecer al soviet de jefes y administradores del partido comunista, presuntos sucesores de los actuales.

Claro está que únicamente un comunista puede llegar a ser alumno de la Universidad de Sverdlov. Ese fanático se logra no pudiendo ingresar en la Universidad sino merced a las siguientes condiciones:

Los aspirantes a ingreso en la Universidad son cuidadosamente elegidos entre los miembros del partido comunista por los comités regionales. Son preferidos las minorías naciona-

les menos cultivadas: los Tchouvaches, los Tchérémisses, etcétera.

El candidato debe poseer un *máximum de conocimientos*. El que sabe más se hace sospechoso y no puede ser admitido. El reglamento de admisión exige, como límite, las cuatro reglas aritméticas, saber escribir, conocer algo de Geografía. De lo demás, nada: hay que dejar hueco para las inyecciones de marxismo y de leninismo. Debe ignorarlo todo: ya le enseñarán en la Universidad. Tan sólo en esas condiciones, cree el comunismo que llegará a formar los hombres que necesita. ¡Qué debilidad acusa en un régimen el temor a la instrucción para los gobernados!

Es cada vez más evidente que el comunismo es un absurdo. y el absurdo no puede eternizarse.

Escena típica, de que he sido testigo en una escuela soviética: entre las instituciones que funcionaban bajo mi dirección, como apoderado de la Misión Nansen, estaba el *Vereliev* (Misión israelita de socorro, cuya sede social radicaba en París). Los empleados del ferrocarril pidieron al *Vereliev* que se encargara de la escuela de niños, hijos de los ferroviarios del Nordcaucásico. Esta escuela estaba situada en la escuela de Tichoretzkaïa, a 171 kilómetros de Rostov-sur-le-Don. Antes de acceder a esta petición me trasladé en tren especial a la estación Tichoretzkaïa, acompañado del representante del "Vereliev", para inspeccionar la escuela; llegamos de madrugada.

La inspección había sido señalada para mediodía. Conociendo yo perfectamente el país, me encaminé a la escuela bastante antes de la hora marcada. Entré a las nueve y media, sin que nadie me esperase y me presenté en la clase, cuando la lección acababa de comenzar. He aquí la escena que pude presenciar. Ante una mesa que hacía oficio de cátedra hallábase en pie un muchacho de ocho a nueve años. Junto a él había dos sujetos: uno era el secretario de la célula comunista: el otro, el maestro de escuela. Y el diálogo fué de esta manera:

Maestro.— Dime, Juanillo, ¿tú rezas?

Niño.— Sí, camarada. Rezo.

Maestro.— ¿Y te concede Dios lo que le pides?

El niño no responde.

Maestro.— Vamos a ensayar, a pedirle a Dios pan para ti. ¿Tienes hambre, Juanillo?

Niño.— ¡Ah, sí! Camarada: tengo mucha hambre.

Maestro.—Muy bien, reza pues. ¡A lo mejor, tu Cristo te da pan!

El niño, tras un instante de vacilación, acaba por arrodillarse, hace el signo de la cruz con su manecita y se inclina repetidamente, doblando su cuerpo hasta la tierra, como lo ha visto hacer en el hogar paterno. Era espectáculo conmovedor el de esta fe ardiente e ingenua... Pero los cuervos negros que vigilaban a su lado, pasados algunos minutos, interrumpieron la plegaria del niño, preguntándole:

Maestro.—¿Qué hay, Juanillo, tu Dios te envía pan, o no?

Niño (con las lágrimas en los ojos, sin comprender lo que de él se pretende, pero con un oscuro presentimiento en el corazón).—No, camarada: Dios no me envía pan...

Maestro.—Ahí tienes qué es ese Dios a quien rezas. No le pidas pan. En lugar de pedirselo a él, pídeselo al camarada comunista: Dile: "Camarada, dame pan, si gustas". Y verás cómo el camarada te lo ofrece.

El niño, hambriento, obedeció y repitió dócilmente:

—Camarada, dame pan, si gustas.

El comunista.—Por ahí has debido de empezar. Si me lo pidieras a mí directamente, en el acto lo hubieras tenido. Pero se lo pides a Dios... ¿Has visto tú a Dios alguna vez? No, puesto que no existe.

Y sacando de uno de sus bolsillos un pan blanco lo entrega al niño, que lo recibe llorando.

Testigo impotente y mudo de esta escena, declaro que no tuve valor para seguirla presenciando y abandoné la escuela, con lágrimas en el semblante, y con el dolor de no poder arrancar a aquel niño, y a todos los niños, de tan bárbaras manos. Sin aguardar la inspección oficial, partí hacia Rostov.

Los infortunados niños de Rusia están, pues, condenados a permanecer entre las manos culpables y crueles de maestros semejantes.

Si tenéis hijos, si los amáis, pensad en estos hechos. Meditad en lo que sería de nuestros niños si el comunismo llegase a triunfar en Occidente.

Ciudadanos de los países europeos: tenéis la obligación moral de prohibir a vuestros gobiernos el tender la mano a esos infames y de impedir a nuestras cancillerías el reconocimiento de semejante Gobierno de bandidos.

En la ciudad de Rostov-sur-le-Don, en una escuela comu-

nal secundaria—antigua escuela real—se había ordenado a los alumnos, niños de catorce a diecisiete años, contestar a un cuestionario que no era otra cosa sino una investigación sobre la cuestión sexual. Entre las preguntas figuraban éstas:

—¿Cuándo has realizado tu primer acto sexual?

—¿Con quién lo has efectuado?

—¿Qué sensaciones te produjo?

—¿Tuvo consecuencias?... ¿Cuáles?

—¿Repites a menudo y cada cuánto tiempo estos actos sexuales al presente?

Y así continuaban las preguntas, a cuál más repulsiva.

La escuela soviética es una escuela de deshonestidad sistemática y premeditada.

Más aún. En la misma ciudad de Rostov se puso en manos de los alumnos de la escuela secundaria—antiguo liceo Stepanov—y cuya edad variaba de diez a los trece años, el libro de Boris Pilniak intitulado *El año desnudo*, para las lecturas en la clase.

Todo el volumen no es más que un tejido de escenas pornográficas, que leen a un tiempo alumnos de uno y otro sexo, puesto que, según sabemos, las escuelas soviéticas son mixtas.

No hay vocablos en el Diccionario, no hay expresión bastante vehemente e indignada para calificar la brutal descripción de los más cínicos actos, en sus menores detalles, de que consta esta obra maldita.

Los comunistas realizan en la Rusia soviética selecciones periódicas en las escuelas, desde el punto de vista político. Aquellos adolescentes que se hacen sospechosos son excluidos de la Universidad, encarcelados y aun desterrados a Siberia, o a la isla Solovetzky.

El solo deseo de continuar los estudios puede llegar a ser un crimen. En las cárceles soviéticas he encontrado masas de estudiantes de diferentes Escuelas superiores de la U. R. S. S. He presenciado cómo un grupo de estudiantes—cerca de cien—deportados habían sido conducidos a la región de Narym y de Toudouchansk, en Siberia, a título de pena suplementaria.

Estos estudiantes habían sido excluidos de diversas escuelas de Moscú. Las Universidades de provincias les negaron la admisión. Entonces celebraron una reunión y eligieron delegados para solicitar del Gobierno, en su Comisariado de Ne-

gocios Extranjeros, permiso para estudiar en Checoeslovaquia. Este acto fué calificado de contrarrevolucionario y más de cien estudiantes fueron detenidos por tan enorme delito.

La Guépéu está de acuerdo con la escuela soviética.

Los niños son sometidos a interrogatorio sobre lo que hacen y piensan los padres. Podría citar mil casos confirmatorios de esta infamia.

A los niños se les pregunta si sus padres creen en Dios, en qué se ocupan, cuáles son sus amistades y visitas frecuentes, etc. Los niños obligados a responder a tales preguntas, cuentan seis años... ocho años... Y se trata de una medida general, *que obliga en todas las escuelas soviéticas de Rusia. Es muy difícil conocer dónde acaba la escuela y dónde comienza la organización policiaca de la Guépéu.*

CAPITULO VI

LOS NIÑOS ABANDONADOS.—ASILOS DE NIÑOS.—CASAS-REFUGIOS PARA ANCIANOS

La saludable influencia del hogar y de los padres, contrarrestando los terribles efectos de la inmoralidad y del libertinaje de la escuela, impiden a las tiernas criaturas la caída definitiva en el negro abismo de la depravación. Esto es cierto.

Pero hay en Rusia algo que sólo allí puede encontrarse, para vergüenza del régimen soviético: los niños huérfanos o abandonados a sí mismos por sus padres sin conciencia.

¿Cómo ha podido llegarse a poblar el país de estas pandillas infantiles, de las que nadie se cuida?

El hambre es la obra del bolchevismo, que ha tropezado con La población rural, pueblos enteros, morían literalmente de ella cuando se empeñaba en lograr la socialización del país. hambre. Los que conservaban un resto de energía, empleábanla en la huida, en busca de un mendrugo allá donde hubiera alguna probabilidad de encontrarlo. Millares de seres humanos recorrían los caminos. Hacia el Sur, la tierra prometida. En estas hordas ambulantes, desplazadas del hogar nativo a lo largo del país agotado por el hambre, los más débiles, los padres, sucumbían en primer término. De un modo milagroso resistían los niños, que quedaban sin hogar, sin protección, sin medios de existencia. Uníanse a ellos los niños pervertidos por la educación (!) comunista, fugitivos del hogar doméstico, desertores de la familia, que, por su parte, los abandonaba a su destino de vagabundaje. Los bolcheviques, que predicán la insubordinación de los hijos contra los padres; que empujan a aquéllos contra la autoridad paterna; que han destruído las bases de la familia, son los culpables de la existencia de este ejército de cinco millones de niños que consti-

tuyen en la Rusia contemporánea soviétizada los cuadros activos de los vagabundos del arroyo. Estos niños lo pueblan todo: se los ve bajo el cielo abierto de las estepas; en las ruinas de los edificios destruidos por el fuego o la piqueta del soviét; en los basureros; en las inmediaciones de los mercados y de los bazares, etc. Yo he podido ver con mis propios ojos en Rostov ocho o diez de estos "golfillos" aglomerados en el fondo de una caja de basura, de dos metros de larga por uno de ancho y de alto, en un rincón de la calle Moskowskaïa, cerca de un antiguo almacén. Los niños han establecido un turno para dormir en el interior de aquel lechó.

Los niños en la calle.—En las vías públicas que se hallan en reparación pueden verse, en las horas primeras de la mañana, aparecer grupos de chiquillos, negros como la pez, por el hollín de las estufas de asfalto donde se les ha consentido pasar la noche. Se alojan donde pueden: en las estaciones ferroviarias, en los vagones desocupados, en los zaguanes de los edificios, en las cuevas, a orillas de los ríos, etc.

Van harapientos, verdaderos despojos humanos, y, muy frecuentemente, en cueros. Viven de la mendicidad y se dedican al robo y a la prostitución.

En Rostov-sur-le-Don se abre junto a la estación una plaza pequeña. Allí, por la noche, pululan docenas de infelices de doce a trece años, que asedian a los transeúntes haciendo mercadería de sus débiles cuerpecillos a cambio de unos céntimos, de un trozo de pan, y ofreciendo todo el terrible repertorio del más abyecto libertinaje. Todo ello a la vista del vigilante soviético que aguarda en el fondo de su quiosco que aquellas desgraciadas le entreguen la parte de sus ganancias, previamente convenida. Veinte kopecks cuesta el alquiler del suelo de madera del quiosco de policía, como tálamo vergonzoso y ocasional... Una fila de parejas guarda turno para entrar en el quiosco... El Gobierno finge ignorar estos repugnantes detalles, que pueden recogerse en cualquier punto, y que son los frutos del comunismo en el país de la Unión socialista soviética.

En Rostov, en un jardín que perteneció al antiguo club de empleados de comercio en la que fué calle Sadovia, los comunistas habían establecido un restaurante de cierta sociedad cooperativa. Durante vuestro almuerzo o vuestra merienda, centenares de ojos infantiles os espían, esperando que hayáis terminado para apoderarse de lo que no hayáis consumido y

también para aprovechar un descuido vuestro y apoderarse del plato... Cuando cesa vuestra distracción veis una gavilla de chicuelos en fuga y peleándose por el botín... No se oye sino exclamaciones semejantes a éstas: —Buen señor, a mí, dadme algo a mí...

Los visitantes quedan hastiados del triste espectáculo. Su repetición ha impermeabilizado los corazones, endurecidos, además, por un régimen de violencia y de injusticia. En Rusia nadie piensa en nadie ni se acuerda sino de sí mismo.

Este restaurante fué reservado para los automovilistas extranjeros durante el circuito organizado en 1925 por el Gobierno soviético. Prohibióse la entrada al público por espacio de dos días, para evitar contactos con la gente de fuera del país. La prohibición constaba en un aviso fijado a la puerta del establecimiento, en ruso: la policía aislaba el restaurante, impidiendo a los niños la entrada en el recinto: único modo de evitar que los extranjeros se dieran cuenta del estado deplorable de aquellos infelices, víctimas del régimen comunista. Los corredores inscritos eran algunos centenares. Quizá alguno de ellos tendrá ocasión de pasar sus ojos por las páginas de este libro. Le aconsejo que reúna sus recuerdos y se acordará del número y calidad de las medidas extraordinarias de seguridad adoptadas en su favor durante el almuerzo en la cooperativa. Haga memoria de cómo se le preservaba del contacto con los pobres niños hambrientos.

Para llevar a cabo sus raterías, verdaderos robos muchas veces, estos niños salvajes se reúnen en bandas, que recorren la ciudad, eligiendo la víctima: arrancan en pleno día sus bolsos a las señoras, merodean junto a los puestos y vitrinas de los bazares. En uno de éstos, en la ciudad de Rostov, he podido presenciar de qué manera treinta, o más, de estos bandidos en agraz, a la una de la tarde, atacaron un despacho de pan. Dos grandullones de unos diecisiete años capitaneaban la cuadrilla. En un abrir y cerrar de ojos derribaron al dueño, robaron el pan y se dispersaron. El guardia más cercano, testigo del suceso, no se movió. Rompió a reír. Por lo visto era muy divertido aquello: un robo, un verdadero pillaje, en medio del día, y en el centro de la población.

Cinco minutos después asistía yo a otro hecho análogo: una anciana vendedora de pescado fué arrojada a tierra por los ladronzuelos y sus dos cestos de pescado desaparecieron como

por encanto. La misma imperturbabilidad gubernativa siguió al acontecimiento. Resueltamente aquello “no iba” con el guardia...

La juventud chequista.—La aludida impasibilidad de los guardias me asombraba. Pero tenía una explicación.

Cierto día, en un bazar, tropecé con tres campesinos que conversaban en voz baja. Me intrigaron algunos detalles hasta mí llegados de su conversación.

Estaban murmurando contra el poder soviético y el comunismo. A su alrededor iba y venía un mozuelo abandonado. Sin aparentarlo, escuchaba, espía aquel diálogo. Al principio creí que se trataba de un raterillo que acechaba su ocasión; hasta me pareció estar en el deber de avisar a los descuidados interlocutores; pero, de pronto, pude advertir que el “golfo”, acercándose a un paisano y tirándole de la manga, le decía, con cierto misterio:

—Camarada, vente conmigo.

El sujeto así interpelado echó a andar, siguiendo al chico, el cual, parándose junto al grupo, y designándolo con un gesto rápido, dijo al agente de seguridad:

—Esos están hablando mal del Gobierno soviético.

El agente detuvo a los tres campesinos y los llevó, así como al denunciante, a la Guépéu, que en efecto, se vale de los niños vagabundos para ejercer el espionaje. A cambio cuentan para sus robos y faltas de todo orden con la impunidad, a condición de que no molesten al comercio privado. Además reciben alguna recompensa. Con el asco que comprenderéis he oído una noche, pasando por entre los escombros de la casa número 44 de la avenida Taganrog, en Rostov, cómo un niño, que con otro se cobijaba en aquellas ruinas, decía, discutiendo con una compañera de “hospedaje”:

—¿Rublo y medio nada más, grandísima golfa, cuando yo sé que el agente de la Guépéu te ha dado cinco rublos por la tía aquella que hiciste detener en la estación?... Si no “sudás” lo que falta te reviento.

La inmoralidad es precocísima. A los trece o catorce años están ya apareados; otras veces, por grupos. Una chica y varios muchachos. Estos, para “ganarlo”; ella, para el arreglo de “casa”, y... como hembra de toda la pandilla. Si los golfos no han logrado robar nada en todo el día, la chica es obligada, como último recurso, “al trabajo nocturno”.

Tales infames condiciones de existencia traen como resultado una contaminación venérea general de la infancia. Así lo han reconocido todas las inspecciones médicas de las diversas instituciones y misiones extranjeras que he tenido que dirigir.

La solicitud de los pobres públicos.—Existen, es cierto, asilos para niños, aunque en número muy restringido. El comunista Bugoulavsky nos hace saber que en el año 1926 había 206.000 niños asilados. Los Soviets se llenaban la boca hablando de sus asilos de niños. Esta es la razón por la cual se lleva a las Delegaciones extranjeras a visitar uno de estos asilos modelos, dispuesto según la última conquista de la ciencia y de la higiene.

Los extranjeros abandonan el establecimiento poseídos de la certidumbre de que no es posible un mayor cuidado que el que toma el Soviet para salvaguardar las futuras generaciones.

Pero yo he tenido que informar acerca de los asilos soviéticos ordinarios con el venerado doctor Armandi, de la Cruz Roja italiana.

Muchos de estos asilos, así como una casa central de distribución, están situados a 50 kilómetros de Rostov. En cuanto hubimos llegado nos avistamos con el Comité ejecutivo del Soviet local, para avisarle de nuestra llegada y para obtener el permiso escrito, sin el cual está rigurosamente prohibida la entrada en los asilos. El camarada Pivovarov, presidente del Comité ejecutivo, era un ex descargador, robusto y brutal, antiguo marino, cabecilla del motín en Trazitzine en 1917.

Conforme a lo convenido en Moscú, entre el profesor Nansen y los camaradas comisarios Tchitcherine y Litvinot, solicitamos medios de locomoción. El camarada Pivovarov, que tenía el designio de estorbar nuestra visita, nos lo negó.

Me apresuré a declarar que iba a dar cuenta telegráficamente al Gobierno, y que, por mi parte, declinaba toda responsabilidad. Pivovarov cobró miedo. Obtuvimos la autorización y el automóvil.

Ya en la puerta del primer asilo preguntamos a un guarda por el administrador: la respuesta fué evasiva: el administrador, lo mismo podía estar en el establecimiento que en la ciudad.

Entramos: una gran estancia, muy sucia, medio a oscuras,

amueblada con unas mesas, y que era como una especie de refectorio. Los malos olores nos asfixiaban literalmente. Tapándonos boca y nariz con el pañuelo procurábamos reprimir las náuseas. El profesor Armandi se dirigió a mí, diciendo: —Vámonos de aquí; no puedo más...

Pero, en este instante, nos pareció advertir bajo las mesas algo que se movía. Nos inclinamos y, en la penumbra de la sala, pudimos entrever, con la natural estupefacción, de una parte, una pareja, y de otra, dos chicuelos, de diez a once años, entregados a actos que una pluma decente no podría nunca describir.

El profesor Armandi prorrumpió en exclamaciones, y vió que aquel espectáculo no era el único de tal jaez en la vastedad de la gran estancia...

Docenas de niños de diez a catorce años habían convertido el refectorio en un verdadero prostíbulo.

Abandonamos precipitadamente la sala en busca del administrador... de un empleado cualquiera... ¡Nada! El vacío en todas partes. Los niños estaban abandonados a sí mismos. Unos jugaban, otros reñían, y en alguna otra habitación volvimos a sorprender escenas semejantes a las del refectorio. Por último, en la cocina, tropezamos con el señor administrador. Nuestro relato le dejó impávido. Sin tomar medida alguna nos declaró, en medio de un calma perfecta:

—Y ¿qué quieren ustedes que yo le haga? Si los despiden de allí se irán a otro rincón...

Abandonamos el asilo soviético apenados y tristes. Visitamos otro asilo, y otro, hasta cinco, con el profesor. Nos quedaba lo peor por inspeccionar. El primero de los asilos podría pasar por un dechado de orden. Renuncio a explicar lo que vimos porque no sabría hacerlo de un modo decoroso. Bastará añadir que, el día de nuestra visita, había en la clínica de Novotcherkassk más de una docena de muchachas a punto de dar a luz. Entre ellas había una, de trece años, encinta.

Para que el lector pueda formarse una idea de lo que llegan a ser estos niños procedentes de los asilos soviéticos voy a permitirme citar un hecho, de que he sido testigo, y de que fué teatro la colonia infantil "Persianovskaïa", situada en las inmediaciones de la ciudad de Novotcherkassk.

Pasados algunos meses de la visita girada a los asilos, al llegar a la colonia Persianovskaïa, nos encontramos en pleno

motín, que capitaneaban algunos niños de la colonia. La casa de distribución había remitido, algunos días antes, a esta colonia un grupo de 23 niños, procedentes de los asilos de la ciudad. Resultó este grupo ser una banda de malhechores organizada, armada de fusiles, revólveres y cuchillos. Los niños se apoderaron del administrador, cargaron los muebles sobre carromatos, los transportaron a un almacén y los vendieron en pública subasta.

La autoridad de la colonia era detentada, desde hacía cinco días, por los niños sublevados. El Comité ejecutivo del Soviet de la ciudad parlamentó con los amotinados para persuadirlos a la paz; pero no fueron oídos los parlamentarios. El sexto día, por fin, llegaron fuerzas del ejército, se apoderaron del establecimiento y desarmaron a los precoces criminales.

Tales son las perlas riquísimas que pueden pescarse en el mar comunista.

El poder soviético da albergue a un tanto por ciento muy reducido de niños abandonados; pero si afirma que no puede recoger más porque se lo veda lo restringido de su presupuesto o porque no le es posible subvenir a las crecientes necesidades de la caridad, contestadle que miente. Los Soviets no se preocupan de los millones de niños errantes por el país, porque su único pensamiento es la revolución mundial, el hacer subsistir la Tercera Internacional y sostenerse en el poder, cueste lo que cueste.

Los Soviets, por modo contrario al que pudiera creerse, arrebatan a los pobres niños cuanto pueden. Recuerdo que al practicarse la liquidación de los envíos de la Santa Sede, en Rostov-sur-le-Don, fueron enviados varios vagones de harina, de azúcar, de cacao y de medicamentos a la comunista María Teófana Gila, gerente de las casas infantiles y vicepresidente de la sociedad "El amigo de los niños", en el Cáucaso del Norte. La Misión cedió asimismo a esta mujer su automóvil y parte de los muebles de la oficina de la Misión, en provecho de los niños.

Dos semanas después de haber desaparecido la Misión de aquel territorio, aun permanecía yo, el subdirector, en Rostov, y pude comprobar *de visu* que todos los artículos alimenticios que acabo de enumerar se alineaban en los estantes de

la cooperativa local del ejército rojo "Estrella roja", establecida en la calle de Federico Engels.

Esos alimentos, por lo tanto, habían sido escamoteados a la infancia hambrienta en beneficio de las tropas bolcheviques. El automóvil fué confiscado por la sección administrativa del Comité ejecutivo del Soviet del Don.

En cuanto a los muebles... ¡la camarada Gila había alhajado con ellos su propio domicilio!

No puede estar más claro que al Soviet le interesa mucho menos la vida de los niños rusos que el sostenimiento de sus Comités ejecutivos, de sus agentes comunistas y del ejército rojo. En el caso que hemos expuesto la autoridad soviética había robado a los niños, utilizando como instrumento para el latrocinio, una sociedad irónicamente denominada "El Amigo del Niño".

Los viejos, mercancía inútil.—No está completo el cuadro. Hemos de hablar aún de lo que los Soviets hacen en pro de la vejez. Donde no se sufre la intoxicación comunista se piensa que hay, en las sociedades civilizadas, el deber sagrado de atender a la vejez y de rodearla, en sus últimos días sobre la tierra, de consideraciones y de bienestar.

Pero los comunistas contemplan la vejez desde un punto de vista singular. Cuando se apoderaron del poder cuidaron, en primer término, de eliminar, sistemáticamente, los viejos, aislados en los diferentes refugios, que habían vivido con el viejo régimen.

Este espantoso crimen tuvo en todas partes su repercusión y sus imitadores, como es lógico. Los métodos eran, poco más o menos, los mismos. Las tropas rojas, por ejemplo, a poco de ocupar Rostov, fusilaron en masa, y dentro del recinto mismo del asilo, varios centenares de veteranos que se albergaban en el asilo de viejos de la localidad. Para esa hecatombe eligieron las víctimas entre los que habitaban ciertas estancias del asilo, donde, después de vaciadas por este sumario y cruel procedimiento, alojaron grupos de estudiantes obreros y alumnos de la escuela soviética del partido comunista donde se perfecciona la educación política de los miembros del partido.

Los nuevos huéspedes solicitaron de la autoridad soviética que se les desembarazara de los viejos que restaban en los demás pabellones del asilo. Estos desventurados ancianos recibieron orden de desalojar sus albergues y fueron trans-

portados a otra casa inhabitada y ruinoso. Algunos fueron amparados por buenas almas; pero la mayor parte sucumbieron de hambre y de privaciones. En su puesto se instalaron la comunidad de la escuela del partido comunista y, como ironía suprema del destino, el "Instituto de viveros y conservación de árboles jóvenes".

La vejez no tiene defensa alguna en la U. R. S. S. Existen, no hay que negarlo, casas o refugios para la vejez, magníficos, y que son, naturalmente, los que se muestran a la galería y a los ingenuos visitantes extranjeros. Estas instituciones, o algunas de ellas, llevan el nombre de "Mansión de los veteranos del trabajo *y de la revolución*".

¿Qué deberé añadir, sino que, en pleno siglo xx, existe en Europa un país cuyo Gobierno persigue la vejez como un delito?

No olvidemos que *en Occidente hay individuos que tienden sin escrúpulos la mano a los representantes de semejante gobierno.*

CAPITULO VII

DERRUMBAMIENTO GENERAL DE LA MORALIDAD.—LIBERTINAJE.—
DEPRAVACIÓN DE LAS COSTUMBRES.—LOS APACHES.—ESTUDIOS
SANITARIOS DE LA U. R. S. S.

Toda una generación ha podido ya ser contaminada por la influencia degradante de la ideología comunista. Miles de niños han pasado ya por esos antros que se atreven a llamarse escuelas y asilos soviéticos. Esos niños carecen de todo principio moral: están habituados a la arbitrariedad impune; han crecido y se mueven entre ejemplos formidables, horribles, de licencia y de depravación. Hase aumentado, pues, el número de los fautores del drama comunista, participantes en la guerra civil, inscritos en la guardia roja y opresores crueles de un pueblo indefenso. Han podido permitírsele todo. La propaganda bolchevique contra el hogar, contra la religión, contra toda moral, aureolada de ilegalidad y de arbitrariedad, había de producir los naturales frutos.

Hoy es muy peligroso aventurarse, durante la noche, por las calles de Rusia. En cuanto las sombras se adueñan de la vía pública, ésta cae en poder de las múltiples bandas de apaches que amenazan la vida del transeúnte, le despojan, le maltratan, y, con deplorable frecuencia, le asesinan. Y todo ello, en el centro mismo del país, en Moscú. Quien pretenda colegir lo que acontece no tiene más que leer los bandos "de buen gobierno" que pretenden reprimir en provincias las hazañas de los apaches.

Ved el texto de una de esas prevenciones gubernativas, publicada por un Comité ejecutivo departamental:

"Se prohíbe empujar y molestar a los ciudadanos en la vía pública, coger del brazo al transeúnte, arrojar desde lo alto de las localidades superiores en los teatros objetos de cualquier especie sobre la cabeza de los espectadores, dar zancadillas,

arrancar ni rasgar los vestidos del transeúnte, fingir, vistiéndose con sábanas o lienzos blancos, fantasmas... se prohíbe escupir sobre la ropa del vecino, echar agua sobre él, mancharle de alquitrán, romper los árboles, arrancar las vallas o romper cercados, cortar las flores, constuir barricadas, abrir hoyos o zanjas; está prohibido espantar a las caballerías, convertir la vía pública en W. C..."

Esta lista de prevenciones da idea—y bien triste—del nivel de la moral pública.

Como prueba de la inseguridad en la calle, citaré un hecho, cuyas víctimas son personas honorables de mi conocimiento en Rostov. Frente al edificio ocupado por el Comité ejecutivo del Don (el Donispol-Kom), y que está en un extremo de la calle Federico Engels, esquina a la Tkatchevsky, hay una plaza sobre la que antes se elevaba un cuartel cosaco, destruido por los comunistas.

Cierta madrugada cruzaba por allí un matrimonio, de vuelta del teatro y en busca de su hogar. Una vez que hubieron traspuerto—pocos pasos—la esquina de la calle Federico Engels, fueron rodeados por una docena de jóvenes apaches que, bajo la amenaza de sus revólveres y sus puñales, les obligaron a despojarse de sus vestiduras, forzándoles entre golpes e injurias a acelerar el cumplimiento de la orden. Una vez desnudos aquellos desdichados, cinco de los apaches arrastraron, a puros puñetazos, al marido hasta un quiosco próximo, donde se vió constreñido a despegar, usando de la lengua, los carteles allí pegados. Entretanto los restantes apaches ultrajaron vergonzosamente, por turno, a la infeliz esposa, que perdió el sentido. Derribado y malherido el cuerpo, vió escapar a los canallas. La desgraciada mujer víctima de este espantoso suceso, perdió poco después la razón...

La autoridad fingió abrir una investigación, buscar a los apaches, que no aparecieron jamás y que han quedado impunes.

La explicación de esta impunidad se halla sabiendo que en la U. R. S. S. son espiados todos los ciudadanos. Yo no era una excepción, a pesar de mi internacionalidad. Disfrutaba, por eso mismo, de una "guardia de honor" importante, que me seguía como la sombra al cuerpo.

Entre los encargados de vigilarme de cerca, colaboradores de la Guépéu, hallábase cierto energúmeno, llamado B. L. Schapiro, cuñado del famoso camarada Zagorsky, el conocido repre-

sentante de la Guépéu en Ukrania. Estos agentes, que presu-
mían de ser los “ases” de su clase, aprendieron a su costa aque-
llo de “a pillo, pillo y medio”.

No lograron impedirme que presenciara lo que aquí descri-
bo. Más bien les debo gratitud por su idiotéz y simplicidad.

B. L. Schapiro, destinado en Odesa a las órdenes de la Gué-
péu, después de la marcha de su cuñado, fué trasladado a Ros-
tov, junto a su amigo personal el camarada Minaev, nombrado
jefe de la sección económica—Eco—de la Guépéu regional en
el Cáucaso del Norte. Por este Schapiro pude yo enterarme de
lo que va a continuación: poco después de mi llegada, en agosto
de 1925, regresaba Minaev a su domicilio acompañado de su sus-
tituto: era la una de la madrugada. En la esquina de la aveni-
da Voroschilov y calle Engels viéronse atacados por dos apa-
ches, que, surgiendo de entre las sombras, y enfilándolos con
el revólver, gritaron:

—¡Alto! ¡Ni un paso más!

Simularon los chequistas acatar la intimación: los apaches
ordenaron a ambos que vaciaran sus bolsillos y despojarse, el
uno, de su gabán de cuero y el otro de su bata. Fingiéndose siem-
pre, acabaron los chequistas por empuñar los revólveres, ame-
nazar a su vez a los atracadores y exclamar: “¡Arriba las
manos!”

Llegó en esto un camión que conducía un grupo de chequis-
tas armados, que impidieron el fusilamiento mutuo de los cua-
tro adversarios, los cuales, detenidos, pasaron a presencia de la
autoridad de la Guépéu. Allí se desarrolló la escena teatral que
el lector adivina; pero acaso no enteramente. Porque quizá no
espera saber que los agresores eran un agente superior de la
policía criminal y el otro el ayudante del camarada Houdoini-
kov, jefe del servicio. La culpabilidad era flagrante. Pero todo
acabó en una orgía monstruosa, que comenzó por “rondas” de
tragos en la Guépéu y tuvo término en el local de la Adminis-
tración de Aduanas, donde la pandilla se trasladó a la husra
de frascos de licores extranjeros de contrabando confiscados.
Puede imaginarse el epílogo de esta saturnal.

Se comprende también que el ejemplo de los dignatarios so-
viéticos tiene imitadores, sobre todo en las “Juventudes comu-
nistas”, las de muchachos—komsomoltzi—y las de chicas—
komsomolki—. No limitándose ellos a organizar con ellas
noches atenienses; claro está que las exigen favores individua-

les, que ninguna de ellas se atreve a rehusar, porque su negativa sería considerada en el acto como una manifestación de estrecho espíritu aburguesado....

La desmoralización de las muchachas comunistas no puede ser mayor. Alcanza los límites extremos. Una prueba: varias jovencitas comunistas, en la aldea Staro-Scherbinovskaia, en la región de Kouban-Mar Negro, se cruzaron con otra no comunista: apoderáronse de ella y la arrastraron a la sala de una escuela próxima; tendiéronla en el suelo, y sujetándola entre todas por los brazos y las piernas, hicieron entrar sucesivamente a varios jóvenes, que violaron a aquella indefensa criatura.

No registramos, por desdicha, un hecho aislado.

En Rostov, en una escuela de segundo orden, veintitrés alumnos atrajeron al establecimiento a dos mozas, y en el departamento más recóndito las violaron. Una murió a consecuencia de las violencias de que se la hizo víctima. La otra quedó mutilada para siempre.

En la misma ciudad, una maestra de escuela, sorprendida por una taifa de alumnos suyos de catorce a quince años, fué asimismo atropellada repugnantemente.

Así se forma una generación bajo la influencia comunista. Todo ello permite profetizar el hundimiento completo de la civilización y el resurgimiento de la barbarie primitiva.

La autoridad soviética hace cuanto puede por ocultar estos hechos vergonzosos. Cuando ciertas historias han corrido demasiado y son harto conocidas, finge desagrado y simula hipócritamente la decisión de castigar severamente a sus autores. He podido convencerme en las propias cárceles soviéticas de que estos precoces y repulsivos criminales no son encarcelados sino para la galería. Por eso no están reclusos sino el tiempo mínimo y son libertados al cabo de pocas semanas.

Una cuadrilla de dieciséis jóvenes apaches, en el centro de Moscú, a las diez de la mañana, cerca de la estación de mercancías del ferrocarril Moscú-Koursk, violaron a una cocinera de cincuenta y nueve años. La derribaron, la envolvieron la cabeza con sacos y la hicieron víctima de los peores ultrajes. Cinco de estos infames pudieron ser detenidos en flagrante delito. Los ví en la celda 55 de la cárcel de Boutyrki, en que yo me hallaba recluso. Había allí unos 50 detenidos. Los miserables se ufanaban de su canallada, que referían con todos los detalles,

llamando a su odioso crimen "un entretenimiento". Dieciséis días más tarde recobraban todos la libertad.

Decidme si esto no es señal de que el Soviet alienta la inmoralidad y patrocina la decadencia de su país. Pero, ¿no es éste el único medio que tienen de sostenerse en el poder?

En esa misma cárcel de Boutyrki tropecé con el camarada Schtoutcheff, agente superior de la Guépéu en las comunicaciones a Tchéliabinsk. Me confió cínicamente su crimen. No se explicaba bien cómo puede un hombre ser puesto "a la sombra" por una insignificancia semejante. En su calidad de funcionario de la Guépéu, examinaba los pasaportes de los viajeros en los trenes por allí circulantes. Un día observó en uno de los carruajes dos mujeres—madre e hija—que le parecieron "de primera", según me dijo. —Me parecieron—como usted comprenderá—sospechosas, así como sus documentos; las mandé suspender el viaje, bajar del tren, y una hora después las mandé conducir, separadamente, a mi despacho. Bajo la guardia roja me divertí con ellas durante varios días. Luego las puse en el tren, y si te vi no me acuerdo...

¡Pero si esto de hacer sufrir interrogatorio a las viajeras guapas era en mí habitual, camarada!

Si hubiera sabido de quién se trataba, ¿cómo era posible que yo las hubiera dejado marchar...? La mujer y la hija de un comunista muy destacado y poderoso de Moscú... Lo cierto es que al mes, mi jefe inmediato me llamó y me dijo: —¡Buena la has hecho, Schtoutcheff! No va a haber más remedio que meterte en la cárcel... Y no puedo hacer nada en tu favor... Lo manda el Centro. Pero a quién se le ocurre una fechoría semejante con la mujer y la hija de un jefe... Sin embargo—me dijo—, no te asustes demasiado. Se trata de una bagatela, después de todo, y no hemos de consentir que te pudras en la cárcel demasiado tiempo.

Condenado yo, poco después, a la deportación y esperando el día de mi libertad en un pabellón de la cárcel, vi llegar a nuestro hombre, condenado a diez años de reclusión en un campo de concentrados. Se burló de mí, asegurándome que saldría muy pronto. Y así fué, que fundándose en su fama de ardoroso comunista y de buen operario del partido, obtuvo sucesivas rebajas de condena hasta verse, como hoy se ve, en libertad.

Es preciso que se sepa que los colaboradores de la Guépéu no son juzgados jamás. Si acaso, y sólo *administrativamente*,

pueden ser castigados por la propia Guépéu. Terminada su pena administrativa, el inculcado vuelve a sus funciones y se considera que ha expiado enteramente su falta.

Hoy, Schtoutcheff (padre de familia con tres hijos; desgraciados de ellos) ha sido rehabilitado, continúa examinando pasaportes y proporcionando a sus jefes, y a sí mismo, viajeras de buen ver...

Estos Schtoutcheff abundan en la Rusia soviética. Esta materia constituye la pesadilla de este país de las libertades soviéticas, donde el matrimonio ha sido reemplazado por una parodia y en el que cada ciudadano adquiere la facultad de divorciarse y de contraer nuevas nupcias tantas veces como se le antoja, aun dentro de un mismo día.

El divorcio no exige ninguna formalidad legal. Basta presentarse en la Z. A. G. S. (Registro Civil) que es una dependencia afecta al Comité ejecutivo del Soviet local. No hay más que manifestar el deseo de divorciarse y, sin esperar a que la parte contraria asienta, el divorcio se ha realizado. Si se conoce la dirección del otro cónyuge se le comunica el hecho consumado. Conozco personas que se han divorciado ya 50 ó 60 veces. Un *record*.

Tengo noticia de matrimonios contraídos entre muy próximos parientes: es verdad que también la tengo de amancebamientos de la misma clase. El homosexualismo no preocupa a la legislación soviética, en la mayor parte del territorio de la U. R. S. S. Digamos, sin embargo, en honor suyo, que este género de depravación es castigado en la Unión de las Repúblicas Caucásicas.

Yo habité una temporada en la stanitza Novoleuchkovskaïa, en la región Kouban-Mar Negro. Tenía alquilado un edificio, parte del cual ocupábalo la Z. A. G. S., donde pude presenciar escenas matrimoniales y divorcistas muy curiosas.

Presentáronse una vez dos hermanos, comunistas, llamados Teslenko: les acompañaban sus esposas respectivas. Ambas parejas mostraron el deseo de divorciarse, y en un cuarto de hora se les entregó el certificado correspondiente. Y, en el acto, para no perder su puesto en la "cola" de solicitantes, declararon los Teslenko su resolución de cambiar de esposa, lo cual realizaron sin pérdida de tiempo, con toda la facilidad que para ello dan las autoridades soviéticas. Me aproximé a ellos, para obtener alguna información sobre el caso, y me la facilitaron con la

mayor tranquilidad. —Hace ya dos meses que vivimos juntos. El gusto está en la variación.

El aborto, como todo el mundo sabe, es legal en la U. R. S. S. Ahí se ven filas interminables de muchachas, junto a las ventanillas oficiales, en espera de las autorizaciones oportunas. La ley soviética establece ciertas preferencias. Primero, las obreras y esposas de obreros; después las empleadas y esposas de funcionarios en las instituciones soviéticas, y, por fin, las demás. Preside, pues, un método maquiavélico la organización de esta decadencia de costumbres.

En 1925 se constituyó, bajo el patronazgo y con el apoyo del Gobierno soviético, una Sociedad legalmente registrada, bajo esta razón social: *Abajo el pudor*. Los miembros de esta agrupación se comprometían a prescindir de los vestidos y a exhibirse desnudos en la vía pública. Por vía de propaganda, algunos asociados viajaron, bajo los auspicios de la Corporación, por Kharkov Rostov, Aguas Minerales (Cáucaso del Norte), etc. Los vi muchas veces, en traje de Adán y Eva antes del pecado, en Rostov.

Cierto día vi, cerca del bazar Pokrovsky, en la esquina de las calles Federico Engels y Rogatianovsky, el siguiente espectáculo: un hombre y una mujer, completamente desnudos, esperaban a pie firme el tranvía. Repito que el desnudo era absoluto. Por decir toda la verdad he de confesar que se adornaban con una cinta en bandelora, donde podía leerse esta inscripción: "¡Abajo el pudor, que es una preocupación burguesa!" La mujer llevaba, además, el bolso en la mano.

Arremolinaron la multitud: algunos guardias se vieron obligados a intervenir, para proteger a aquellos imprudentes contra la hostilidad de la muchedumbre, principalmente compuesta de vendedoras y vendedores ambulantes. Una lluvia de tomates, de huevos, de piedras, cargó sobre aquellas atrevidas desnudeces. Al fin llegó el tranvía. Los "primitivos" ocupáronlo solemnemente. Pero entonces los viajeros del carruaje lo abandonaron precipitadamente: el tranvía, sin más pasaje que el conductor y el cobrador, amén de Adán y Eva, del paraíso soviético, echó a andar, perseguido por los proyectiles y los gritos de la gente indignada.

Al pasar, unas horas más tarde, cerca del Correo central, me encontré con una apiñada multitud, que pedía a grandes voces que se les entregaran los "desnudos", que se habían visto

precisados a refugiarse en aquel establecimiento oficial. Seguramente hubieran sido linchados si la célula comunista, para evitar mayores males, no les hubiera provisto de vestiduras, merced a las cuales pudieron escapar por una puerta lateral. En otras ciudades ocasionaron estos desvergonzados escenas semejantes, con viva complacencia por su parte, puesto que no perseguían sino el ruido y el escándalo.

La disolución de la imbecil y desvergonzada cofradía no vino por su imbecilidad o por su devergüenza; pero la autoridad acabó por hartarse de cuestiones y desórdenes en la vía pública. Estaba, sin embargo, muy a la vista el propósito de aprovechar tal propaganda como un arma más a disposición de los gestores del comunismo, para precipitar a Rusia en la perdición moral y en la depravación.

A nadie le parecerá extraño que el primer fruto de esta anarquía moral haya sido el rebajamiento general del nivel sanitario e higiénico de la población. Las enfermedades venéreas se propagan sin que haya quien las detenga.

Sujetos moral y físicamente formados no experimentan el menor escrúpulo en transmitir sus vergonzosas dolencias a sus más cercanos familiares.

He aquí una estadística, que describe E. M. Holtzov: antes de la revolución, de 100 enfermos venéreos se registraban siete contagios familiares. En 1918, al año de dominación bolchevique, se llegó a cifrar el tanto por ciento en 33. A los siete años de régimen soviético registraban el 63.

Huelgan los comentarios.

En los comedores gratuitos para estudiantes, sostenidos por Misiones análogas a las que yo dirigía, el porcentaje de jóvenes enfermos de dolencias secretas era del 70 al 75.

Regiones enteras, en el Norte del Cáucaso, aparecían contagiadas (del 85 al 95 por 100) de enfermos de este género. Tales eran las de Kabardino-Balkarskaïa, la región Karatchaévo-Tcherkesstkaïa, Adygeysko-Tcherkesskaïa, etc... Las estadísticas soviéticas, bien sospechosas de parcialidad, aceptan para la totalidad de la población de la U. R. S. S. una cifra media del 30 por 100 de enfermos "específicos" o avariósicos.

La "malaria" endémica, y sólo conocida en el Sur, se ha propagado hasta el círculo polar. Arkángel, Kem, las islas Solovetzky, son víctimas de ella.

Es ciertamente lamentable el estado sanitario de la Rusia

soviética: el Gobierno no se cuida, o se cuida muy poco, de ese gravísimo problema. Cuando las Misiones de la Santa Sede y del Vereliev intentaron establecer dispensarios, el Gobierno se lo prohibió, a no ser que antes se comprometieran las Misiones a entregar la mitad de los medicamentos que recibían del extranjero. Además se negaron a proporcionar el local preciso para el establecimiento de las clínicas. La Vereliev se procuró uno por su cuenta; pero el Gobierno dió en seguida la orden de clausura.

Los médicos soviéticos ejercen su profesión en muy penosas condiciones. El médico M. B. R., jefe del hospital del ferrocarril de Wladicáucaso, fué maltratado y aun apaleado por un obrero a cuya esposa no fué posible hospitalizar, por no ser ferroviario su marido; se dispuso su ingreso en el hospital de la Unión profesional a que pertenecía el obrero, y entonces fué cuando éste hizo víctima de su furiosa agresión al director, quien tuvo que guardar cama ocho días. El obrero no recibió castigo alguno.

Diez días después este infeliz facultativo fué objeto de otro atentado, por haber negado la salida de un enfermo a quien se empeñaba en dar de alta, por sí y ante sí, la enfermera comunista.

Otro médico joven vióse apaleado por un enfermo que no hallaba de su gusto un vendaje que se le había puesto. El médico, a su vez, tuvo que ser vendado.

Todo esto es habitual en los hospitales soviéticos. Se comprende que en tales condiciones el servicio médico es prácticamente irrealizable.

En todos los países del mundo existen capas sociales abyectas y medios de los que salen los malhechores, los apaches, los partidarios de la arbitrariedad ilegal; pero aun cuando eso sea, como lo es, cierto, cierto también lo es que hay leyes en todas partes que tratan de impedir el mal y procurar la sanción de los culpables. En la U. R. S. S., por el contrario, el conjunto del sistema, el engranaje soviético, sólo sirve para alentar y acelerar semejante estado de cosas, de verdadero matiz "proletario", según un artículo publicado por Smidovitch en *Pravda*, diario soviético, como es sabido.

Cuando tales elementos de desorden llegan a constituir, no la excepción, sino la regla, acaban por acometer al mismo Soviet. Asesinan a los guardias rojos, a los representantes del poder soviético, a los miembros del partido comunista.

Claro está que en tales casos el comunismo se recobra, reacciona, quiere intervenir; pero ya es tarde para todo, excepto para recoger la inevitable cosecha de tempestades...

¿Cómo habían de ser los que restablecieran el imperio de la moral los mismos que han hecho cuanto estaba de su mano para derrocarlo?

CAPITULO VIII

LA RELIGIÓN PERSEGUIDA.—SITUACIÓN DE LA IGLESIA EN LA U. R. S. S.

Los más enconados detractores de la Religión no se atreven a desconocer que es ella, precisamente, el mayor sedante, el más positivo freno de los malos instintos del hombre.

El comunismo es y representa todo lo contrario. Los comunistas han comprendido que sólo es posible su triunfo allí donde aciertan a depravar moralmente a las multitudes, a crear la anarquía, a suprimir el orden, a despertar y desatar los más bajos impulsos humanos.

La religión es, por consiguiente, un obstáculo en el camino del comunismo. Es su más alerta adversario: por eso la combaten a sangre y fuego: "O la Religión—dicen—o nosotros. Juntos no pueden vivir en Estado alguno". La conclusión de este razonamiento es lógica: los comunistas han proclamado el frente único antirreligioso. Ante todo pusieron la Iglesia fuera de la ley. Prohibieron la enseñanza religiosa; y esto aun fuera de la escuela y contrariando la voluntad expresa de los padres. Salvo con los mahometanos, a quienes guardan ciertas consideraciones, por uno u otro motivo.

La U. R. S. S. ha llegado a ser un país en el que la edición y la lectura de la "Biblia" son considerados como hechos punibles. El ateísmo es una asignatura integrante del plan de estudios. En el primer año del régimen soviético era frecuente el espectáculo del fusilamiento en masa de sacerdotes, a los que se había hecho sufrir terribles humillaciones. Clausuradas las iglesias, sólo volvieron a abrir sus puertas convertidas en "cines", clubs, cuarteles, cuadras... Por supuesto, antes habían sido saqueadas, aunque declarando hipócritamente que sus bienes habían sido secuestrados en beneficio del pueblo.

Ahora bien: los comunistas han perdido de vista aquella verdad eterna que asegura que una religión perseguida con la persecución se fortifica y se afirma. Los elementos populares reaccionaron; las olas amenazadoras del motín hicieron retroceder a los bolcheviques, que cesaron en la metódica clausura de las iglesias y en la eliminación del clero.

No pudiendo triunfar de frente, los comunistas emplearon la curva. Levantaron un cisma en la Iglesia ortodoxa, predominante en Rusia.

He aquí la síntesis histórica de la lucha entre el Soviet y la Iglesia, hasta el momento en que el comunismo creyó preciso cambiar de estrategia. Este capítulo tiene por fin principal dar una idea del estado actual de las persecuciones contra la Iglesia y contra la Religión en la U. R. S. S.

Tres fases debemos señalar en esta ofensiva:

Primera, organización de una propaganda sistemática contra la Religión y protección otorgada a todos los ataques de que pueda ser víctima, especialmente de parte de las "Juventudes comunistas".

Segunda, presión legislativa y fiscal del Estado contra la Iglesia.

Tercera, persecución directa, por parte de la Guépéu, que favorece toda empresa capaz de descomponer o debilitar a la Iglesia.

Procuraré documentar mi relato con hechos de que he sido testigo en la Rusia soviética, y que matizan los diversos métodos de la lucha del comunismo contra la Religión.

Propaganda antirreligiosa. Ataques de todo género.—En Rostov he presenciado mil procesiones irreligiosas y antirreligiosas organizadas por las Juventudes comunistas, en vísperas de las fiestas más solemnes de la Iglesia, especialmente las de Navidad, Pascua, Anunciación, etc. No se vacila en gastar enormes sumas en la organización de tales manifestaciones: sobran los automóviles, el dinero, hasta las tropas para protegerlas.

Ved aquí el programa de la celebrada en 25 de marzo de 1924, fiesta de la Anunciación. Figuraban a la cabeza del cortejo varios camiones adornados con carteles que decían: "La Religión es el opio del pueblo", "La Religión es una mentira y un instrumento en manos de la burguesía, para dominar a la clase obrera y esclavizarla"; "El comunismo dispersará la niebla religiosa", "Los Cardenales, los rabinos, los pastores, los curas,

los Papas, los mullah—sacerdotes mahometanos—son nuestros peores enemigos”; “Estamos siempre dispuestos a la matanza de la clerigalla”, etc. Algunas inscripciones eran de tal manera cínicas y aun ofensivas a la Santísima Virgen, que no me atrevo a reproducirlas aquí.

Escandalosos cuadros vivos, las más repugnantes ficciones eran ofrecidas por los grupos de jóvenes comunistas, que ocupaban los camiones. En el primer camión veíase a un comunista sentado en un trono, simulando ser un Arzobispo, y bendiciendo con su diestra a la multitud, mientras acariciaba con la otra mano voluptuosamente a una desvergonzada, revestida de ropas que la hicieran aparecer la imagen de la Virgen. Ostentábase luego un Cardenal, que, además de las consabidas bendiciones a un obrero, ante él arrodillado, ofrecía a un capitalista unas esposas, señalando al proletario de hinojos, y recibiendo, a trueque, un saco repleto de dinero. Otro comunista, disfrazado de sacerdote, crucifijo en mano, empleaba la otra en empinar una botella de aguardiente. Otros aún, vistiendo hábitos de religiosos, adoptaban obscenas actitudes, cantando, en tanto, canciones indecentes, a voz en cuello.

Escortados por guardias rojos, recorrieron estos camiones las calles céntricas, y a eso de las once y media, hora de la misa mayor, se aproximaron a la catedral de Rostov. Una vez que hubieron llegado, los comunistas encendieron una hoguera, alimentada con iconos, y allí quemaron maniqués figurativos de santos venerandos. No lejos, en postes, aparecían colgados bustos de Jesucristo, Jehová, Buda y Mahoma. Los jóvenes comunistas, en tanto, bailaban danzas obscenas alrededor, cantando y vociferando durante media hora. La población asistía a tales escenas con el espanto, con el terror que en el alma produce la blasfemia.

No imaginaréis dónde llegaba el espíritu sacrílego de los Komsomoltzi, manifestado en las iglesias, aun durante las ceremonias religiosas.

En Pascua de 1925, durante la misa de media noche, a la que yo asistía, en la iglesia de Todos los Santos, en el cementerio de Rostov; una piadosa y nutrida concurrencia de fieles...; fuera, en las proximidades del templo, y sentados sobre las tumbas, varios centenares de jóvenes comunistas de uno y otro sexo, cantaban, acompañándose de armónicas, bebían vodka, se emparejaban y blasfemaban a más y mejor.

Beodo ya uno de ellos, instáronle a penetrar en la iglesia, para promover un escándalo al pie mismo del altar.

Aquel idiota accedió, y haciéndose acompañar de algunos compañeros, logró abrirse paso a través de la muchedumbre, pocos minutos antes de que llenase los ámbitos del templo el solemne cántico *Cristo ha resucitado*. Franqueó, vacilando, las gradas del ambón, pasó al altar... Los fieles más cercanos contemplaban sorprendidos al intruso; pero un sacerdote cerró el paso súbitamente al "komsomolets", y, situándose delante del altar, alzó enérgica y resueltamente el Crucifijo. El joven comunista, empalideciendo, se detuvo y retrocedió lleno de pavor. Al hacerlo así perdió pie y cayó de espaldas sobre la multitud. En un abrir y cerrar de ojos, pasando sobre las cabezas, de mano en mano, fué expulsado el intruso; fué verlo y no verlo, como suele decirse.

Irritados los energúmenos por este fracaso, cortaron los hilos de la luz, de suerte que al entonarse el *Cristo ha resucitado* la iglesia quedó a oscuras; pero la piadosa multitud hizo arder cirios innumerables, y el oficio religioso adquirió un matiz de íntima devoción imponente. Todo el mundo sentía hallarse más cerca que nunca del divino misterio. Las plegarias se hicieron más ardientes y fervorosas...

Pero el sacerdote que se había opuesto al gesto blasfemo del joven comunista tuvo desde aquel día guardia de vista, y hoy está prisionero en un campo de concentración.

Los muertos no merecen más respetos a los bolcheviques que las iglesias.

Allá va un caso.

En una capilla construida cerca del hospital Nicolás, de Rostov, había recibido sepultura el matrimonio Poustovoytov, protectores en vida de muchas obras benéficas, y del mismo hospital en cuya cripta esperan sus restos mortales la resurrección de la carne.

Pero esa cripta le pareció a propósito al conserje del hospital, cuando los Soviets se apoderaron de la iglesia, para vivienda, y, sin más trámites, exhumó los cadáveres de los esposos Poustovoytov, y los depositó al lado de la capilla.

La profanación llegó a oídos de la gente, que, recordando los beneficios debidos a tan dignas personas, pidieron permiso para enterrar decorosa, religiosamente a sus bienhechores. Tardaron los bolcheviques en contestar; al cabo asintieron, pero

reclamando las cajas de cinc. Fueron, pues, abiertas las cajas y hubo que trasladar los restos a unos féretros de madera. La sorpresa admirativa de los presentes a la operación fué muy grande, al observar que el cadáver de madame Poustovoytov permanecía, al cabo de veinte años, intacto. Recordando la vida de virtud y de abnegación de la buena señora, se habló en seguida de milagro.

Y se produjo una explosión de fe y de piedad que contrarió no poco a los que acababan de cometer semejantes actos de barbarie.

Estas violaciones de sepulturas no son raras; generalmente se producen para apoderarse de los ataúdes de cinc, que escasea muchísimo en la U. R. S. S. No hay forma de lograr un féretro nuevo de ese metal. El Soviet encuentra más sencillo "nacionalizar los del antiguo régimen". Claro que contienen restos venerandos; pero eso no tiene importancia.

Así se llevó a cabo para enterrar con la dignidad propia a su jerarquía a dos agentes de la Checa, asesinados por unos desconocidos en Temernik, extramuros de Rostov; los encargados de la inhumación eligieron el mausoleo que les pareció más lujoso, desenterraron a los que allí descansaban, arrojaron sus restos a cualquier parte, y, en su lugar, y en sus féretros, enterraron a los chequistas asesinados. La administración del cementerio se vió en el caso de abrir una fosa para aquellos maltratados restos, privados de su legítima sepultura.

La presión del Estado.—En esta competencia de agresiones a la Iglesia no podían faltar los ataques directos del Gobierno soviético.

Los Comités ejecutivos locales rehusan el registro y la legalización de las parroquias y castigan con pesados tributos al clero y los templos. Por un decreto del Soviet, los bienes eclesiásticos de cualquier género han pasado a su propiedad civil, con plena disposición de ellos.

Para restaurar el culto en una iglesia es indispensable que un grupo de personas lo solicite, firmando un acta por la que se declaran responsables de los bienes de la iglesia y de la parroquia, así como del pago del impuesto. Se comprenderá que es punto menos que significarse así en un país donde la persecución religiosa llega al grado superlativo, hasta el punto de castigarse la confesión de un credo con la cárcel, o quizá con el fusilamiento.

Pero nada arredra a los fieles. Los bolcheviques se han equivocado descontando el miedo de sus "administrados". No han faltado, como los comunistas esperaban, los centenares de firmas precisas para la reapertura de muchos templos.

Los Soviets no habían de abandonar la partida, sin embargo. Decretaron nuevas clausuras y dificultaron la creación de nuevas demarcaciones parroquiales. A una de las parroquias de Taganrog se le rehusó el reconocimiento, a pesar de haberse puesto dentro de la ley. No faltaban pretextos, naturalmente. Unas veces se declaraba insuficiente el porcentaje obrero; otras se exigía que los firmantes compareciesen en el Comité uno por uno, realizando viajes de más de 65 kilómetros, etc. Cuando abandoné Rostov, las gestiones tenían un año de fecha, y no parecía que habrían de tener favorable resultado...

Las comunidades religiosas gozan de la predilección del Gobierno. No sólo se oponen trabas de toda especie a su creación, sino que se las somete, sobre todo en materia de impuestos, a vejaciones inauditas.

En 1925, la catedral de la Natividad de la Virgen pagaba 70.000 rublos, es decir, 35.000 dólares, o sean 900.000 francos.

La iglesia de Todos los Santos, de que ya hemos hablado, y que está considerada como parroquia de categoría inferior, tiene asignado un impuesto de 20.000 rublos (250.000 francos franceses).

El pago del impuesto es para todo el mundo trimestral; las iglesias han de abonar la suma total de una vez, y cuando son insolventes responden los miembros de la parroquia con sus propios bienes. Durante el pago, la iglesia permanece cerrada y sellada; pero no se ha dado el caso de falta de pago por los feligreses, si ha lugar. La firmeza de la convicción de los creyentes se acredita una vez más.

En muy pocos días se reunió en Rostov, mediante la circulación secreta de listas de inscripción entre los fieles, la cantidad necesaria para evitar la clausura de una catedral. A costa de mil privaciones, del hambre, acaso, de algunos suscriptores, fué salva la iglesia de las garras soviéticas.

Una iglesia cualquiera paga por agua y por electricidad más tributo que cualquiera establecimiento mercantil.

Pero... ¡hay excepciones! Señalemos, por ejemplo, la de la "Iglesia viviente", reformada, separada de la antigua Iglesia del Pratriarca Tikhon. Esta "Iglesia viviente" goza de particulares

privilegios. En materia de impuestos se observa que cierto Padre Alexis, de la "viviente", paga 160 rublos, mientras que otro clérigo, el Padre Wladimiro, fiel a la iglesia del Patriarca, tenía asignados 6.000 rublos: unas 38 veces más. El privilegio estribaba en que a la "Iglesia viviente" no la persigue ni hostiliza la Guépéu.

Cómo actúa la Guépéu.—De los muchísimos clérigos ortodoxos o católicos, a quienes vi en las cárceles en que yo estuve encerrado, y entre los cuales había algunos obispos, no vi jamás ni uno solo de la "Iglesia viviente", protegida por los Soviets.

He tenido íntima relación de amistad con representantes del clero ortodoxo en la Rusia soviética. Una sola cosa he podido confirmar: la estrechez de los lazos que unen a la Guépéu y a la famosa "Iglesia viviente"... He aquí cómo he llegado a semejante convicción.

Algunos sacerdotes de la Iglesia del Patriarca Tikhon, amigos míos, habían sido conducidos a la Guépéu, donde recibían la invitación a separarse de la Iglesia del Patriarca (la verdadera Iglesia ortodoxa rusa) y de informar a la Checa acerca de sus feligreses, a menos aquellos que no podrían ser revelados sino faltando al sagrado secreto de confesión.

Muchos fueron enviados a los campos de concentración y a Siberia, y aún gimen bajo la tiranía y la injusticia soviéticas. Hay muchos de éstos entre mis amistades.

En cambio conozco muchos casos de arrestos llevados a cabo a poco de la confesión en fieles adeptos a la "Iglesia viviente".

Muchos nombres os podría revelar; pero me cierra la boca el miedo de aumentar las víctimas del terror comunista.

Sin embargo, Dios ha querido llamar a Sí a uno de estos sacerdotes mártires, y, ya libre, puedo citar su nombre, contra el que nada han de poder sus verdugos. Se trata del arcipreste Juan Jéjulenko, rector de la iglesia de Todos los Santos, en Rostov, estimado y aun venerado de sus feligreses. Le he conocido durante más de veinte años, y le visité durante los últimos días de su existencia.

Cuando se declaró el cisma por la separación de la "Iglesia viviente", fué la del Padre Juan la voz más enérgica entre los que protestaron. La Guépéu de Rostov le encarceló, así como a otros sacerdotes, por haber predicado contra la "Iglesia viviente". Cada ocho días se le hacía comparecer ante el jefe de la

sección religiosa de la Guépéu, que le ofrecía la libertad inmediata a cambio de su defección.

Los adeptos de la Iglesia cismática le visitaban para ofrecerle la consagración episcopal y para amenazarle con la pérdida de la vida si insistía en la resistencia. El Padre Juan soportó aquellas amenazas en los calabozos de la Guépéu, y tuvo ocasión de convencerse de los lazos existentes entre la Guépéu y la "Iglesia viviente".

Al fin cayó enfermo. Los chequistas, convencidos de que el Padre Juan moriría pronto, devolvieronle la libertad. Sus feligreses le transportaron, con todo género de precauciones, a la casita en que habitaba el guarda de la iglesia. Gracias al cielo, el Padre Juan ha mejorado mucho y está en vías de total restablecimiento.

Pasé muchas horas junto a su cabecera. Estaba persuadido de su próximo fin, aunque temía ser arrestado de un momento a otro. Todo tuvo puntual cumplimiento. En cuanto pudo tenerse en pie pasó a la presencia de la Guépéu. Renováronse sus tormentos y se le exigió la apostasía. Recayó, y esta vez para no levantarse más. Citado para comparecer ante la autoridad, no pudo presentarse. Dejó de existir pocas horas más tarde.

Acabábamos de amortajarle cuando llegaron los chequistas con la orden de llevarse al Padre Juan a la Guépéu "vivo o muerto". Felizmente los fieles triunfaron en su oposición a semejante sacrilego mandato.

Nadie, pues, duda ya de que la Iglesia cismática y la Guépéu actúan de acuerdo, lo cual no obsta para que esa Iglesia no logre los éxitos que tal ayuda poderosa hacía suponer.

La población se ha dado cuenta perfecta de que la "Iglesia viviente" es una agencia del poder soviético. Sus templos se ven muy frecuentemente vacíos, mientras rebosan de fieles los pertenecientes a la Iglesia del Patriarca Tikhon.

Los feligreses del Padre Juan han honrado su memoria mediante la fundación de un comedor benéfico, donde son atendidos los pobres, los mendigos y los obreros sin trabajo. Allí eran socorridos unos quinientos necesitados; pero ello no impidió que la Guépéu lo clausurase, como obra de beneficencia emanada de la comunidad cristiana. Se prohibió, pues, a los fieles socorrer a los menesterosos.

Los comunistas persisten en acentuar y sostener el cisma, para lo cual siguen empleando los métodos de persecución y

clausurando iglesias. Lo que no puede afirmarse es que obtengan el fruto que se proponen.

Cerca de Rostov, en Temerik, se alza una iglesia cerca de los talleres del ferrocarril del Wladicáucaso, los cuales habían sido visitados—como recordará el lector—con tanto éxito por los miembros de la Delegación de los Trade-Unions ingleses.

La célula comunista convocó a una asamblea general de obreros de los talleres, para someterles la siguiente propuesta: derribar la iglesia y construir con los materiales un club.

Los obreros votaron en contra. Muchos de ellos eran feligreses de la iglesia, y ninguno de los discursos comunistas les hicieron mella; pero uno de los oradores declaró que la autoridad comunista sabría prescindir de esta oposición de los “obrerros inconscientes”, intoxicados del “tósigo religioso”, y llevaría a efecto su propósito sin su consentimiento, puesto que lo haría “en interés” del obrero, precisamente.

Acabó el mítin, y cada cual regresó a su casa. El orador comunista impío, que entre los grupos seguía su propaganda sobre las disputas entre la multitud, cruzaba un paso a nivel, donde, alcanzado por un tren expreso, fué destrozado. Los obreros, ante este suceso, no dudaron en atribuirle tal muerte a un designio providencial, y en el acto improvisaron una segunda reunión y decidieron trasladarse al templo, donde entonaron plegarias de acción de gracias por conservarlo. Después declararon ante el poder local que para tocar una sola piedra de su iglesia sería preciso pasar por encima de los cadáveres de los obreros.

Hay, sí, un despertar religioso evidente en la Rusia soviética. Son frecuentes las colectas en el campo obrero, para la construcción de templos, bien que el comunismo considere esas colectas como un crimen. Podría señalar el hecho de haberse erigido templos en regiones industriales donde dominaba el ambiente comunista e irreligioso. Así en la Empresa “Vanguardia comunista”, en Vladimiro, con 7.000 obreros; “Octubre rojo”, en Penza, con 2.000 obreros; la “Yarzevskaïa Manufactur”, en Smolensk, con 3.000, etc.

Y no todos los comunistas se atreven a exteriorizar su fe, aunque van de “ocultis” a rezar a la iglesia, así como se casan y bautizan su prole.

Me consta que en la misma Guépéu hay hijos pródigos de la

Iglesia, que han vuelto a ella en busca de consuelo y de esperanza.

La persecución religiosa bolchevique trae a la memoria, porque tiene con ella impresionantes coincidencias, las de los primeros cristianos, en tiempos de Nerón y de Juliano. No obstante, las sobrepaja en crueldad y en ferocidad.

Los bolcheviques habrán de confesar, a pesar de todo, que no han triunfado en su loco empeño de destruir el sentimiento religioso en el corazón del pueblo.

Han contribuído, por el contrario, a fortalecerlo de un modo singular.

Cuanto más extrema el Soviet el terror religioso, tanto más viva es la reacción espiritual de la multitud. Son muchas las almas a las que la persecución ha devuelto a Cristo, haciéndoles abandonar el ateísmo o la indiferencia. Este prodigio expiatorio se ha producido a mi vista muchas veces.

El Crucifijo resplandece con más fuerza que nunca en el país del sufrimiento, que es hoy la Rusia soviética. Es visible la declinación de la estrella roja, emblema satánico; alumbray, de nuevo, la estrella cándida que guió los pasos de los Reyes de Oriente, y se acerca el día en que, de extremo a extremo de este desventurado país, resuene glorioso y triunfal el himno pacífico y conmovedor:

GLORIA IN EXCELSIS DEO ET IN TERRA PAX HOMINIBUS BONAE VOLUNTATIS. AMÉN.

PARTE TERCERA

Quién ejerce el poder en el país de los Soviets
nombrados por elección. Cómo lo ejercen.

El terror

CAPITULO IX

¿QUIÉN MANDA EN RUSIA?

El poder soviético se atreve a sostener que procede de la elección popular.

La verdad, sin embargo, es esta otra: ni procede de la elección, ni es popular. ¿Cómo va a ser popular un poder que prohíbe al pueblo la manifestación de su verdadero pensamiento político, comenzando por negarle el uso de la palabra?

En el país de los Soviets no hay libertad de prensa. Esto parecerá extraño a quienquiera que, al llegar a la U. R. S. S., contemple el número extraordinario de diarios y revistas alineados en los diversos puntos de venta.

Pensará, ante todo, que está en un país donde la libertad campa por sus respetos. Pero, examinando de cerca esos papeles, vendrá a la conclusión de que ni uno solo de los impresos deja de ser representante del partido comunista o de un Comité soviético cualquiera.

Prácticamente esto no es sino el monopolio de la prensa periódica en manos del Estado comunista. Claro está que este monopolio no se parece al del tabaco o las cerillas en nuestros países occidentales. Este monopolio de la palabra es infinitamente más grave, porque representa el monopolio absoluto del pensamiento y de la palabra humanos.

Los bolcheviques guardan este monopolio como a las niñas de sus ojos: saben perfectamente que su pérdida señalará el momento de su caída. Imaginad ahora hasta dónde llegará la censura: a extremos ridículos.

La censura actual en la Rusia soviética, la principal, lleva el título de *Glavlit*. Sus ramificaciones en provincias se llaman *Goub lits*, cuando son departamentales, y *Oblits* cuando es para las regiones.

Hace falta autorización gubernativa, no ya para publicar un libro, sino hasta para imprimir los membretes del papel y sobres de vuestro uso postal.

Cuando la sección de la Misión Nansen que yo dirigía había de encargar papel o impresos oficiales, nos veíamos en la precisión de pedir permiso para los membretes al Donoblit, instituido cerca del Comité del Don del partido comunista, y allí, en la prueba del impreso, venía la solemne mención: "Autorizado por el Donoblit", acompañada de un número oficial.

En la Rusia soviética está prohibida la libre emisión del criterio político: más bien se prohíbe tener ninguno, que no sea el del Gobierno. Todo partido político, fuera del comunista, está fuera de la ley, por declaración expresa del Gobierno. El ciudadano no afiliado al comunismo pasa al lote de los "sin partido" simpatizantes con el comunismo. De otro modo se es víctima inmediata de la persecución... o de la eliminación.

Ya conocemos el modo por el cual trata el poder soviético a los que pertenecen o han pertenecido a otros partidos políticos, y sobre todo a los socialistas.

No se limitan a lo sabido, sin embargo, las persecuciones. De un modo regular y sistemático, en vísperas de elecciones o de festividades revolucionarias, suelen pasar a la cárcel por varias semanas, los pocos demócratas y mencheviques que aun no han gozado de ella. No son muchos, porque desde los primeros años de la dominación comunista están casi todos "a la sombra". Cuando se ve en una fábrica que un obrero, con su petate al hombro, toma el camino de la Guépéu, puede calcularse, como con el calendario en la mano, la proximidad de alguna fiesta de la revolución o la cercanía de las elecciones. El encarcelamiento de adversarios políticos marca elecciones o días de fiesta en el almanaque de los tiranos.

Lo que sean las elecciones lo hemos visto en el capítulo III. Los mismos comunistas han acabado por desentenderse de ellas, y las convierten, a menudo, en algo ridículo.

Por mi cargo tuve que relacionarme frecuentemente con el secretario del Comité ejecutivo del Soviet del Don, camarada Vi-mikov, que fué luego, en el propio Comité, jefe del departamento de "Garantía Social".

Fuile a ver cierto día para asuntos del servicio, y supe por él mismo que abandonaba Rostov. "¿Dónde vas, camarada?", le pregunté. Y obtuve esta significativa respuesta: "He sido *nom-*

brado presidente de un Comité ejecutivo en Siberia. No tengo más remedio que partir”.

La Constitución soviética establece, sin embargo, que “el pueblo elige sus representantes en el Soviet. Estos, a su vez, elegirán de su seno los Comités ejecutivos, los cuales eligen a sus presidentes”.

De todos esos grados de sufragio he ahí lo que queda: un nombramiento. Las elecciones no son sino una farsa decorativa en el papel.

Así he visto nombrar, quiero decir, por ese procedimiento, al camarada Ziavkine—ex jefe de la Guépéu del Don—presidente del Comité ejecutivo de la ciudad de Taganrog. El presidente del Comité ejecutivo en Rostov fué trasladado al Volga, y de Rostov pasó a Siberia Vimikov, donde llegó sin que nadie tuviera de él la menor noticia ni él de su feudo, como es natural.

Es ridículo suponer que puede probarse con esfuerzo lo que ya sabe todo el mundo, a saber: no hay ni ha habido en Rusia, desde que hay allí Soviets, elecciones de ninguna clase.

El poder soviético, por tanto, lo es todo, excepto obrero, campesino ni popular.

No hay en Rusia semejante dictadura del proletariado. Los bolcheviques usan de esta etiqueta como de una máscara que oculta la injusticia fundamental en que se apoyan. Lo que ellos ejercen es una dictadura *sobre* el proletariado. Por lo menos así lo entienden los obreros y los campesinos rusos.

No hay que soñar en ocupar cargo alguno si no se es comunista. En manos comunistas están todos los órganos del Gobierno.

Veamos cuál sea la fuerza numérica de este partido.

La estadística oficial del Comité central del partido comunista panruso declara que en 1 de enero de 1927 el número de miembros del partido comunista se elevaba a 733.174 por 150 millones de ciudadanos. Es decir, algo como el 0,5 por 100. Esta minoría ha usurpado el poder y lo conserva por el terror, ya franco, ya hipócrita, imponiendo su sanguinaria voluntad a toda la Rusia.

Veamos, asimismo, cómo está integrado este medio por ciento que constituye el partido comunista ruso.

He procurado averiguarlo por medio de conversaciones mantenidas con varios comunistas rusos, informándome de sus opiniones, que francamente me exponían por antigua amistad, que procedía de tiempos anteriores a su ingreso en el comunismo.

Ante todo me impresionó un hecho: el de que en esa masa comunista *no he encontrado un sólo adepto convencido por la ideología del comunismo*. Ni aun los que creían estarlo, se desengañaban rápidamente y lo manifestaban sin rebozo. Los más honrados rompían sus amarras; pero otros, aunque burlándose de los principios comunistas, se aprovechan, callando, de las ventajas materiales que les proporciona su adhesión.

La inmensa mayoría de los comunistas (cerca del 75 por 100) está compuesta de vividores, o de gentes que se hacen o siguen siendo comunistas, para "poder vivir". Para lograr trabajo, un jornal seguro...

En eso estriba la diferencia fundamental entre el comunista ruso y el de fuera. Este no conoce aún, por su personal experiencia, el abismo que media entre la teoría y la práctica de la realización comunista. Estoy hablando, no de los *leaders*, no de los jefes y conductores. Estos últimos *conocen perfectamente la verdad*. Lo que ocurre es que prefieren guardar silencio y seguir embolsando el oro de los Soviets.

Otro grupo de comunistas comprende lo que podríamos llamar los carreristas de la revolución.

Rakovsky, tan conocido en Francia, es el tipo perfecto de esta categoría. De origen búlgaro, tiene ahora cincuenta y tres o cincuenta y cuatro años: es hijo de padres que han tenido la nacionalidad turca, y que en 1881 emigraron a la provincia de Dobroudja, que después de la guerra ruso-turca del 1876-77 pasó a poder de Rumania. La familia se estableció en el país y llegó a poseer algunos bienes. Rakovsky fué estudiante en varios centros alemanes, suizos, franceses... singularmente en Nancy y en Montpellier, donde recibió la investidura de Doctor.

Por entonces se adhirió al movimiento socialista internacional, fué colaborador del *Vorwaerts*, de Berlín, y en revistas rusas. Más de una vez, por la actividad de su propaganda, fué extraviado de Alemania y de Rusia, como indeseable. Por

cierto, que en esta etapa de su vida solicitó la nacionalidad francesa, que le fué negada.

Rakovsky perdió a su padre en 1900, heredando de él propiedades en Rumania por valor de unos 200.000 francos. Volvió, pues, a Rumania y se convirtió en un fanático patriota rumano. Figuró en la administración local y fué capitán de la reserva en el ejército rumano, utilizando su situación para realizar una propaganda antimilitarista encarnizada. En 1907 publicó artículos de ese carácter en *L'Humanité*, de París. Una investigación, a que creyó deber proceder el Gobierno rumano, atestiguó que Rakovsky era extranjero y jamás había sido súbdito de Rumania.

Durante su permanencia en este país contribuyó a la fundación del semanario *La Rumania Obrera* y del partido *socialista-democrático*, del cual fué elegido presidente del Comité ejecutivo. Sufrió la degradación y fué expulsado de Rumania (1).

En 1912 obtuvo autorización para volver, y se afilió al movimiento político que ondeaba la bandera de la petición a Rusia de la Besarabia. Atacó violentamente a los hombres de Estado que en 1878 consintieron su anexión a Rusia. Combatió asimismo al gobierno rumano por no haber hecho luego gestión alguna para recobrarla.

“En vano—escribía una vez—ensayaréis a disculparos; la anexión de la Besarabia a Rusia es un acto de los más viles de vuestra oligarquía”.

Al presente, Rakovsky, representante bolchevique, realiza una campaña no menos ardorosa contra Rumania a propósito del mismo asunto de la Besarabia.

Como un verdadero aventurero, que no otra cosa es, Rakovsky no labora sino en su propio provecho, en esta y en cuantas cuestiones interviene. Hoy propugna el bolchevismo: mañana lo combatirá.

Su fingido patriotismo rumano estaba íntimamente ligado a la agitación internacional que en 1912 sostenía y alimentaba el Estado Mayor alemán.

Desde 1914 Rakovsky fué el hombre de cofianza de Blemann y uno de sus agentes más activos. En consecuencia,

(1) Estos datos han sido facilitados por el revolucionario ruso Vladimir Bourtev, que editó, después de la guerra, un diario titulado *La Causa Común*.

nuestro hombre emprendió una campaña de prensa encarnizada contra Rusia y contra los aliados.

Las manifestaciones menudeaban, así en Bucarest como en provincias. La chusma asaltó la redacción de los diarios rusófilos. Desde el comienzo de la guerra el *chauvinista* alemán, Sekendum, social-demócrata, llegó de Alemania a Rumania para entregar a Rakovsky un anticipo de 30.000 marcos oro, destinados a transformar en diario, con el título de *La Lucha*, el semanario *Rumania Obrera*.

Siguió a esto una acción intensiva del periódico, alimentada generosamente con dinero alemán, que retardó bastante tiempo la entrada de Rumania en el bando aliado. Señalóse por entonces un movimiento de deserción antipatriótica, que, más tarde, perjudicó mucho al país cuando Rumania se decidió a declarar la guerra a Alemania.

Los alemanes se sirvieron de Rakovsky—a quien acompañaba Parvus—para realizar una propaganda pacifista en Italia, en Bulgaria, en Turquía. Cuando, al volver de Italia, entraba en Rumania, fué detenido en Jassy y encarcelado, siendo puesto en libertad en 1917, después de la revolución rusa, por algunos desertores moscovitas, que abandonaron Rumania y llevaron consigo a Rakovsky.

Una vez en Rusia, Rakovsky se unió a los bolcheviques, de los cuales fué uno de los principales agentes, antes de que se apoderasen del gobierno. Actuó como fiel lugarteniente de Dzerjunsky y de Lenin en Odesa, en Kiev y en Khakov. En calidad (!) de verdugo rojo ejecutó a cuantos no se mostraban cordialmente bolcheviques: llegó a ser un verdadero sátrapa cruel y sanguinario. Las cárceles y los tribunales comunistas escriben bajo su nefanda dirección las más espantosas páginas de la historia del bolchevismo.

El que fué su verdugo ha pasado a ser diplomático. Será verdugo mañana.

En Odesa persiguió sin cuartel—no olvidemos su etapa de patriotismo rumano—a los rumanos partidarios de los aliados. Centenares de parlamentarios y funcionarios rumanos fueron enviados por él a poblar los calabozos bolcheviques de Odesa. No se vieron libres de esta persecución ni los miembros de la Legación de Rumania en Petrogrado. Buen testigo de ello es M. Diamanchi, ministro de Rumania en París, que fué detenido personalmente por entonces.

Los tribunales militares de Rumania han condenado a muerte (31 de marzo de 1921) a Rakovsky, traidor contumaz. En Bucarest fué, por segunda vez, condenado por haber cooperado, con agentes bolcheviques, a actos terroristas y a un atentado contra el Senado rumano.

Esta es la figura exacta, con todos sus perfiles conocidos, del ex embajador soviético de la U. R. S. S. en Francia.

Allá va otro retrato. Esta silueta corresponde al comunista Bachmatov, jefe de administración en el Cáucaso del Norte.

Es un simple aserrador empleado en los depósitos del ferrocarril de Wladicáucaso en la estación *Mineralnye Wody* (*Aguas Minerales*). Hoy se ha convertido en un gran señor "proletario".

Necesitando yo unos datos del Comité ejecutivo de la Región del Cáucaso del Norte, me trasladé cierto día a la oficina de este camarada. Serían las once de la mañana. Se me contestó que el informe que yo deseaba estaba redactado y a falta, tan sólo, de la firma de Bachmatov, el cual, según afirmación de la secretaria, no tardaría en presentarse. "Está aún acostado; pero toma ya su chocolate y tardará poco".

Muchas docenas de reclamantes y peticionarios obreros esperaban a Bachmatov, a quien estaba rigurosamente prohibido avisar por teléfono por muy considerable que fuese el número de obreros que le aguardase, salvo el caso de que acudiese a la oficina algún extranjero o visitante de consideración.

En el partido comunista hay un tercer grupo de individuos: criminales y sentenciados del antiguo régimen, que han buscado en el nuevo su libertad y facilidades para la expansión de sus instintos malhechores.

Este grupo es el más directamente enlazado con el Gobierno soviético, y el lector lo va a ver con toda claridad en las siguientes anécdotas, una recogida en un medio aldeano, otra en plena urbe:

El presidente del Comité ejecutivo de la Stanitza Novolouschkovskaia—en la región Kouban-Mar Negro—era el comunista Oubiykone, cuatrero (ladrón de caballos) profesional, conocidísimo en toda la comarca y criminal condenado antes de la revolución, a trabajos forzados, por violación de su propia hermana, infeliz criatura de doce años. Su antecesor en el cargo, el camarada Passetschiy, cómplice suyo en la cuadrilla de ladrones de caballos que, en 1911, pudo escapar, mila-

grosamente, al linchamiento a que sus convecinos y víctimas querían infligirle, como a seis de los ocho miembros de la banda, en la plaza de la Iglesia, en la Stanitza mencionada.

Passetschiy logró, como he dicho, escapar. Oubiykone purgaba su terrible incesto en Siberia.

El comunista Ozersky, miembro del Comité ejecutivo y administrador de la Sección de Alimentación, era, también, un ladrón de marca y no menos famoso. Su especialidad había sido la sustracción de cereales, mediante el agujereamiento de los vagones en que se remitía el grano a los depósitos comunales. Sorprendido, fué sometido a proceso; pero el atestado se perdía siempre, y Ozersky continuaba sus fechorías. Un día, sin embargo, se vió condenado a seis meses de cárcel y el Consejo le borró del censo de sus habitantes.

Más tarde el régimen soviético le amparó y le puso al frente de la administración del trigo comunal..., a él, ¡que lo había robado tantas veces!

El comunista Pikalov, que era, a la vez, comisario militar y jefe del Comité ejecutivo en la Stanitza, tenía sobre su historia seis años de trabajos forzados por haber robado un Banco en Ekaterinodar, con escalo y asesinato.

Otro tal: el comunista Komov, que estaba al frente de la instrucción pública ("sic"). Ex presidiario libertado, como tantos otros, por los bolcheviques. Este había sido condenado por homicidio del procurador de la ciudad de Longansk, en el departamento de Ekaterinoslav.

No podemos añadir a estos hechos sino que el resto de los componentes del Comité ejecutivo eran dignos colegas de los aquí registrados.

Pasemos, pues, al otro ejemplo, recogido en población tan importante como Rostov-sur-le-Don.

Presidía aquí el Comité ejecutivo el comunista Patrikeev. Era forastero, y me vi precisado a procurarme sus antecedentes, cuando los bolcheviques ordenaron mi detención y mi encarcelamiento.

Empezaremos por su adjunto, el comunista Tcherepatkine. Antes de 1905 figuraba entre los empleados en los talleres del ferrocarril de Wladicáucaso. En estos talleres empezaron a observarse desapariciones frecuentes de metales, en partidas importantes. Esto dió lugar a pesquisas y registros entre los obreros, quienes, al cabo, decidieron realizar una in-

vestigación, que dió por resultado sorprender al "honorable" Tcherepatkine en flagrante delito de robo. Se le propuso, para evitar el escándalo, que abandonase voluntariamente el taller.

No tardó mucho en lograr la reposición, como limpiador de vagones de primera, y de ese destino salió para realizar una limpieza harto minuciosa. Se llevaba los grifos de cobre, los espejos, el material de todo género. Esta vez visitó el presidio por un año y nueve meses.

El comunista Koskkintzev, miembro del Comité ejecutivo y jefe a la par de la sección administrativa, había cumplido condena por robo de piezas de la conducción de aguas en Novotcherkasok.

El comunista Hondonnikof, muy conocido en la Rusia del Sur como ladrón reincidente. Cuando el ejército rojo ocupó Rostov, su primer cuidado fué, a la cabeza de otros bandidos de su laya, asaltar la prefectura de policía y quemar expedientes y fichas individuales, filiaciones, etc... Hoy es—y, como se ve, con méritos excepcionales—jefe de investigación criminal.

Y así sucesivamente... hasta el infinito, a lo largo y a lo ancho de todo el territorio soviético.

Hasta aquí los componentes del partido comunista ruso, así en la cantidad como en la calidad. Hablemos ahora de la organización.

El partido comunista en Rusia soviética está organizado de este modo.

En su base están las células comunistas, sometidas a los Comités de distrito (los Oukomy) del partido.

Estos últimos están, por su parte, dirigidos por los Comités departamentales y regionales del partido comunista (los Goubkomy y los Kraykomy) presididos por delegados del Comité Central del partido comunista.

El Comité Central tiene sobre sí a la Oficina Política del partido comunista (el Politbureau), compuesto de seis miembros. Este Politbureau es el alma directora de todo, en realidad.

Le integran hoy las siguientes personas:

Un secretario general-jefe del Politbureau: Staline.

Cinco vocales: Rykov, Rondzonthk, Ordjanikielze, Boukarive y Tomsy.

El verdadero apellido de Staline es Djougaschvili: es de

Georgia. Como secretario general ejerce, de hecho, el poder dictatorial.

Lo que solemos llamar "Gobierno soviético", que comprende el Consejo de los Comisarios del pueblo y el Comité central ejecutivo, llamado Tzik, no son otra cosa que etiquetas de que los bolcheviques se valen para hacer creer a las naciones extranjeras, harto cándidas, que son algo más que verdaderos fantoches entre las manos del Politbureau.

¿Pruebas?...

Alexis Lounatcharsky, que está al frente del Comisariado de Instrucción pública, carece en absoluto del derecho de iniciativa. Debe limitarse a cumplir lo que le ordene el camarada Systzov, jefe de la sección de Instrucción Pública en el Comité central del partido comunista. Oficialmente, el ministro de Instrucción Pública es Soutvatcharsky, con su buena placa en el número 6 del boulevard Sretemnsky: "Narkompross". Pero el ejercicio del poder en este ramo lo monopoliza Systzov, que tiene su despacho en el número 4 de la Stavaia Ploschade.

Hay un hecho que no sólo me es conocido, sino que puede decirse que ha acontecido a mi vista, y que demostrará al lector hasta qué punto el pseudo-gobierno de la U. R. S. S. es tan sólo la fachada del Politbureau: el camarada Kalinine, uno de los presidentes del Comité central ejecutivo, goza del derecho de la gracia de indulto, según la Constitución soviética. Mas, en realidad, no puede ejercerlo, según vamos a ver.

Kalinine visitó, con carácter absolutamente oficial, el Cáucaso del Norte. Estuvo en Novotcherkan y en Rostov. Ya que se sintiera más independiente por verse lejos del centro, ya que el estímulo del *vodka* le animase, lo cierto es que creyó del caso indultar a ciertos condenados, huéspedes de los calabozos soviéticos en ambas poblaciones. La Kraykom—Comité regional del partido comunista en Rostov—informó telegráficamente al Comité central, pudo sorprender estas palabras en el despacho:

"¿Qué hacemos?... ¿Debemos arrestarle?... Esto parecería, acaso, un poco brutal. Y, sin embargo, no podemos dejar de intervenir. Deseamos instrucciones".

Aquella misma noche llegó la respuesta. El texto lo desconozco; pero Kalinine interrumpió bruscamente su viaje presidencial y regresó a toda prisa a Moscú.

No hay que decir que los indultados volvieron a sus calabozos. Kalinine recibió en la capital una severa admonición: se le arrestó en su domicilio, so pretexto de prepararse para la próxima sesión del Comité central ejecutivo.

Viendo que tales personajes de la organización poseen, únicamente, una sombra de poder, fácil será imaginar el que les toque a los múltiples comunistas: ninguno.

El comunista "medio" no tiene voz en cabildo sino cuando se trata de materias locales.

Se le guardan ciertas consideraciones y le otorgan algunos mínimos privilegios. A cambio de ellos, acepta su papel de gendarme de la revolución, y a representar en provincias la fuerza merced a la cual el Politbureau tiraniza, con supremo poder, el territorio íntegro de la Rusia soviética. Este comunista no puede opinar: se le exige sumisión ciega a las órdenes del Politbureau.

Las corrientes contradictorias en el partido comunista son discusiones íntimas en la cima de la organización: la gran masa del partido, por ejemplo, si tiene simpatías por Trotsky, vota en contra suya, porque así se lo manda el omnipotente Politbureau.

Ahora bien: *el Politbureau es omnipotente porque descansa en la Guépéu.*

Un miembro del partido comunista teme a la Guépéu mucho más que un simple ciudadano de la U. R. S. S. porque sabe mejor que éste cuál es la fuerza efectiva de la Guépéu y lo que cualquier recalitrante puede temer de él. Así me lo aseguran todos los comunistas que conozco.

Domina en Rusia, por tanto, un grupo no muy numeroso de hombres. La mayor parte de ellos no son rusos, sino extranjeros, verdaderos bandidos internacionales, especialistas en revoluciones. Supieron apoderarse demagógicamente del poder, y desde él, esta cuadrilla de truhanes dicta la ley al pueblo ruso, que gime—campesinos, obreros, intelectuales—bajo ese yugo tiránico.

Admíranse algunos en Europa de que el pueblo no se revuelva airado, para librarse de esa tiranía; pero la hora de esa reacción sonará, quizás, más pronto de lo que se supone.

Los países europeos pueden acelerar la llegada de ese instante rompiendo sus relaciones diplomáticas y comerciales con el poder sanguinario de los Soviets.

Conviene tomar en consideración la inmensidad del territorio ruso, las dificultades que ofrece la organización de masas y el temor, hasta ahora desconocido, que ejercen los Soviets.

Pero el odio crece, se fortifica y acabará por unir a las muchedumbres.

Existen ya núcleos importantes para combatir el comunismo.

Las olas de la indignación pública ruedan amenazadoras ya. Los bolcheviques, que se dan cuenta perfecta del odio, de la repulsión general que inspiran, procuran retener el poder intensificando el terror. Una palabra imprudente, una relación poco meditada, cualquier correspondencia irreflexiva, trae consigo la muerte.

Es el fusilamiento, la prisión, la tiranización, la deportación a Siberia y a las islas Solovetzky, más allá del círculo polar...

El terror comunista, del que nadie se libra, es espantoso: procuraré su descripción en los capítulos inmediatos.

CAPITULO X

O. G. P. U. LETRAS SINÓNIMAS DE ESPANTO EN LA U. R. S. S. (1)

En ningún país del mundo constituye el departamento de policía política un ministerio independiente. De ordinario funciona como una sección del Ministerio del Interior. En la U. R. S. S., en cambio, constituye un Ministerio (comisariado) que, por cierto, es el más importante de todos.

Este órgano policiaco de la Dirección política unificada del Estado, sirve, sobre todo, para evidenciar a los ojos del mundo que sólo por el terror se sostiene el poder soviético y que la masa popular le odia profundamente.

Cuando fueron conocidos los degollamientos en masa a que se entregaba la Checa (comisión extraordinaria) los bolcheviques comprendieron, por el movimiento universal de repulsión, que el obstáculo principal para el reconocimiento *de jure* del Gobierno de Rusia era precisamente la existencia de la Checa misma. Fingieron entonces la reforma de esta institución. Pero suprimir el órgano era tanto como decretar su propia supresión, es decir, la caída del poder soviético en Rusia, del que la Checa era el cimiento.

Se optó por seguir el procedimiento que suelen emplear los comerciantes quebrados de mala fe: cambiar la razón social. De este modo la Checa se transformó en O. G. P. O. U., que conserva las mismas facultades, idénticos colaboradores, análogos medios de suprimir a las personas por fusilamiento o encarcelamiento en los mismos calabozos o *in pace*.

En cambio la denominación no alcanzó al Cáucaso (Georgia, Armenia y Azerbeidjan), donde subsistió el nombre de

(1) O. G. P. U., quiere decir: Obyédinennóé Gossoudarstvennoé Polititcheskoyé Oupravléníé (Dirección política unificada del Estado).

Checa. La única diferencia entre uno y otro está en que la Guépéu suprime a sus víctimas discretamente, sin ruido; la Checa, en cambio, anuncia y realiza sus sacrificios con amplia franqueza. Cuando fué asesinado el representante soviético en Varsovia, los Soviets publicaron universalmente que habían fusilado veinte inocentes, en represalias.

Excepcionalmente, y advirtiéndole que el pueblo ruso daba muestras de impaciencia, estimulado por la ruptura anglosoviética y por la supresión del regicida Voykov, decidieron dar publicidad a la medida terrorista de esos veinte fusilamientos.

El terror latente, clandestino, es de todas las horas en la Rusia soviética.

Tratándose de la libertad o de la seguridad personal nadie está tranquilo en Rusia, ni sabe lo que podrá acontecerle mañana.

La vida humana allí carece de importancia: no se le guarda la menor consideración. Lo sé perfectamente, porque desde mi calabozo he visto marchar al suplicio a centenares de víctimas, cuando Europa estaba en la creencia de que los asesinatos y el terror habían terminado.

Es inexplicable la ilusión, en que algunos viven, de que los bolcheviques se van civilizando y amansando.

En el capítulo siguiente me ocuparé de las penas que inflige la Guépéu; daré cuenta de la manera de organizar los fusilamientos en masa; en éste me limitaré a describir la estrecha vigilancia que ese organismo ejerce sobre los habitantes del país y se verá el poder formidable que delega en la Guépéu el Politbureau del partido comunista ruso.

La sección de informaciones de la Guépéu (Infag) tiene, entre otros, el cargo de violar la correspondencia. No hay carta que evite la intervención del gabinete negro. Me consta.

La Misión Nansen, cuando llegó el momento de liquidar, no se servía de su propio correo para el transporte de su correspondencia. Llegó a mí un pliego dirigido a M. Simonet, representante de la Misión en Novorossiysk, donde estaba encargado de los asuntos de repatriación de los emigrados rusos.

La víspera de la llegada de esta carta M. Simonet había partido para Moscú. Se envió el pliego con un volante mío en otro sobre, creyendo que llegaría a tiempo de encontrarle en la capital. Pero aquel mismo día me fué devuelta la carta, fuera del sobre y franqueada con un sello suplementario.

Uno de los sobres, con mi volante, fué a Moscú. Y, en cambio, como va dicho, la carta para Simonet me fué devuelta.

Como es lógico hice comparecer al representante soviético que se había agregado a mi persona y protesté oficialmente contra la violación, que, hasta entonces, no se sospechaba que alcanzara a toda clase de correspondencia.

El representante soviético se mostró confuso y ofreció el castigo de los culpables. Telefoné en mi presencia al *boureau* central de correos y previno al jefe de que se personaría en su despacho para proceder a una investigación.

En aquel momento fué requerido con urgencia para otro asunto, y me abandonó prometiendo volver en seguida.

Pensándolo bien, y conociendo a aquella gentuza, resolví presentarme solo en Correos.

No hice sino abrir la boca cuando el empleado, tomándome por el representante soviético que acababa de telefonarle, comenzó por confesar la equivocación sufrida y me pidió consejo para quedar bien "con el representante de la Misión Nansen", es decir, conmigo mismo. Sin darme tiempo a más, me arrastró consigo al gabinete negro, para buscar al responsable.

Se me ofrecía, pues, una ocasión única de confirmar mis sospechas. Le seguí en silencio...

Los gabinetes negros ocupaban varias salas del ala derecha en el edificio de Correos. En numerosas mesas *trabajaban* más de 400 empleados, provistos de aparatos especiales para averiguar el contenido de los sobres ya por transparencia, ya despegando los sobres. La manipulación era de este modo: el empleado colocaba la carta sobre un chorro de vapor, logrando abrirla con precisión y con limpieza. Examinaba el pliego por transparencia y al reflejo de una luz. Si no había síntoma de escritura secreta, y leída la carta, la copiaba o fotografiaba, o bien la encerraba de nuevo en su sobre de origen, que era convenientemente pegado. De un cesto, donde se reunían las examinadas, salían todas para la distribución.

Esto es lo que pude observar al paso. Las cartas de o para los representantes extranjeros son violadas en un despacho especial y con exquisito esmero. Cuando entré en él, siguiendo al funcionario que me acompañaba, quedé sorprendido a la vista de unos aparatos extraños, y que consistían en una combinación de una aguja larga acoplada a otros aparatos foto-

gráficos u ópticos. El funcionario me explicó que estas eran a modo de sondas para intervenir las cartas cuyos sobres, por una u otra razón, no podían abrirse.

Se explica que durante la gran guerra se agudizara el ingenio para estos menesteres técnicos del espionaje; pero yo no podía sospechar que existiese una organización científica para este género de trabajo en los gabinetes negros de la Guépéu.

Al cabo pareció el empleado autor de la violación de mi correspondencia: era un funcionario que trabajaba en otro equipo y que en aquel momento se hallaba ausente.

Por este motivo averigüé que el trabajo de violación postal dura veinticuatro horas seguidas y que hay tres equipos para el relevo.

Cuando, después, he pasado junto al edificio, al ver perpetuamente iluminadas las ventanas correspondientes al gabinete negro, he pensado en aquellos infelices condenados a semejante labor.

Afligido de no haber podido amonestar en mi presencia al empleado, el jefe de correos—que seguía en la creencia de que yo era el representante soviético—me acompañó hasta su despacho. Y fué allí donde tuve que decirle que era yo, precisamente, el representante de la Misión Nansen. El desventurado estuvo a punto de sufrir un ataque de apoplejía. Me apresuré a tranquilizarle asegurándole que no insistiría en la investigación, que estaba plenamente satisfecho y que me limitaba a rogar, que si yo enviaba la famosa carta a Moscú, que no me la devolviesen.

Me guardé de añadir que la Misión Nansen estaba ya en liquidación y que muy pronto debía abandonar el territorio de la U. R. S. S. Cuando me despedí, aquel hombre estaba de tal modo abatido que me vi en la precisión de acompañarle.

Véase cómo es cierto que la Guépéu, temerosa siempre de una conspiración, hace abrir todas las cartas, con lo cual adquiere datos para reforzar la vigilancia cerca de los sospechosos.

Esta violación de la correspondencia no es, sin embargo, sino un medio auxiliar. La Guépéu tiene a mano un sistema más eficaz, que es el empleo, por la sección del Infag, de los colaboradores secretos y los provocadores. Estos son los ver-

daderos ojos ocultos de la Guépéu, que llevan la denominación abreviada de *seksot*.

Son muy numerosos en la Rusia soviética; millones, acaso. La misma Guépéu calcula que de cada grupo de trece habitantes, hay un agente secreto, un *seksot*, fichado por la sección central del registro de la Guépéu.

¿Cómo son reclutados estos agentes?

Por de pronto, cada comunista, cada soldado del ejército, cada adolescente que pertenezca a las Juventudes comunistas (los *komsomoltzi*) es, automáticamente, un *seksot*. La Guépéu procura también reclutar otros agentes entre los prisioneros que tiene ya sentenciados a muerte: se les ofrece el indulto a cambio de que firmen el contrato que les liga como espías, traicionando a sus conciudadanos en beneficio de la Guépéu. De este grupo forman parte muchos emigrados rusos vueltos a su patria, sobre todo los que procedían del ejército. Aquellos que resisten esta presión son fusilados o deportados.

Hay también entre los *seksot* un grupo compuesto de niños abandonados y criminales comunes, que compran así la impunidad.

Por último no son pocos los obreros o empleados a quienes se fuerza a aceptar el odioso papel a fuerza de amenazas o con la promesa de remuneraciones. Cada vecindario o edificio, cada fábrica, oficio, institución o establecimiento, tiene, al menos, un *seksot*. Los hay, asimismo, entre los dependientes de las cervecerías, camareros de café o restaurantes, y aun entre los cocheros de alquiler.

Los agentes del espionaje oficial deben informar no sólo entre simples ciudadanos, sino también de la conducta de los comunistas que ocupan situaciones o cargos *responsables*.

La mirada de la Guépéu atraviesa, pues, todas las instituciones y organismos soviéticos. Los mismos comisarios del pueblo, como los representantes soviéticos en el extranjero, son objeto de vigilancia especial. M. Youréniev, por ejemplo, ex embajador del Soviet en Roma, había sido muy particularmente "observado" por el *seksot* de la Guépéu, camarada Katz. Conviene no confundir un *seksot* con un agente corriente de la Guépéu. Son cosas muy distintas.

Gracias a esta espesa red de espionaje puede la Guépéu disponer de datos sobre cuanto se dice y se hace en la U. R. S. S.

No se podría, sin embargo, afirmar que los agentes directos de la Guépéu sean muy afortunados en sus espionajes cuando tropiezan, sobre todo, con algunos núcleos de conspiración antisoviética bien organizados.

Cuando, merced a una correspondencia interceptada o gracias a la intervención de un *seksot*, recae una sospecha en determinada persona, se le abre un expediente personal y se le inscribe en cierta lista alfabética... Guárdanse las copias de todas sus cartas, así como los informes que los *seksots* facilitan, ya de su vida privada, ya de sus andanzas públicas u oficiales.

Si las sospechas van precisándose y el expediente crece, se intensifica la vigilancia y se procede a una investigación a fondo. El resultado suele ser la prisión, la deportación, la muerte.

Durante mi arresto en la administración central de la Guépéu (en la casa número 2 de la Loubianka) presencié la manera de que dos chequistas importantes se valieron para realizar "una operación", lo cual, en el argot chequista, quiere decir proceder a investigaciones o arrestos.

Ante todo, se hicieron traer la lista alfabética, para procurarse en ella los primeros datos.

Los simples agentes de la Guépéu ejercen su espionaje muy torpemente. El lector va a juzgarlo por sí mismo.

Los extranjeros son particularmente vigilados en la U. R. S. S. Cada uno tiene un expediente personal en la Guépéu. Allí están sus cartas más íntimas, noticias de sus conversaciones, de sus viajes, la lista de sus conocimientos. A los extranjeros, como suele decirse, no se les quita ojo. Yo no escapé a esta regla general e inflexible: me vigilaron estrecha, continua, obstinadamente.

Recuerdo que cierto día una judía de cierta edad se presentó en la oficina de la Misión Nansen, mostrando el propósito de hablar con el director del establecimiento. Se la condujo a mis despacho. Cuando, después de una ojeada circular y temerosa, pudo convencerse de que nadie podía oírla, me formuló la petición siguiente:

—Señor apoderado—dijo—, soy la viuda de un coronel fusilado por los bolcheviques. Estoy poco menos que en la miseria. Hace algunos días me tortura el hambre. Sálveme usted. Acépteme para cualquiera empleo en esta oficina.

Mi primera idea fué la de que tenía frente a mí una espía. Le respondí con una negativa cortés, añadiendo que daría en el acto la orden para que fuera socorrida. A lo que replicó:

—Es que yo trabajaría incluso gratuitamente aquí...

Esta respuesta acabó de convencerme, y entonces exclamé:

—Conozco lo bastante la Rusia antigua y estoy cierto de que trata de engañarme. Un oficial del ejército no hubiera recibido jamás permiso para contraer matrimonio con una israelita. Te aconsejo que digas, de mi parte, a tus jefes, que, para otra vez, me envíen a quien sea un poco más inteligente que tú.

Enrojeció la hebrea, púsose en pie, y antes de abandonar el despacho intentó alguna excusa:

—Por lo visto cree usted que soy alguna espía de la Guépéu. Lo he sido en Taschkent; aquí, no.

Tras de esto, desapareció como una exhalación.

Pocos días después de este incidente vino a la oficina un sujeto, a quien vi desde mi despacho; preguntó:

—¿Podrían ustedes informarme de los propósitos generales que guían a la Misión Nansen?

No di tiempo para la respuesta de mi empleado, y di orden de que entrara hasta mí el desconocido. Era un joven distinguido, elegante, vestido a la última, con corbata, guantes, un sombrero flexible de buena calidad y una caña fina con puño de oro macizo.

Yo estaba asombrado. Yo no podía creer que en la Rusia que yo conocía pudiese andar por las calles un hombre así ataviado sin acabar su paseo en la Guépéu, por sospechoso. En Rusia no calzan guantes sino los extranjeros. No siéndolo tiene que explicar en el acto las razones de esta elegancia anticomunista.

Le pregunté el objeto de su visita. Contestó repitiendo en tono doliente su primera interrogación. Le miré de hito en hito y acabé por decirle:

—Eso pregúnteselo a sus jefes, que tienen la obligación de saberlo.

Se levantó, giró sobre sus talones y desapareció. Mandé que le siguieran, y el que lo hizo volvió a poco, diciendo:

—Acaba de entrar en el 107 de la calle Federico Engels. ¡La casa ocupada por la Guépéu del Don!

No había transcurrido una semana, cuando pude advertir

que yo mismo era objeto de un espionaje decidido. Cierta joven, de veinticinco años, era esta vez la encargada de seguir mis pasos, y cuando, con la ayuda de un amigo mío, pude vencerme del hecho, decidí darle a la infeliz una broma, una tarde en que recorrí casi íntegra la población: adquirí unos emparedados de jamón, y, volviéndome bruscamente, le ofrecí el paquete a la joven, rogándole que lo aceptara, para reponer sus fuerzas después de la terrible caminata a que sus jefes la habían obligado.

El epílogo de estas pequeñas aventuras. El primero de mayo es fiesta oficial en la U. R. S. S. Los representantes extranjeros de las diversas Misiones establecidas en Rusia habíamos sido invitados a la fiesta, que presenciábamos desde una tribuna de honor. Ya hemos visto cómo se disfrazan y fingen estas manifestaciones.

Al acabar el desfile de banderas, corporaciones y organismos oficiales, subió a la tribuna y me fué presentado al camarada Zivskine, jefe de la Guépéu del Don. El representante del Gobierno cerca de las Misiones extranjeras me lo presentó, diciendo:

—Le presento al hombre más terrible de la ciudad de Rostov-sur-le-Don.

Contesté, bromeando, que para mí, en principio, no existían hombres terribles.

El jefe de la Guépéu me miró un poco asombrado y replicó:

—Si no me engaño, estoy hablando con M. Douillet, apoderado de la Misión Nansen.

A lo que opuse:

—Y yo hablo con el camarada Zivskine, jefe de la Guépéu...

—¿Es, pues, usted quien me “desmonta” sucesivamente todos mis enviados?

—¿Y usted quien envía una serie interminable de imbéciles?

Rompió a reír, añadiendo:

—Es verdad; pero no irán más, puesto que usted se ha propuesto mantenerlos a fuerza de jamón.

Los miembros de las Misiones que nos rodeaban rieron de la mejor gana del mundo.

En suma, que la fuerza del servicio informativo de la Guépéu no procede del trabajo de sus agentes ordinarios, sino del

de los secretos (los *seksots*), que se mezclan con la población. Sólo estos agentes provocadores llegan a poner mano en los enemigos del régimen soviético.

Es interesante poner en claro la fuerza que ejerce la Guépéu en la Rusia soviética. Preguntemos: ¿Qué es más fuerte, la Guépéu o la justicia? ¿La Guépéu o el Comité central ejecutivo? ¿La Guépéu o la política extranjera de los Soviets? **Afirmemos ahora: *La Guépéu domina y manda en todo.***

En las prisiones soviéticas he encontrado una serie de personas puestas en libertad por los Tribunales, por falta de pruebas de su culpabilidad, y que fueron devueltas al presidio por la Guépéu, contrariada por el veredicto de inculpabilidad de la justicia.

Un petersburgués, M. S., había sido juzgado en cierto proceso muy resonante en el Tribunal Supremo en la U. R. S. S. El Tribunal se había encontrado con que M. S. había sido juzgado y condenado en lugar de un homónimo suyo. Fué inmediatamente puesto en libertad. En cuanto la Guépéu supo el caso ordenó la detención de M. S. por el mismo asunto, y le condenó a tres años de deportación en el campo de concentración de las islas Solovetzsky.

El Tribunal Supremo fué impotente, como siempre, para hacer resplandecer la justicia y hacer cesar semejante abuso de fuerza.

Otro hecho.

Detenido mi propio hijo en Moscú por la Guépéu, me trasladé a la capital, para informarme de los motivos de su arresto. Visité al Comisariado del pueblo de la Justicia, al procurador de la República, camarada Kataniane, especialmente encargado de los expedientes de Guépéu. Su sustituto, camarada Yakovlev, respondió limpia y brevemente a mi demanda, presentada por escrito:

—Sabemos que su hijo no ha cometido hecho alguno punible, y, sin embargo, no podemos hacer nada por libertarle.

Insistí, como es natural, y entonces se me arguyó perentoriamente:

—Y nos veremos obligados a detener a usted también, si persiste en seguir ocupándose de este asunto.

La justicia soviética es absolutamente impotente; es una parodia en la Rusia soviética.

Y lo mismo ocurre con el Comité central ejecutivo, tan poderoso en todo el país.

En la prisión Boutirky, donde, a consecuencia de lo relatado, fui conducido después, se hallaba Ou..., cierto viejo campesino, oriundo del Cáucaso. Fué detenido, como persona influyente en el país, al advenimiento de los Soviets. En 1925 le alcanzó una amnistía parcial. Ou..., con otros, abandonó la cárcel. Dos semanas más tarde era detenido otra vez. Todas las gestiones de sus parientes fueron inútiles. El Comité central ejecutivo, que había decretado la amnistía, *no tuvo fuerza bastante para imponérsela a la Guépéu.*

La nueva condena del pobre campesino decía: "Sentenciado por la O. G. P. U. a cinco años de deportación en las islas Solovetzky, *por haber sido amnistiado por el Izik*" (Comité central ejecutivo).

He aquí otro ejemplo, de más general alcance. Mientras la Misión Nansen estuvo laborando en Rusia, su titular, el ilustre profesor, encargó de facilitar el regreso de emigrados políticos rusos, amnistiados por el Comité central ejecutivo. Esta medida alcanzaba a los emigrados residentes en países cuyos Gobiernos no habían reconocido *de jure* a los Soviets, y que, por lo tanto, carecían de representación en Rusia.

Los apoderados del doctor Nansen asumían esta representación y recibían las peticiones de emigrantes deseosos de regresar a su patria, y los pasaban, como simples intermediarios, al Comité ejecutivo, que solía contestarlo favorablemente, en mayor o menor número.

En Bulgaria se agrupaban los autorizados para volver a Rusia, y cuando el número era muy elevado se fletaba un barco, para transportarlos a Novorissysk, comunicando antes a este puerto los nombres de los que debían desembarcar. Allí les esperaba un enviado de la Misión Nansen. Yo no quise nunca encargarme de esta operación, aun cuando este puesto forma parte de la región que me estaba encomendada. Conocía demasiado los usos y costumbres y los métodos de gobierno de los Soviets. Pedí, pues, a la Administración central un representante *ad hoc*, y éste fué M. Simonet, de quien hemos hablado en este mismo capítulo. Vino, pues, Simonet a Novorissysk.

En el instante en que el transbordador, con los emigrantes a su bordo, anclaba, procedía Simonet a pasar lista a los

recién llegados, a quienes se preguntaba si tenían alguna reclamación que formular contra el trato recibido en la travesía. Cuando no se presentaba queja ninguna, el representante de los Soviets firmaba un acta, que ponía término a las atribuciones del delegado, pasando los desdichados emigrantes del poder de la Misión a las manos de la autoridad soviética. Quedaban instalados en un campamento provisional, y allí daban comienzo sus dolores.

Cada uno de ellos recibía, para circular libremente, un documento de identidad, expedido por la Guépéu. En el campo de concentración eran víctimas de toda especie de raterías de parte de los guardias rojos. Sus vestidos eran reemplazados por verdaderos guiñapos. Algunos de estos pobres repatriados, quejosos de este trato indigno, eran conducidos a la Guépéu para instruir diligencias. Pero, en realidad, y sin tener para nada en cuenta su condición de amnistiados, eran lisa y llanamente fusilados.

La Guépéu tenía una lista de sospechosos de desafección al régimen, y considerando que era peligroso dejarlos vivir, los suprimía, aunque hubieran firmado una declaración afirmando renunciar a combatir el régimen soviético.

Los que quedaban con vida, después de esta selección, eran enviados, con un salvoconducto, que no servía sino en ruta, al lugar elegido para domicilio, y con orden de presentarse a la Guépéu correspondiente.

Una vez en libertad (!) la Guépéu establecía un espionaje a su alrededor, que alcanzaba a sus amistades y parientes. Se arrestaba a unos y otros. Se instruía expediente. Se enarzaban declaraciones e interrogatorios... En suma: la deportación o el fusilamiento.

Los que lograban llegar a su país natal se presentaban a la Guépéu local, de quien recibían un pasaporte y ante quien firmaban la obligación de comparecer a diario, para firmar en un registro. Les estaba prohibido abandonar la localidad. Al cabo de algún tiempo se les eximía de la obligación de la comparecencia diaria, hasta llegar a dos veces mensuales. Para cambiar de domicilio, de casa queremos decir, habían menester de especial autorización.

Algunos consiguieron poder escribir al extranjero, para hacer saber que *vivían*, que sus penas iban dulcificándose y que

esto debería animar a sus amigos expatriados a seguir su ejemplo.

Una vez que la Guépéu se persuadía de que este o aquel de los repatriados no era utilizable como anzuelo para atraer a Rusia a gentes extrañadas del país, se les ofrecía colaborar en calidad de *seksot*, o agente secreto. Los que rehusaban *honor* tan grande, eran enviados a “meditar” en la deportación por tres, cuatro, cinco y hasta diez años.

Era en abril de 1926 cuando yo estaba preso en Leningrado—entonces Petrogrado—, en la prisión de la calle Spalernaia, número 2, con un tal P..., que había sido soldado en el ejército del general Youdénitch, que volvió a Rusia en 1923. Al cabo de tres años de residencia en su aldea, en el departamento de Pskov, se le llamó a la presencia de la Guépéu. Allí se le dijo que un camarada con quien se había carteadado, y que vivía en el extranjero, acababa de ser repatriado.

—Tu papel, pues, ha terminado. Firme en este papel (la obligación de convertirse en *seksot*). El pobre P... rehusó. Pasó a la cárcel y, poco después, era enviado por cinco años a un campo de concentración.

Soy, pues, testigo presencial del trato que los Soviets infligen a estos amnistiados. En realidad se trata de una emboscada tendida a esos desgraciados, entre cuyas redes quedan, vivos o muertos...

Las amnistías o los indultos del Comité ejecutivo central, no cuentan para nada, si a ellas se opone el tenebroso poder de la Guépéu, a quien pertenece siempre la última palabra.

Téngase por avisado el lector emigrado ruso que sienta el anhelo de volver, a su país. En estas páginas va el eco del dolor, del sufrimiento que conmovía al autor frente a las crueldades a que eran sometidas tantas y tantas crédulas y cándidas criaturas.

Llegaban a mí por cientos las cartas desgarradoras de los parientes de los repatriados, pidiendo para ellos salvación; pero todas mis gestiones en la Guépéu eran baldías. Se me respondía siempre lo mismo: “Se trata de cuestiones políticas y la Misión Nansen ha prometido no mezclarse para nada en asuntos interiores de la República de los Soviets”.

Sepan los emigrados, en una palabra, que en la Rusia soviética les espera el crimen, la injusticia, la cárcel, la muerte. En muy raro caso se librarán de todo eso, a cambio de con-

vertirse en traidores a sus hermanos a las órdenes de la Guépéu.

En favor de mi propio hijo tuve que hacer gestiones, que, por haberse liquidado la Misión Nansen, no pude realizar directamente con el Comisariado de Negocios Extranjeros. Recurrí al embajador francés, M. Herbette, para ayudar a mi hijo, residente en Rusia, de vuelta de Bélgica, porque los Soviets impedían vivir libremente a mi hijo en su territorio.

Chartes, primer secretario de la Embajada francesa, me aconsejó que visitara al comisario de Negocios Extranjeros, el cual, advertido por M. Herbette, había prometido terminar rápidamente el asunto. Me añadió que Litvinov—sustituto de Chicherin, ausente entonces—había encargado del asunto a M. Chagan, jefe de la subsección anglorromana, que me recibiría aquel mismo día. Fuí, pues, a ver a M. Chagan; pero no pude ver sino a su ayudante, la señora Roslavetz, con quien convine en una entrevista posterior, para estudiar el expediente.

En la fecha convenida fuí, en efecto, recibido por M. Chagan. Por él supe que, a pesar de su buen deseo, el Comisariado de Negocios Extranjeros no podía intervenir en el caso de mi hijo, porque el expediente estaba en poder de la Guépéu. Me pareció oportuno recordarle que se trataba de un asunto en que había intervenido la Embajada de Francia, y me respondió textualmente estas palabras:

—Si el embajador Herbette persiste en mezclarse en estos asuntos, no tendremos más remedio que recordarle cuál es aquí su papel...

¿Quién tenía, por tanto, más fuerza, el Comisariado de Negocios Extranjeros o la Guépéu?

Daremos por formulada la respuesta.

Es evidente: la Guépéu hace cuanto se le antoja: su poder es tan arbitrario como ilimitado. El personal de este organismo del crimen está reclutado, naturalmente, en las capas más viles de la sociedad: allí hay cocainómanos, sádicos, criminales; y a estos criminales, ajenos a todo sentimiento de humanidad, se ha entregado el poder despótico y sin barreras que le confiere el Politbureau. Y toda esta organización del crimen no tiene más fin que sostener en Rusia el régimen comunista.

CAPITULO XI

LO QUE HE VISTO, LO QUE HE OÍDO, LO QUE HE VIVIDO EN LOS CALABOZOS DE LA GUÉPÉU

¿Qué acontece tras de los muros impenetrables e inaccesibles de los calabozos de la Guépéu?

Os lo va a referir un hombre que se ha visto en ellos con millares de víctimas que agonizan en su fondo tenebroso: un hombre, víctima él, asimismo, de las infamias de la Guépéu. Yo fui detenido con mi hijo. Durante los siete largos meses de nuestro paso por diversos centros carcelarios de la U. R. S. S. he tenido tiempo para perfilar el conjunto de mi exploración de la vida soviética. He conocido el grado de supremo terror, merced al cual el poder soviético sigue en pie. He podido trabar conocimientos, asimismo, con varias cárceles especiales.

Estuve primero en la cárcel del barrio de la Lubianka, número 2, en Moscú. Forma parte del edificio en que está instalada la Administración central de la Guépéu.

Pasé luego al número 14 de la Lubianka, a un anejo de la prisión anterior, y en seguida se me condujo a la prisión central de la Guépéu en Butyrki, y más tarde a la cárcel de la calle Spalernaia, número 2. De allí fui transportado a la de Pskov, que lleva el nombre de "Casa correccional del Trabajo".

Viví en ella poco tiempo y pasé a la Administración del comandante de la plaza fronteriza de Ostrov, donde recobré la libertad, en condiciones bien poco favorables. Al cabo pude respirar en tierras de Letonia.

Describiré ahora, por orden cronológico, las cárceles en que he ido siendo encerrado, y me propongo hacerlo con el ma-

yor escrúpulo de veracidad. Sabréis cómo son y lo que en ellas acontece.

Inicié mi experiencia penitenciaria en la oficina de recepción de los inscritos en el registro de la cárcel. El empleado de guardia me intimó que me desnudase; durante el registro de mis vestidos y efectos fui objeto de mil preguntas acerca de mi persona, parientes próximos, vivos o muertos.

Mis respuestas iban siendo anotadas cuidadosamente por el funcionario en el atestado.

Uno de los chequistas vaciaba concienzudamente mis bolsillos y buscaba en las costuras de la ropa; otro, en tanto, arrancaba las suelas de mis zapatos, temiendo que fuera aquel el escondrijo de los documentos secretos.

Se me autorizó para vestirme de nuevo; en una mesa, alineados, se veían los objetos de mi propiedad, excepto el pasaporte, fotografía y documentos. Estos no los he vuelto a ver. Así quedó confiscado por la Guépéu mi nombramiento de jefe de la Misión Nansen.

De este prólogo pasamos a la segunda parte. Fui conducido a un departamento que lleva el nombre bien significativo de "perrera". Por la descripción que voy a intentar, juzgaréis si el mote es justo. Alrededor de una habitación poco extensa, se ven camastros de cuerpo de guardia, contituídos por simples tablas, adosados a lo largo del muro, con un paso libre entre ellos de un metro, poco más o menos. Parecen, efectivamente, carritos de perros. En esas tablas, que podrían sostener, cuando más, ocho o diez personas, siéntanse a la turca lo menos treinta. Los que no logran puesto en las tablas se apelonan en el pasillo. En este espacio se guardan, no sólo los últimamente detenidos, sino aquellos a quienes se ha hecho venir a Butyrki para sufrir interrogatorio. Alguno de estos vi, a la salida del despacho del juez instructor, con los ojos espantados y llenos de lágrimas. Se acurrucó no lejos de mí, en un rincón, y pude distinguir claramente los cardenales y las huellas de los golpes con que había sido, sin duda, molido... Poco después cayó desvanecido. Se procuró, empujando a los demás, tenderle en las tablas. Poco antes, al entrar en el despacho del juez, gozaba de perfecta salud: salió en aquel estado lamentable, molido a golpes, aplicados con lienzos mojados y retorcidos. Al volver en sí no exhaló una queja; pero se mordía los labios hasta hacer correr la sangre... Le volví a encontrar en Butyrki. Me lo re-

firió todo: el juez de instrucción, después de azotarle cruelmente, para "desatarle la lengua", le había prohibido quejarse ante sus colegas de calabozo, "pena de ser inmediatamente fusilado".

Estos hechos, pasados algunos meses de cárcel, ya no me llamaban la atención; pero al principio sufría horriblemente. Recuerdo que en el piso primero de la Guépéu, y en la parte destinada a los asuntos de supuesto bandidismo (Bandotdel), los alaridos estridentes de los infelices sometidos a interrogatorio no cesaban un solo instante.

A eso de las ocho de la noche volvieron a sus encierros aquellos a quienes se trajo de Butyrki para ser interrogados. No quedaron en la "perrera" arriba de quince individuos. Pudimos ensancharnos un poco. Pero aún no me había yo instalado, giró de nuevo la puerta sobre sus goznes, apareció en el umbral un empleado que, lista en mano, pronunció ocho nombres, uno de ellos el mío.

—¿Dónde vamos?—pregunté.

—Pronto lo verás.

Algunos chequistas nos arrestaron, empuñando el revólver. Descendimos al patio del establecimiento. Pude advertir que en el ala izquierda de este patio las ventanas estaban defendidas por fuertes celosías de hierro. Esta es la famosa prisión interior, donde estuvo encerrado Boris Sakinkov, del cual se dijo que se había suicidado precipitándose por una de estas enrejadas ventanas... ¡Cándida estupidez la de semejante afirmación! Sakinkov había sido asesinado, y, por las noticias que yo pude reunir, este asesinato guardaba estrecha relación con la muerte inesperada de Narimanov, amigo íntimo de Sakinkov, presidente que fué del Comité central ejecutivo.

En el centro del patio esperaba el cesto de la ensalada: un camión lúgubrementemente pintado de negro. Verlo en la calle ponía carne de gallina: era el carro conductor de los reos de muerte hasta el suplicio.

Se nos "acomodó" en ese carro; cerráronse los cerrojos interiores; subió un centinela. Partimos.

El viaje fué breve. Los cerrojos se corrieron, el centinela descendió, también nosotros y nos encontramos en otro patio. Un nuevo comandante nos sometió allí a operaciones análogas a las que sufrimos a la entrada. Desnudamiento, registro, y, al fin, instalación en las celdas respectivas. En la mía había dieciocho prisioneros, pero catorce camas tan sólo. Yo dormí,

con otros, en el santo suelo. Supe que nos hallábamos en la Lubianka número 14, edificio que fué liceo en el viejo régimen, y se transformó en cárcel en manos bolcheviques.

La duración de mi encierro en esta prisión me proporcionó ocasiones de enterarme a fondo del régimen interior. Entre otras emociones, para mí inéditas, sufrí allí la de ver partir a los presos camino del fusilamiento.

Reina en esta cárcel un silencio de pesadilla: se vive en una atmósfera de absoluta ignorancia de cuanto puede acontecer de un momento a otro.

Estaba prohibido hablar en las celdas. Los prisioneros, cuando más, cambiaban entre sí palabras entre dientes. De cinco en cinco, o de diez en diez minutos, abríase la puerta, o la mirilla, al menos, y un centinela apostrofaba severamente:

—¡A callar, o disparo!...

El chequista que requería a alguno de los detenidos para conducirlo a la oficina de dactiloscopia o antropometría, hacía a media voz...

Nadie sabía, tampoco, dónde era llevado. La única prevención era ésta: la de llevar consigo sus efectos o no...

El silencio en los tránsitos era imponente, asimismo. La marcha, de puntillas, pena de un tiro por la espalda...

Una campanilla anunciaba a veces, durante la conducción, que íbamos a cruzarnos con otro preso, y entonces se nos obligaba a pegar el rostro al muro, con prohibición de todo movimiento, para impedir la vista del que caminaba a nuestra espalda.

He pasado por todo eso, y he visto también el reloj *tapado* para que no pueda nadie ver la hora...

El día se emplea—el que puede—en dormir. La vida es nocturna. Las comparencias ante el juez de instrucción se verificaban siempre de madrugada. Aquellos semblantes llenos de miedo, desfigurados por el terror...

Los desdichados esperaban tendidos en las tablas, espionando el menor ruido, el más débil rumor... Unas veces es que rechina la puerta de una celda inmediata..., se oye un murmullo ahogado de voces y un eco sordo de pasos; otras veces es la cerradura de la propia prisión..., se abre la puerta..., se dibuja la silueta del oficial sobre el fondo oscuro..., comienza el llamamiento, por orden de lista... El corazón palpita con extrema violencia... En esta ocasión se oye decir al oficial: "Sal-

ga con su hato cada cual". ¡Felices ellos! Irán, acaso, trasladados a Butyrki. No tienen nada que temer, por esta noche, al menos.

Otros llamamientos. Estos "sin equipajes". Son, sin embargo, los que emprenden el más largo viaje... ¡Van a ser fusilados! El silencio, en la cárcel, se hace aún más denso, al paso de los condenados entre los grupos.

Algunas horas más tarde el oficial reaparece y reclama los efectos sin dueño... El oficial los examina, aparta los que le convienen y añade sonriendo:

—Podéis usar todo eso; sus propietarios no os lo reclamarán.

Agudos alaridos femeninos rompen, de pronto, la consigna del silencio:

—¡Miserables!... ¡Monstruos!... ¡Verdugos!...

¿Qué quiere esto decir? ¡Harto fácil de adivinar el drama espantoso!...

He visto el rostro de detenidos a quienes se había sometido a una de las más terribles escenas. ¡Asistir a los fusilamientos! Baste un ejemplo.

Un georgiano, compañero mío de celda, había dirigido y colaborado en una revuelta antisoviética, en 1924. La revuelta fué sofocada, y el georgiano pudo escapar; pero no para siempre. En 1925 fué descubierto y encarcelado en Kiev.

Los chequistas le sometieron al tormento para obtener de él los nombres de los cómplices. Se procedió con él de este modo... Pero él lo referirá mejor:

—Se me desnudó, y se me llevó, así desnudo, a un sótano. Luego se me empujó a lo largo de un pasillo oscuro y sombrío, a cuyo término había una escalera, que desembocaba en otro sótano, cuyo piso estaba a veinte centímetros del último escalón, reemplazado por una reja. Al llegar a este punto distinguí ante mí un cadáver, que ostentaba en la nuca una herida de arma de fuego y que yacía con el rostro contra esa reja. Largos regueros de sangre fluían aún de la herida.—¿Lo has visto bien?... ¡Tienes veinticuatro horas para reflexionar!—se me dijo.

A la noche siguiente, el georgiano se despidió de nosotros... Por la mañana le vimos entrar de nuevo, esta vez afeitado, limpio, perfumado, con los bolsillos llenos de paquetes de cigarrillos. Repartió algunos, y refirió a un grupo de presos po-

líticos lo que le había acontecido. Cuando rehusó nombrar a sus cómplices en la conspiración, el juez llamó a la guardia y se le llevó, esposado, a la cueva famosa, donde se le ató en forma que no pudiese dejar de ver el fondo del pasillo.

Y comenzó para él una noche de horrores.

Un chequista, revólver en mano, se situó en una especie de hornacina labrada en el muro, a un paso corto de la salida. Apagóse la luz del tránsito y el chequista, como es natural, pareció desaparecer en la sombra. En cambio, el sótano fué iluminado fuertemente... Hízose el silencio de nuevo... Un rumor... parecía como si se empujase a alguien... Apareció en la cueva un anciano desnudo... barba blanca. En el instante en que descendía los escalones, mirando, aterrorizado, el hombre sujeto al muro y la reja a sus pies, sonó un disparo. El viejo se desplomó sobre sí mismo, con el cráneo perforado. Cayó, cara a la reja. El chequista, entonces, salió de su nicho, se adelantó para cerciorarse de la muerte de aquel desdichado y miró, sonriendo significativa y diabólicamente, al georgiano.

Un nuevo rumor... Esta vez era una mujer joven, con un niño en brazos, que lloraba... Se repitió la escena...

El georgiano añadía:

—Pude contar así hasta diecisiete víctimas; al cabo de este número perdí el sentido.

Cuando lo hube recobrado, vime en presencia del juez; amanecía. Yo estaba aún desnudo y esposado. Acercóse el juez y me dijo: Lo que has visto es lo que te espera. Se va a proceder a tu último tocado. Tú verás lo que más te convenga... El tiempo que emplee el peluquero en arreglarte es el que te queda para reflexionar.

Pasó un cuarto de hora: yo me vi vestido, afeitado, perfumado. El juez insistió: —¿Qué piensas? ¿Has cambiado? —¡No!—le dije.

El georgiano, según confesión propia, contestaba ya de un modo maquinal, en virtud del embrutecimiento en que se le había sumido.

—Está bien—replicó el juez—. Aún te daremos cuatro horas, durante las cuales podrás rectificar y comprender mejor.

Condujéronle de nuevo a su celda. Las cuatro horas pasaron rápidamente. Su rostro era cadavérico. Nos confesaba haber llegado al límite de la resistencia física y moral... Cuan-

do vinieron a buscarle no podía tenerse en pie. Los guardias le llevaron...

No le he visto más.

Pero he leído su nombre, en febrero de 1926, hallándome en el pabellón obrero de la prisión de Butyrki, de la Guépéu, ojeando una comunicación oficial relativa a los medios adoptados contra los últimos jefes de la revolución georgiana. Estos últimos—lo declaraba la comunicación—habían sido denunciados por... (aquí el nombre del georgiano). No había podido, por lo visto, y como él presentía, resistir hasta el fin...

Cincuenta detenidos pasaron por mi celda. Más de una tercera parte murieron fusilados.

En la cárcel establecida en el número 14 de la Lubianka estuve unos diez días.

Uno de ellos vino la guardia a buscarme. Era para retratarme, aunque, siguiendo la costumbre, no supe, al salir, para qué. Para llegar al gabinete fotográfico era preciso cruzar el patio, por delante del despacho del comandante del establecimiento.

De ese despacho salió un grito desgarrador, cuando yo crucé...

Estremecido, acorté el paso y traté de mirar por la puerta, no bien encajada...

Vi al comandante (bizco, repugnante, el más sanguinario en la Guépéu). Estaba en pie, ante un hombre tendido en el suelo, a quien rodeaban varios chequistas. Me era imposible ver mejor a la víctima; pero alcancé a distinguir una de sus manos en alto, rodeada de una banda azul, blanca, roja... Una idea repentina me asaltó... Los antiguos colores rusos...; pero no era así... El centinela me asestó un culatazo en la espalda... De prisa... y oí el chasquido del arma al montarla... Al arrancar de nuevo, un grito horroroso rasgó el aire... Después una voz en francés clamó desesperada: *¡Oh, les assassins, les bourreaux!... ¡Band...!*

Y en este punto quedó ahogado y cortado el grito.

De vuelta del gabinete fotográfico, camino de mi celda, vi cerrada la puerta del despacho... Silencio.

¿Quién era la víctima? ¿Sabe algo de esto la Embajada de Francia? Lo ignoro. Sólo, sí, afirmo que este suceso aconteció en la cárcel del número 14 de la Lubianka, en Moscú, del 10 al 14 de octubre de 1925. No me es posible precisar la fecha

porque en la cárcel no es fácil llevar al día el calendario y, además, allí se pierde la noción del tiempo. Pero quizá la fecha que doy pueda servir para ayudar al esclarecimiento de este misterio.

Aquella misma noche fui trasladado, con otros 40, en el "cuervo negro" a la cárcel de Butyrki, de la que también puedo hablar, porque permanecí en ella seis meses, y he habitado en casi todas sus galerías.

Procuraré describir no sólo las que se suelen enseñar a las Delegaciones extranjeras, sino también aquellas otras en las que la existencia se convierte en una pesadilla.

Conozcamos al jefe: un tal Adamson, portero de hotel en Riga, de carácter feroz, que tenía en su haber el haber estrangulado con sus propias manos a muchos prisioneros, en presencia de otros varios, durante el plante por hambre producido en Butyrki en abril de 1925. Subrayo que la puerta de la cárcel que encierra los detenidos, cuyos expedientes están en manos del juez de instrucción, *es inaccesible a toda mirada extraña.*

Algunas de estas celdas estaban oficialmente dispuestas para albergar 25, y otras, 50 prisioneros. Ya veremos que ese número era sobrepasado siempre.

Un basurero, con tapa, se ofrecía junto a la puerta, y a él se conducía a los detenidos (todos de una vez) y por cinco minutos.

A ambos lados de la celda estaban las camas: unas tablas.

Tres veces al día se llevaban jarros de agua caliente. Un cantero de pan, no muy grande, constituía la ración de la mañana; al mediodía, una sopa de coles, de frescura dudosa. Por la noche, una sémola clara. En eso consistía el alimento diario. Comíamos en escudillas y sin cucharas. Vasos... ¡ni soñarlo! Se arreglaba cada cual como le era posible.

Algunos, que tenían parientes en Moscú, recibían de ellos cubiertos y tazas. Los demás comían como los perros; no olvidéis que muchos estaban infectados de dolencias venéreas, y que estos tales no estuvieron jamás aislados en la cárcel de la Guépéu. Por mi parte preferí no comer, durante doce días, más alimentos que los que me pude proporcionar del exterior.

La suciedad de las celdas era repugnante. Los muros no recordaban haber sido blancos. Aparecían cubiertos de una capa grasienta, gris oscuro. Estábamos devorados de parásitos

de toda especie. A pesar de nuestra decisión para perseguir a estos enemigos, en pocos días se veía uno invadido para siempre, en la ropa, en el cuerpo. Las cubiertas del camastro aparecían decoradas en toda su extensión por los bichos muertos...

El basurero era objeto de una desinfección una vez al mes. La desinfección consistía en untar la caja con ácido fénico, de un modo hartamente superficial para un depósito utilizado a diario por todos los detenidos, incluso los sifilíticos.

La enfermería de la cárcel, por otra parte, no era sino un lugar donde la Guépéu hacía envenenar, con el mayor cuidado, a los extranjeros que esperaban ser canjeados por su Gobierno contra comunistas que han visto demasiadas cosas, que saben demasiados secretos y que la Guépéu no se decide a libertar.

En 1927 se advirtió que faltaban dos sujetos en un grupo de súbditos letones, propuestos para el canje. Habían muerto en la enfermería, al parecer, de una congestión cardíaca. Uno de ellos me era conocido: habíamos sido amigos en la cárcel. Yo esperaba impacientemente la noticia de su liberación. De un amigo de ambos recibí más tarde una carta de este tenor:

"Pérémykyne ha muerto también en la enfermería. Sabía demasiado. Su fin ha sido un misterio; falleció poco después de haber ingerido una conserva de pescado.

"Oficialmente se declara que su muerte se debe a una congestión cardíaca. No obstante, recordarás que gozaba de una salud admirable. Han sido muchos los que "se han ido" de congestión cardíaca. Es una enfermedad que se ha puesto de moda en la cárcel de Butyrki".

Mientras viví en ella pude registrar, entre mis conocimientos, la friolera de once casos de congestión cardíaca, y siempre a consecuencia de la famosa conserva de pescado. ¡Habrá habido tantos otros casos ignorados! De aquí que muchos enfermos, temerosos por su vida, *no reclamaban la asistencia del médico, que se les aparecía como un verdugo.*

Durante la permanencia en estas celdas, a disposición del juez instructor, la vigilancia era incesante. Un chequista se asomaba a la mirilla, de día y de noche, cada cinco minutos.

No se extinguía nunca la luz eléctrica: era, por tanto, difícilísimo dormir bajo esta claridad agresiva. Al cabo llegaba uno a habituarse.

Una noche, mientras dormíamos, hubo un apagón. Nos

despertaron los gritos amenazadores: "¡Quieto todo el mundo! ¡El que se mueva es muerto!" Cuando se restableció la luz vimos, en el marco de la puerta, de par en par, una veintena de chequistas, fusil en mano. Entraron todos. Uno de ellos cambió la lámpara, mientras el chequista de guardia profería amenazas contra el *starosta*—algo así como nuestros cabos de vara—o decano de la celda, por haber consentido el apagón, como si este hecho pudiera preverse.

El castigo con que se amenazaba al *starosta* consistía en un traslado a celda de castigo, donde se hallaban los criminales más peligrosos y audaces de derecho común, a quienes se invitaba a injuriar y maltratar a sus compañeros ocasionales de calabozo.

Un preso llamado Rassine fué castigado de este modo en vez de otro cuyo nombre era Rasskine. Estuvo pocas horas en celda de castigo por ese error; pero las bastantes para que recibiera varias palizas. Acabado de ingresar se vió despojado por aquellos canallas de toda su ropa, y contempló cómo sobre ella echaban suertes con los naipes.

Existe otro castigo aún más severo. El calabozo. Cierta amigo mío, M. M., estuvo en él treinta y seis horas. Era en enero. Imaginad la temperatura ambiente.

El calabozo era, en realidad, una caja de piedras, desprovista de ventanas y con una superficie de un metro por un metro cincuenta centímetros. El fondo estaba lleno de agua hasta la altura de las rodillas. Para que el hombre así encerrado pueda subsistir se le hace beber agua caliente. El jarro que la contiene permanece sobre el basurero-cloaca. El preso, al entrar, ha de desnudarse y descalzarse: queda sólo con la camisa. Se le prohíbe, enseñándole el revólver, sentarse en la caja de la basura. Debe, pues, permanecer en pie, y, cuando no puede más, sentarse en el agua helada, que cubre entonces todo su cuerpo, salvo la cabeza y los hombros. No se le da alimento alguno.

Mi desgraciado amigo M. pudo resistir este tratamiento feroz durante dos semanas. Acabó con él una neumonía que degeneró en tisis galopante.

Preguntaréis qué clase de criminales son los así tratados. Hay dos grupos. Uno, de los perseguidos sistemáticamente por los Soviets. A saber: sacerdotes, miembros de los consejos de parroquia; campesinos deudores al Estado por contribución;

los detenidos en los frecuentes motines aldeanos; obreros que se han atrevido a declararse en huelga, sobre todo los que tenían abolengo social-demócrata; los sospechosos de desafección a las doctrinas revolucionarias o convictos de tener relaciones con el extranjero.

El 30 por 100 de estos detenidos son extranjeros en rehenes para cambiar contra comunistas sorprendidos en otros países en flagrante delito.

Los hay de todas partes. Polacos, letones, chinos, estonianos, húngaros. En mi tiempo fueron encarcelados algunos centenares de húngaros, ex prisioneros de guerra tomados en rehenes con ocasión del proceso intentado en Hungría contra el jefe comunista Rakotzi. Se contaba también entre ellos un grupo de comunistas extranjeros que habían llegado a Rusia en la cándida creencia de que hallarían el paraíso comunista en la U. R. S. S. El haber mostrado en alta voz su desengaño les había valido el encierro.

Otros muchos procedían de la clase de los colaboradores de Embajadas y representaciones comerciales soviéticas en el extranjero. Su arresto obedecía a ser sospechosos de saber demasiado, lo que les hacía peligrosos. De éstos había en Butyrki docenas.

Hasta aquí el primer grupo. El segundo lo forman los arrestados por orden del Politbureau. Proceden de todas las capas sociales. Hoy toca a los productores de papel, en sus diversas ramas y oficios; mañana, los metalúrgicos; después, los cooperadores o manufactureros...

Una o dos veces cada mes se echa la red.

El propósito de la Guépéu es, de acuerdo con el Politbureau, aterrorizar por turno, y sin descanso, a todo el mundo, para que nadie deje de sentir sobre sí la zarpa del Politbureau y de su órgano ejecutivo; la Guépéu.

Hay un dicho soviético que afirma que "el que no ha estado en la cárcel no es un verdadero ciudadano soviético".

Un comunista destacado escribió una vez en el *Pravda*, de Moscú, que en los frecuentes padrones o cuestionarios que debe llenar cada súbdito de la U. R. S. S. allá donde se pregunta: —¿Ha estado usted en la cárcel? Debería añadirse esto otro: —En caso negativo, ¿por qué motivos? (!)...

Aquellos que no han sido encerrados según este plan de conjunto, no deben cantar victoria. Ya les llegará la vez.

Hay prisioneros que permanecen a disposición del juez meses y aun años enteros. El plazo mínimo es de seis meses.

Son infinitos los que no han visto el semblante del juez e ignoran, por tanto, las razones de su prisión. No son pocos los que apelan, en su desesperación, a la huelga del hambre. Muchos detenidos se lanzan a este medio extremo. Centenares, acaso.

La administración penitenciaria no concede a esto la menor importancia. Se da cuenta al juez, éste contesta, o no, y nada más. Es decir, algo más: generalmente se triplicaba la pena de los huelguistas del hambre que no habían muerto... Así ocurrió a un georgiano, que practicó la huelga veintitrés días, y a otro de la tribu de los Sartos, del Turkestán, que ayunó diecinueve días. Los dos fueron deportados a la isla Solovetzki por diez años. Podría referir cien casos análogos.

El apaleamiento de los presos durante los interrogatorios es habitual. Los "interrogados" regresan a las celdas llenos de cardenales y de contusiones, y sin poder, apenas, tenerse en pie. Les queda, además, el plazo justo para recobrase esperando un nuevo interrogatorio.

El cuadro es aún más doloroso en los días en que se traen y comunican en las celdas los veredictos (!) de la Guépéu. Es un día aterrador.

Terminado el sumario y conocida la inculpación, el interesado pasa algunos meses en la cárcel esperando la sentencia. Desde luego, se le trata como "contumaz", puesto que jamás está presente al acto del juicio, que se celebra administrativamente, en una sesión del tribunal de la Guépéu.

El juez de instrucción propone una sentencia, y esta resolución es, desde luego, firme. Se convierte en condena, porque aunque debe ser confirmada por la Guépéu, en Consejo especial, se prescinde de ese trámite, porque el sumario, al llegar a este punto, va rapidísimamente.

El veredicto de mi condena y la de mi hijo (11 de octubre de 1925) tenía el número 125. Se habían, pues, despachado otros 124. Cada sumario se refería a muchas personas. He visto sentencias que llevaban el número 350 de orden, de una serie relativa a una sola sesión. Considerando que en cada expediente se condenen de cinco a seis personas, por término medio, puede concluirse que en un par de horas de sesión se venía a pronunciar sentencia sobre dos mil personas. Es el

procedimiento judicial criminal en serie. El sentido procesal de Occidente no podrá menos de estremecerse.

El extracto protocolar de la sentencia se comunica a los interesados en pedacitos de papel...

Voy a poner aquí una muestra de tales documentos. Se trata de mi propia sentencia. Me la leyeron tan sólo; pero convendréis conmigo en que no es tan difícil de retener:

Helo aquí:

Consejo especial de la Guépéu.	Extracto del protocolo de 11 de diciembre de 1925.
125. Se examinó	Se acordó
Asunto número 34.311.—Acusación contra el ciudadano José Douillet, conforme al artículo 66 del Código penal.	Deportarle fuera de las fronteras del U. R. S. S., custodiado.

Sello especial del Colegio Judicial de la Guépéu.

El Colegio de la Guépéu celebra sesión los miércoles y viernes: otras dos veces por semana los chequistas de guardia reparten estos extractos de sentencias a lo largo de las galerías de la cárcel...

Desde vuestra celda podéis oír un ruido de puertas que se cierran al extremo del corredor. La voz del guardia pronuncia un nombre... Oyense gritos, exclamaciones... Vuelven a cerrarse las puertas...

Llega, al fin, el turno a vuestra celda: llamamientos *nominatim*... El preso aludido se adelanta: recibe el trozo de papel... "Lee... de prisa... ¿Has leído?... ¡Firma!" El preso vuelve a su puesto... Es rodeado de sus compañeros de infortunio... "¿Cuánto?", le preguntan ansiosamente... "Diez años en Solovetzky..." Un estremecimiento recorre los grupos... Alguno exclama: "¡Con tal de que mi nombre no salga ahora!"

Sigue el llamamiento, ya en una celda, ya en otra... Algunos condenados se retuercen, caen desvanecidos, golpean su cabeza contra el muro... Por todas partes se oye exclamar: "¡Mis hijos, mis pobres hijos!... ¿Qué he hecho yo, Señor?..." Otros, en silencio, lloran... Otros, aún pálidos, se asoman a la puerta anhelantes: "¿Cuándo me tocará a mí?" Al fin se cierra

la poterna. Esta vez definitivamente... Se acabó, por hoy... ¡Sea Dios bendito!

Lo que ocurre en el fondo de los cerebros y de los corazones es inaudito, es indescriptible. Es preciso haberlo sufrido para entenderlo. Los animales conducidos al matadero son más dichosos... ¿Esperan su muerte, conociendo su próximo fin?... No; este terrible tormento de saber, de temer, de esperar, es humano tan sólo... Esta espera es el colmo del suplicio en el conjunto de esta atmósfera carcelaria y atormentada.

Las noches... Los condenados no pueden dormir... Todos los imitan, a la verdad, porque todos saben que la espada de Damocles gravita sobre su cabeza... ¿Será reclusión?... ¿Muy duradera?... ¿Tres, cinco, diez?... ¿Será... la muerte?...

Aún es más espantoso el instante en que los martes se viene a buscar a estos o aquellos prisioneros, "con lo que tengan"... Todos saben que los infelices van al suplicio. Les quedan pocas horas de vida. Al siguiente día, miércoles, el colegio de la Guépéu debe recibir la lista funesta con las apostillas "sentencia cumplida". Estas ejecuciones *se verifican durante todo el año, del martes al miércoles. Es preciso que Europa sepa esto.*

El martes, en la noche, cuando se procede al llamamiento, nadie se acerca a la puerta de la celda. Todos permanecen encogidos en sus camastros, fingiendo dormir. Abrese la puerta. Se oye un nombre, pero nadie contesta.

—¡Starosta!... ¿Por qué no se contesta? ¿Dónde está ese? ¡Que salga!

Al fin es hallado.

—¡De prisa, recoge lo tuyo!...

Los camaradas ensayan un consuelo inútil:

—Eso es que te van a poner en libertad.

Pero nadie lo cree.

Se trata de una víctima que va al matadero. La puerta gira... Se oye fuera un leve crujido... El muelle de las esposas... Este no escapará, sin duda.

Un silencio trágico. A través de él se perciben los suspiros o las inquietudes de los desdichados, que dan vueltas en el camastro sin poder conciliar el sueño. La luz del nuevo día alumbra semblantes que no reconoceríais: han cambiado en el breve espacio de una noche. Ojos rodeados de cárdenos círcu-

los..., miradas de espanto... en un rostro pálido como la cera..., ¡y así hasta el martes próximo!

En estas veladas trágicas de los martes a los miércoles he presenciado escenas terribles... La mujer que llega con alimentos para su esposo prisionero, a quien se le dice, sencillamente:

—Toma este ható. Es tuyo, es tu herencia...

La mujer cae como segada, sin un grito. No puedo olvidar la expresión espantosa de sus ojos.

Cuando mi hijo fué encarcelado, yo acudía los jueves, día de visita, al Tribunal Supremo de la U. R. S. S. para entrevistarme con el procurador encargado de los expedientes de la Guépéu. El Tribunal ocupaba el edificio número 30 de la calle Spiridonievka. Solía yo encontrarme allí con una mujer de cierta edad, que iba a interceder por su hijo, de diecisiete años.

El último jueves me dió a entender que había concebido esperanzas de salvarle. Pudo entreverle el lunes anterior en la cárcel de Butyrki, y él mismo le había comunicado—¡imaginad cómo!—que el juez le había ofrecido ayudarle...

—Pero no deje usted por eso, madrecita, no deje usted de ir a ver al procurador el jueves...

Vi entrar a esta mujer en el despacho del procurador... de donde la sacaron, minutos más tarde, sin sentido, para arrojarla, como una perra muerta, sobre un montón de nieve, en el patio...

—El martes fué fusilado tu hijo.

Esto fué lo que el procurador le había dicho.

¿Y para que más, realmente?

Cuando veía salir, en la noche trágica, a alguno, pensaba yo que alguna madre, alguna esposa, en Butyrki, recibiría inopinadamente "su herencia" o sabría de pronto la horrenda nueva para ser arrojada también, desvanecida, en la calle o en un rincón del patio de la cárcel.

En los diversos martes que he pasado en Butyrki he visto salir, de nuestro solo dormitorio, para el suplicio, más de cien detenidos. Multiplicad por las diversas galerías de aquella cárcel..., por las docenas de cárceles de la Guépéu..., en los que cada una tiene sus *martes*, y aun varios *martes* en cada semana... Decenas de millares de presos perecen de este modo en los calabozos de la Checa. Unos meses son más ricos en

víctimas que otros; pero la máquina infernal de la Guépéu trabaja metódica, incansable, silenciosa...

Europa sabe, de vez en vez, que un grupo cualquiera ha sido ejecutado; pero de la gran masa de víctimas nadie sabe nada.

Es vergonzoso que Europa, ciega, guarde silencio y se vea inconscientemente empujada por las organizaciones socialistas y comunistas a protestar, a declarar huelgas y aun a soportar algaradas por los Sacco y los Vanzetti, cuando los bolcheviques matan a diario millares de inocentes.

El socialismo europeo calla; nadie protesta ni se manifiesta... Se deja hacer, se sonríe... Se asegura que todo ello son exageraciones, y los jefes socialistas declaran la intangibilidad de los "bacilos" ideológicos del comunismo ruso, mientras la máquina de exterminar de la Guépéu prosigue su abominable trabajo, sin que nadie se preocupe de sus víctimas.

Las celdas de cada prisión están pobladas de espías de la Guépéu. Casi siempre son criminales que logran su indulto a ese precio civil. Cada persona delatada, un tercio menos de la pena... A la tercera traición, la libertad. Conocí a muchos que la ganaron de este modo.

Los detenidos cuya condena es de tres, cinco o diez años de deportación son trasladados a la sección obrera, y allí esperan el viaje.

En esta sección trabaja todo el mundo: sanos, enfermos, políticos o reos comunes. El inglés Eduardo Rimington, de quien ya hemos hablado antes de ahora, llegó a esa sección obrera recién operado: no podía tenerse en pie. Fué obligado al rudo ejercicio de cortar madera en el patio. Helaba. El pobre Rimington carecía de ropas.

En cuanto a mí, tuve la suerte de que me tocara trabajar en la biblioteca de la cárcel. Una biblioteca magnífica, anterior a la revolución, milagrosamente conservada en Butyrki. Entre los volúmenes franceses hallé algunos en los que, mediante el punteado de las letras, los prisioneros se habían comunicado sus últimas impresiones. Descifré una de estas criptografías en un libro de Gustavo Flaubert. Decía:

Tournefort, un francés acusado de espionaje... condenado a muerte..., quiere enviar aquí su postrer adiós a aquellos que hablan francés..., que tienen también corazón francés...,

Antes de morir quiero gritar: ¡Viva Francia..., patria amada!... ¡Adiós!

¿Quién era este Tournefort? ¿Cuándo fué fusilado? Otras letras punteadas seguían; pero habían sido borradas las señales y no pude descifrarlas. Considero un deber hacer pública esta despedida de un hombre a Francia antes de su suplicio. Es una despedida dirigida a los que tienen el corazón francés... y también a sus amigos, a sus parientes, a sus conocimientos...

Leyendo estas líneas le dedicarán un piadoso recuerdo.

Pero volvamos a los trabajos forzados.

Los chequistas condenados no trabajan. Guardan las llaves de las celdas y de las galerías y ejercen la autoridad en esta sección obrera, donde el decano, o *starosta*, no es elegido por los presos.

Uno de estos chequistas prisioneros fué nombrado, en febrero de 1926, jefe de un campo de concentración. Por la noche, mientras los detenidos ordinarios duermen, o procuran dormir, derrengados por la fatiga, los chequistas, sus compañeros, reunidos en club, se dan la gran vida y aun mandan venir mujeres que hacen elegir entre las presas. Tales orgías repugnantes eran presididas en Butyrki por los chequistas P. S. Roumiantzev, Hayt y Nékrassov.

Cuando los extranjeros visitan la cárcel no se los enseña sino la primera galería, donde se albergan los citados chequistas, jefes de los demás condenados durante el día y fautores, de noche, de las escandalosas bacanales carcelarias.

Ya vimos cómo se castiga la audacia de querer entrar en relación con el extranjero.

La deportación al otro lado de la frontera tarda siempre mucho tiempo en cumplirse. He conocido extranjeros que, sentenciados, han tenido que esperar cuatro años y medio. Se trata, sobre todo, de retardar el momento en que los extranjeros puedan hablar, si "saben mucho".

Los extranjeros que no tienen quienes se interesen por ellos, están perdidos. Desaparecen sin dejar rastro... La única esperanza que les queda es que sepan de ellos M. Vinaver, representante de la Cruz Roja política polaca, o Mme. Peschkov, que visitan semanalmente el edificio de la sección obrera de la cárcel.

Lo malo es que a estos visitantes no se les consiente el aco



so sino cuando los presos están trabajando, y no ven sino a aquellos que están provistos de un pase especial. Por otra parte, la conversación es siempre ante testigos chequistas.

Si un extranjero preso desea hablar a un representante, lo pide por escrito al jefe de la cárcel, que rara vez accede; pero si lo hace es advirtiéndole al solicitante que no hable demasiado, pena de graves sanciones.

El extranjero que, sin los requisitos anunciados, se queda con uno u otro pretexto, en la celda, y habla con el representante de la Cruz Roja, va inmediatamente al calabozo.

Muchos extranjeros, pues, restan aislados, abandonados en los *in pace* soviéticos.

Sin la enérgica intervención de algunos de los representantes extranjeros, sabe Dios cuánto tiempo hubiera tardado yo mismo en salir de Butyrki, camino de la frontera.

La aglomeración en las cárceles de la U. R. S. S. es terrible. Los Soviets las abren nuevas, así como campos de concentración, de los que no hay nunca bastantes, todos los días. Las celdas contienen casi siempre el doble de presos de los que normalmente podrían albergar. En una misma noche pueden llegar, y de hecho llegan, 1.500 ó 2.000 presos nuevos.

En Butyrki lo averiguábamos por los avisos en el tablón de ellas de la cocina, donde cuatro de nosotros, bien custodiados, íbamos de cada galería a buscar el rancho para las celdas.

En mi departamento de la prisión Spalernaia, en Petrogrado, había 33 cautivos, en vez de 10. Durante la noche del 9 al 10 de abril llegaron 3.700 detenidos, 1.200 mujeres, muchas de ellas con sus niños.

En Pskov no se nos quiso admitir. No cabíamos. Al fin se nos alojó en una especie de tumba de un metro y medio por dos y medio. Esparcieron un poco de paja en fermentación, en que pululaban los insectos, y se nos dijo:

—¡Arreglaos!

En Ostrov, ni eso. Había presos en todas partes...

Pasamos la noche en un cobertizo de la administración de la Guépéu. Allí tuvimos que dedicarnos a la caza de ratas hambrientas, que nos mordían.

Al abandonar Ostrov llegué a Letonia, y recobré la liber-

tad, después de haber dejado la Unión Libre de los Soviets, donde las cárceles rebosan ciudadanos cautivos.

No es posible, y el lector lo comprenderá, recoger aquí con todo detalle cuanto acontece en las prisiones soviéticas. Harían falta muchos volúmenes para un relato circunstanciado.

Hay una sola razón para que yo esté satisfecho de haber sido víctima de los Soviets. He tenido de este modo ocasión de ser testigo presencial de las infamias de la vida carcelaria rusa, que las autoridades soviéticas ocultan cuidadosamente al extranjero.

Aprendí mucho en libertad; pero la cárcel fué mi mejor campo de experiencia y fuente de informaciones y confirmaciones.

Estoy persuadido de que un régimen que se apoya únicamente en el terror, que se impone por la fuerza, que es odiado y despreciado por el país, no ha de poder resistir, ciertamente, mucho tiempo.

¡Quien a hierro mata, por el hierro perecerá!

CONCLUSION

La revolución mundial

CAPITULO XII

¿QUÉ ES EL COMINTERN? LO QUE CUBRE SU FACHADA. LA U. R. S. S. Y LA REVOLUCIÓN MUNDIAL

Una vez descritas las manifestaciones de la actividad comunista en el interior de Rusia, será útil trazar el esquema de la labor del Gobierno comunista de la U. R. S. S. más allá de sus fronteras.

Poseer ese poder en Rusia es, para los comunistas, haber recorrido la primera etapa, una victoria en el camino de la conquista del Universo. Para eso fomentan revoluciones análogas a la rusa y las provocan en los demás países del mundo.

El instrumento y órgano es la III Internacional comunista, y por ellos creada (lo que ellos llaman, abreviando, la *Comintern*), que ha llegado a ser uno de los comisariados o ministerios: el ministerio de las revoluciones mundiales comunistas.

Han fingido otorgar a la *Comintern* cierta autonomía, para prevenir conflictos anticipados con los Gobiernos extranjeros, y afirman, mintiendo, que el *Comintern* no tiene nada de común con el Gobierno soviético. Este—dicen—no hace más que dar asilo a la *Comintern* en su territorio.

Esto es una grosera evasiva. *Parece mentira que haya en Europa quien la acoja de buen grado. Es, sobre todo, lamentable que algunos ministros responsables de Occidente, directores de la política de su patria, acepten la embaucadora distinción.*

El Gobierno soviético, sin embargo, es, a ojos vista, el hogar de la revolución mundial.

Las palabras de M. I. Kalinine, presidente del Comité cen-

tral ejecutivo de la U. R. S. S., no pueden dar lugar al equívoco: "Hace nueve años que Rusia (base de la reacción mundial) se transforma en R. S. F. R. y en seguida en U. R. S. S., que es el centro de la revolución mundial".

Los bolcheviques aseguran, pura y simplemente, que el Gobierno comunista lleva el timón de la revolución universal.

Boukharine, que está de hecho al frente del Comité ejecutivo de la Internacional comunista, y miembro influyente de la *Politbureau*, es decir, del verdadero Gobierno de la U. R. S. S. ha proclamado audaz y cínicamente esta verdad:

"Hemos de responder negativamente a la pregunta de si la espera de la revolución mundial, que no acaba de llegar, puede ser eterna, porque nosotros, caudillos de la dictadura del proletariado y del socialismo, no podemos existir sin un fin que cumplir. Somos aún débiles, porque somos tan sólo la sexta parte del mundo. Las otras cinco nos son adversas. Tenemos enemigos como los Estados Unidos y el gran Imperio británico. Es evidente que algún día estallará un conflicto inevitable. Si la revolución mundial, si los obreros de Occidente no nos ayudan, pereceremos. Si aún vivimos y alentamos es gracias al esfuerzo de las clases obreras de todos los países, que estorban a sus respectivas burguesías el acabar con nosotros. Si la revolución mundial, lejos de progresar, se detiene, no hay garantía alguna de que no seamos devorados, aplastados por el capitalismo. Nuestro camino no es, no puede ser otro que el de la revolución mundial" (1).

No puede dudarse de que el Gobierno comunista, después de haber puesto los jalones de la revolución mundial, ha de procurar realizarla a toda costa. Para eso ha de servirle la intervención del *Comintern*, que no es más que el Gran Cuartel General de la Revolución Universal.

¿Duda nadie aún de que son los Soviets los fautores de las revoluciones o algaradas revolucionarias en diversos países? Se acusa la presencia de su influencia y de su dinero en Inglaterra, en China, en las Indias neerlandesas, en Austria, etc.

En todas partes se ha visto en manos de los comunistas la demostración flagrante. Documentos..., instrumentos..., agentes..., dinero soviéticos...

(1) *Pravda*, 10 enero 1926.

Tengo pruebas irrefutables de esas intervenciones y de la subordinación del *Comintern* al Gobierno soviético. Una parte de mi documentación podrá ver ahora la luz, y procuraré esclarecer las relaciones existentes entre ambos organismos.

El *Comintern* vive merced al apoyo económico del Gobierno soviético, y vamos a ver seguidamente, por medio de un ejemplo, cómo y por qué conductos recibe el Gobierno de Moscú el dinero destinado al *Comintern*.

Para recomendar rápidamente la causa de un extranjero, amenazado de un decreto de arresto en Rostov, quise evitar mediaciones subalternas, y vi, desde luego, al secretario del Comité del partido comunista del Cáucaso del Norte, camarada Mikoyane, que hoy ejerce el comisariado de Comercio interior y exterior de la U. R. S. S. Sorprendido de mi visita, me preguntó la razón de acudir a él. Le contesté brevemente:

—Vengo a verle porque estoy convencido—le dije—de que es usted el dictador del Cáucaso del Norte.

Si este libro cae en manos de Mikoyane no negaré exactitud a esta referencia.

—Veo—replicó—que está usted enterado de la organización y del funcionamiento de nuestro poder.

Pude lograr, gracias a esta gestión, alejar temporalmente la sanción que amenaza al extranjero. En la espera de mi audiencia vi cómo recibe este gran pontífice del Cáucaso del Norte el dinero para el *Comintern*.

Allí nadie podía parecer sospechoso. Todos pasábamos por comunistas puros. Se habla de los asuntos sin la menor reserva.

En mi presencia, pues, el camarada Mikoyane pidió al administrador de la sección norte-caucásica del Sindicato de la industria textil el pago inmediato de 10.000 chervontzi (50.000 dólares o 1.300.000 francos).

El administrador se excusó por falta de fondos, porque los tiempos eran malos... Mikoyane replicó textualmente:

—Como quieras, amigo; necesito ese dinero esta misma tarde. Si se tratase de cotización para fondos de la Unión, te daría un plazo; pero en este caso no puedo hacer nada. Se trata del pago mensual para el *Comintern*, y deben salir, hoy lo más tarde, en el tren de Moscú. Bien sabes que el asunto

urge. Acabo de recibir el décimo aviso telegráfico de Moscú pidiendo el dinero con urgencia...

Después, cortando la conversación, Mikoyane se volvió a su secretario, un buen mozo de gran talla, picado de viruelas, y le dijo: —Prepara el recibo de la entrega de la sección textil, y cárgalo en la cuenta del *Comintern*.

“Apresurándome despacio” fui uno de los últimos en acercarme al camarada Mikoyane, después de una espera de dos horas y media. Era el día de recepción de los pagos onerosos al *Comintern*. Presencié, pues, muchas escenas análogas con representantes de otras ramas industriales y pude comprobar, por tanto, que la industria y el comercio soviéticos trabajan en beneficio del *Comintern*, que es, lo volveré a decir, el Gran Cuartel General de la Revolución Universal.

Pude observar asimismo cómo se distribuyó ese dinero: lo he visto en Italia y en Checoeslovaquia.

Mi hijo servía en 1924 en el tercer regimiento de Ingenieros de Lieja. Convinimos en vernos, viniendo él, en la U. R. S. S. Para simplificar y apresurar el visado de su pasaporte, le hice venir por Roma, donde tuvo la ocasión de entrevistarse con algunos miembros del partido comunista italiano diputados en la Cámara. Estos miembros de la célula parlamentaria comunista gestionaron personalmente en el Consulado general soviético y en la misma Embajada de la U. R. S. S. la autorización para entrar en Rusia. Así lo hizo el diputado comunista abogado Wolpi, como también otros colegas suyos entre ellos el diputado Marchioro, que siguieron cándidamente semejante camino.

Entonces aprendió mi hijo las misteriosas relaciones existentes entre la Embajada soviética de Roma y el comunismo italiano. Nos fué dable comparar más tarde en la U. R. S. S. tan curiosas observaciones.

Representaban al *Comintern* en Italia el diputado comunista Dr. Maffi, que había sido elegido miembro de la Comisión de revisión en el V Congreso del *Comintern*. Los fondos soviéticos destinados al partido comunista italiano se giraban, naturalmente, por conducto de la Embajada soviética, y era uno de los intermediarios en esta operación el Dr. Scheftel, representante de la Cruz Roja soviética, amigo íntimo de los caudillos del partido del comunismo italiano, con quienes se

veía frecuentemente, ya en su domicilio, cuando la Policía no lo estorbaba, ya en el *cine* establecido cerca del Coso Humberto y de la Plaza Colonna.

En la penumbra de esta sala entregaba los giros enviados de Moscú a los comunistas italianos. Scheftel fué luego parcialmente reemplazado por el comunista Katz.

Con el dinero llegaban normas de acción y programas secretos para la organización de células en el ejército, así como en los diferentes organismos de la máquina gubernamental. Moscú sugería con empeño a los comunistas italianos su inscripción en las listas del partido socialista para agarrotarlo e incorporarlo así, sin que él se diera cuenta, al partido comunista. Para este último empeño solía utilizarle, entre otros, la corriente de socialistas de la izquierda.

De suerte que los trabajos del partido comunista italiano los pagaba Moscú, por uno o por otro intermediario. De este modo los representantes soviéticos acreditados cerca del Gobierno italiano dirigían y subvencionaban organizaciones destinadas a derribar y destruir ese mismo Gobierno.

Obtenido por mi hijo el visado de su pasaporte, llegó hasta mí pasando por Austria, Checoeslovaquia y Polonia. Durante el viaje entre estos últimos países observó que en su vagón y en el asiento fronterero iba un joven mudo y que como tal se entendía con los demás por señas. En Varsovia atravesó la ciudad para trasladarse de una a otra estación. Admiróse mi hijo de encontrarse frente al mismo joven en la estación de donde arrancaba el convoy para ir a la U. R. S. S. Pero aún le sorprendió más advertir que había recobrado el uso de la palabra que dirigió normalmente al empleado de la taquilla pidiendo un billete hasta la estación fronteriza, Stolbtzy.

Mi hijo y el joven ex mudo trabaron conversación y viajaron juntos. El misterioso viajero explicó que iba a unirse con un tío suyo panadero en uno de los barrios de Kiev; pero tenía el aspecto inquieto, preocupado, y permanecía muy alerta, sobre todo cuando había a la vista gendarmes polacos.

Mi hijo advirtió en ese trance que se apoderaba de su compañero un visible malestar y temblaba empavorecido.

Era preciso esperar varias horas, por cambio de tren, en la estación de Baranovitchi, donde el miedo del joven llegó a pre-

sentar misteriosas inquietudes... Mi hijo se creyó en el deber de preguntarle:

—¿Qué le ocurre? ¿Se pone enfermo, acaso?

El joven contestó que era portador de una importante suma de dinero, en dólares, y que la exportación de capitales y metálico estaba prohibida en Polonia.

Poco después atrevióse el joven a rogar a mi hijo que le ayudase a introducir el dinero, y, al propio tiempo, le entregó 50 dólares, envueltos en un papel que le dijo ser un permiso de entrada en la U. R. S. S.

Mi hijo observó que se trataba, no de un permiso corriente, sino de un verdadero pasaporte diplomático, extendido por la Representación soviética en Checoeslovaquia y firmado por el embajador soviético Antonov Ovséenko. Rezaba así el documento...: "Pablo Lentor, huésped de honor de la U. R. S. S., está exento del registro de equipajes, con arreglo a los artículos... de la Constitución soviética..." ¿Equipajes?... Nuestro joven no los llevaba consigo. Tan sólo un maletín de mano, minúsculo, del que no le vi sacar sino una camisa y un cepillo. Mi hijo, por el contrario, iba abrumado de cajas, maletas, cofres, y en todas ellas ocultaba algo que le hubiera comprometido gravemente a los ojos del Gobierno ruso. Aceptó, pues, mi hijo la proposición de su compañero, aunque con la condición de no restituir el documento y el dinero hasta después de haber cruzado la frontera fiscal, para hallarse lejos de los agentes de Aduanas.

Ambas fronteras fueron cruzadas sin dificultad: un tren especial condujo a los viajeros desde la estación fronteriza Négoréloé, camino de Minsk. Allí comenzó a serenarse el joven y confesó ser un agente delegado del *Comintern*, y que se trasladaba a Moscú con el designio de asistir al V Congreso de la III Internacional, como representante del comunismo checoeslovaco. Quiso la ironía de la suerte que un documento destinado a eximir los equipajes de un delegado del *Comintern* de la inspección bolchevique sirviese para un efecto absolutamente contrario: el libre paso de papeles probatorios de los lazos que ligan al *Comintern* y el Gobierno soviético con un representante en el extranjero.

Mi hijo pernoctó en Minsk, para tomar otro tren. Devolvió el precioso documento y los dólares a su dueño y recibió las

demostraciones de gratitud de M. Lentor, a quien el sosiego y la seguridad habían vuelto locuaz. Acabó por confesar a mi hijo que los dólares procedían del representante soviético Antonov-Ovséenko, pero que temía llevar sobre sí la suma íntegra y había dejado una parte en la casa, y que la restituiría al volver, a la célula.

—Pero, ¿cómo prueba usted aquí que es, en efecto, delegado del *Comintern*?—le preguntó mi hijo. Y el joven, en un acceso de camaradería, le entregó un cortaplumas, diciéndole:

—Descosa la cinturilla de mi pantalón.—No podía despojarse de él, por carencia de otro. Mi hijo procedió a la operación a que se le invitaba y descubrió un trozo de lienzo blanco, en el cual se veía, escrito a máquina, y en idioma alemán, un breve certificado acreditativo de la personalidad de un delegado del comunismo checoslovaco en el V Congreso de la III Internacional plenario del *Comintern*. Todo ello autorizado con una firma y un sello del partido comunista de Checoslovaquia.

El colofón de esta historia, bien sencilla, como ha podido verse, probatoria de mi aserto de que los representantes diplomáticos de la U. R. S. S. no son sino agentes a sueldo del *Comintern*, encargado de provocar la revolución en todo el mundo, será que yo os dé la dirección de este Pablo Lentor. Vive en la ciudad de Ouj-Gorod, calle Ravzy, en Checoslovaquia, donde es secretario de la célula comunista local.

Es inútil insistir. Podríamos aducir mil pruebas más de nuestras afirmaciones.

El espionaje soviético en Inglaterra y en Francia, descubierto en las investigaciones practicadas en Arcos, en Londres; el espionaje bolchevique en los arsenales franceses, puesto a luz en el asunto Cremet, lo prueban una vez más.

Poseo las pruebas de espionaje ejercido por el Gobierno soviético en mi patria, en Bélgica, en Turquía, etc.

No me es posible publicar los documentos correspondientes porque no quiero estorbar la posibilidad del éxito a las investigaciones de los países amenazados. Ese espionaje no es sino el prólogo de la desaparición del régimen actual y su sustitución por el terror, la anarquía y la miseria que reinan en Rusia.

No se crea, sin embargo, que toda esa actividad comunista está en manos del *Comintern* tan sólo... *De ningún modo.*

Muchos jefes comunistas, de diferentes países, lo saben ya. De ahí los cismas que sacuden a algunos grupos comunistas extranjeros, evidenciados en la III Internacional y que son germen de la IV Internacional. Otros lo conocen asimismo; pero no vacilan en hacer traición a las masas obreras aceptando el dinero ruso.

Véase cómo opera Moscú en Europa, y, en general, en el extranjero.

Los partidos comunistas locales no actúan por su propia iniciativa, sino en virtud de instrucciones que les comunican los agentes de la U. R. S. S. Los partidos comunistas extranjeros reciben del *Comintern* instrucciones generales para seguir cierta línea de conducta común en la política de su partido.

Entretanto, los agentes de la U. R. S. S. transmiten instrucciones *más precisas, más detalladas, más concretas* del Politbureau, que manda en Rusia. El Politbureau es la Guépéu. Esta abarca dos secciones: 1.ª La sección de contraespionaje (C. R. O.). 2.ª La Casa Extranjera (I. N. O.).

En Moscú, en el edificio número 2 de la Lubianka, donde tiene su sede la Guépéu, hay un despacho, número 186. En ese despacho, y adosado a uno de sus muros, vese un detallado mapa de Europa. Cada país aparece marcado por una serie de banderitas numeradas, cada una de las cuales representa un instructor delegado de la Guépéu.

He visto ese mapa y estoy en condiciones de apreciar el poder de esa red organizada, que abraza a Europa entera como una tela de araña funesta... Conozco los registros del personal de agentes y espías que laboran activamente, y que están designados por esas banderitas. Mirando ese mapa me he estremecido al considerar con qué intensidad envuelve esa malla el viejo Continente civilizado...

No hay ciudad, y son pocas las aldeas, en que no exista uno de estos agentes comunistas. En cada región está ya establecida una Checa futura... ahora secreta. Reúne sus informaciones, acumula su espionaje, va minando la potencia del país, redacta listas negras de los que deben perecer cuando llegue el gran día...

Esta fuerza actúa sin ruido inútil, misteriosamente, secretamente, royendo las raíces del actual estado del mundo... Es

un trabajo de polillas, que preparan el camino, que desembarazan el advenimiento de la dictadura sangrienta.

¡Desgraciados de aquellos que desprecien o rehusen comprender este terrible peligro que amenaza a nuestra sociedad y a toda la civilización humana!

INDICE

	<u>Páginas</u>
NOTA DEL EDITOR	5
PRÓLOGO	7

PARTE PRIMERA

Cómo se exhibe el paraíso rojo.—Beneficios materiales que proporciona el régimen comunista a Rusia	11
CAPÍTULO PRIMERO.—Anverso y reverso de lo que se muestra a los extranjeros en la Rusia soviética	13
CAPÍTULO II.—Por qué medios es inducido el proletario al error por el comunismo	27
El derrumbamiento de la industria en Rusia	27
CAPÍTULO III.—La vida del obrero ruso.—Cómo se organiza una manifestación comunista	37
CAPÍTULO IV.—Lo que el comunismo ofreció al campesino ruso y lo que le ha dado	51

PARTE SEGUNDA

Beneficios morales que el régimen soviético ha procurado a Rusia	61
CAPÍTULO V.—Instrucción pública.—El comunismo en la escuela	63
CAPÍTULO VI.—Los niños abandonados.—Asilos de niños.—Casas-refugios para ancianos	73
CAPÍTULO VII.—Derrumbamiento general de la moralidad.—Libertinaje.—Depravación de las costumbres.—Los apaches.—Estudios sanitarios de la U. R. S. S.	83
CAPÍTULO VIII.—La Religión, perseguida.—Situación de la Iglesia en la U. R. S. S.	93

PARTE TERCERA

Quién ejerce el poder en el país de los Soviets nombrados por elección.—Cómo lo ejercen.—El terror	103
CAPÍTULO IX.—¿Quién manda en Rusia?	105
CAPÍTULO X.—O. G. P. U.—Letras sinónimas de espanto en la U. R. S. S.	117
CAPÍTULO XI.—Lo que he visto, lo que he oído, lo que he vivido en los calabozos de la Guépéu	131

CONCLUSIÓN

La revolución mundial	151
CAPÍTULO XII.—¿Qué es el <i>Comintern</i> ?—Lo que cubre su fa- chada.—La U. R. S. S. y la revolución mundial.	153